

LUCHA CONTRA LA NOVA

GEORGE O. SMITH



EL CIELO INCENDIADO



NOVELA DE CIENCIA - FICCION



George O. Smith

EL CIELO INCENDIADO

Título original: *Fire in the Heavens*
George O. Smith, 1949
Traducción: Mariano Orta Manzano

I

Cuando Lucille Roman irrumpió en la antesala del abogado, en la que aguardaba el grupo de esperanzados postores a las propiedades de los «Laboratorios Hotchkiss», se oyó un susurro que parecía el de una ráfaga de viento, en otoño, entre las hojas. El hecho de que los que esperaban eran varones y de que Lucille era sin discusión una de las jóvenes más decorativas del hemisferio influía, en parte, en la conmoción; pero para Jeff Benson, que ocupaba una de las incómodas sillas colocadas a lo largo de la pared, el susurro parecía contener algo más que la reacción masculina y normal ante la presencia de un adorable y provocativo ejemplar de feminidad: había una corriente subterránea de cólera, de salvaje resentimiento, en aquellos cuchicheos que se entrecruzaban en la atmósfera.

—Ya nos podemos ir a casa —murmuró el hombre macizo y bien trajeado que se hallaba sentado a su derecha.

—¿Cómo es eso? —dijo Jeff—. ¿Por qué?

—Esa es Lucille Roman —continuó el hombre, y la miraba como si quisiera hacerle la autopsia.

—He visto su foto —dijo Jeff—, ¿quién no? ¿Qué supone usted que hace aquí? Este no parece el lugar más apropiado para tan exuberante muchachita.

—¿Muchachita? —exclamó el hombre rudamente a la par que su rostro redondo y recién afeitado se volvía purpúreo—. Está aquí para pujar por los «Laboratorios Hotchkiss», como nosotros, y si los quiere los conseguirá.

—¿Para qué cree usted que Lucille Roman los desea? —dijo Jeff pensativamente.

Por ser el manipulador más hábil de América manejando instrumentos científicos de precisión, había venido, no tanto, con la esperanza de conseguir la compra como de tener acceso a los instrumentos y entrar en contacto con el ganador de la subasta.

—Seguramente tendrá algún gigoló que le baile y que desee trastear con comprobadores de lámparas —dijo con rencor el hombre.

—¡Caramba! —exclamó Jeff sorprendido—. ¿No es eso un poco fuerte para la señorita Roman?

Sus ojos volvieron de nuevo a estudiar la tranquila serenidad del perfil femenino. Si ella se daba cuenta de la intensa reacción que su presencia había provocado, y a duras penas podría no haberlo notado, no estaba permitiendo, de ninguna manera, que ello influyera en su actitud.

—¿La conoce usted? —le preguntó el hombre a Jeff.

—No. Nunca la vi antes de ahora —fue la respuesta.

—Pues —dijo el hombre aún en voz baja— ella es lo más áspero y tenaz que hay, en asuntos de negocios, desde que David Harum se retiró. Siempre consigue lo que quiere, y que el cielo ampare al pobre infeliz que se interponga en su camino.

Se volvió hacia el compañero del otro lado que le estaba tirando de la manga, cuchichearon y volvióse de nuevo a Jeff.

—¿Le gustaría pujar con nosotros? —preguntó—. Vamos a unirnos. Elevaremos el precio hasta el límite para que a ella le cueste más quedarse con todo.

—Pero… —comenzó Jeff.

—No hay que preocuparse —le interrumpió el otro—. Ha venido y lo comprará. Si acaso no fuera, tendremos bastante para responder si no muerde el anzuelo.

—Yo creía que las condiciones de la subasta prohíben rigurosamente las asociaciones —dijo Jeff, y arrugó el entrecejo.

Era un muchacho bien parecido y de mente equilibrada. No le gustó la conspiración que se iba formando a su alrededor. Le parecía mentira que una docena de hombres se conjuraban para violar las condiciones reglamentarias contra una sola mujer.

—Lucille Roman es una asociación entera por sí misma —dijo el hombre persuasivamente—. Puede parecer una estafa, pero si usted la conociera mejor estaría de acuerdo con nosotros. Le doy mi palabra —añadió con un aire tal de sinceridad que convencía.

La puerta que daba a la oficina se abrió y entró un señor de edad madura, de complexión a propósito para padecer de alta tensión sanguínea; vestía pantalón a rayas y chaqué, y llevaba un pequeño montón de tarjetas y sobres que repartió entre los presentes.

—Como representante de los apoderados de «Hotchkiss» —dijo con cuidadosa y esmerada pronunciación—, estoy autorizado para anunciarles que la primera puja, bajo sobre, fue ganada por Lucille Roman en cuarenta y cinco mil dólares. Esta será la segunda puja. Hagan el favor de escribir en la tarjeta su nombre y la oferta que

hacen por el laboratorio. Después métanla en el sobre y ciérrenlo.

Jeff Benson tomó una tarjeta y un sobre, y se quedó contemplando pensativamente la punta de su pluma. Después garabateó: Ninguna oferta. J. Benson. Introdujo la tarjeta rápidamente en el sobre, cumpliendo las instrucciones, y se lo tendió al señor del chaqué. Este último no abandonó la habitación, sino que abrió los sobres y, echándoles una rápida mirada, ordenó tas tarjetas de tal forma que la mayor cantidad ofrecida quedara arriba. Cuando por fin acabó, se quedó mirando al hombre que estaba junto a Jeff.

—Charles Horne —dijo— ha ofrecido cien mil dólares por el laboratorio y todas sus existencias.

Se oyó una exclamación inmediata de todos los presentes. Estaba formada en parte de sorpresa, en parte de expectación.

Horne suspiró profundamente.

—Esto funciona —le dijo a Jeff—. Ahora ella ofrecerá ciento veinticinco mil por lo que no vale ni sesenta mil —y ahogó una sonrisa.

—¿Puedo saber el valor de las demás ofertas? —preguntó Lucille Roman con su voz limpia de contralto.

—Sería contravenir las normas, señorita Roman —dijo el abogado —. Sin embargo, creo que no quebranto ley alguna si le digo que su oferta quedó en segundo lugar.

—Gracias —replicó fríamente, como si cien mil dólares fuesen simplemente una bagatela.

Jeff, que rara vez conseguía tener en metálico ni el uno por cien de esa cantidad, se sorprendió admirando la aguda intuición de aquella mujer.

El abogado siguió:

—Se procederá a continuación a la tercera y última subasta. ¿Alguna pregunta?

Jeff, súbitamente, se encontró de pie preguntando en forma atolondrada:

—Sólo una cosa, ¿qué significa la exclusión tajante de las asociaciones?

—Quiere decir —explicó el abogado— que cada persona pujará por y para los intereses que represente. Un grupo puede pujar al iniciarse la subasta, pero no puede admitir más socios o aunar más intereses una vez que ésta ha comenzado. ¿Está claro?

—Perfectamente —dijo Jeff—. Debo declarar ahora que, aunque no conozco a la señorita Roman, detesto verla…

—¡Cállese, idiota! —masculló Horne con disimulo.

—… caer en una trampa —dijo Jeff sin bajar la voz y mirando a Horne sonriéndole tímidamente.

Para su sorpresa, Horne se encogió simplemente de hombros y le devolvió la mueca.

—No le servirá de nada —le dijo claramente.

Jeff miró a su alrededor y vio, un poco sorprendido que los demás, sin excepción, le miraban, no sabía si con hostilidad o con desprecio. A pesar de eso se esforzó tercamente en acabar lo que había empezado. No encajaba en su carácter renunciar a ninguna obra que hubiese decidido en firme.

—El señor Horne —dijo— y algunos de sus… ejem… colegas, se han asociado para hacer elevar la oferta casi dos veces más de lo que valen los «Laboratorios Hotchkiss». Fui invitado a unirme a ellos.

—¿Es eso verdad? —preguntó el abogado a Horne.

Horne asintió con la cabeza, avergonzado.

—Y habría cuajado si nuestro idealista amiguito —miró a Jeff con ojos tan brillantes como botones de zapatos— no hubiera preferido lanzar arena en la máquina. —Sacudió la cabeza fastidiado y añadió:

—No sacará nada de todo esto Ya lo verá.

El abogado estaba más negro que su chaqué.

—Esto, si me permite decirlo así, es un descubrimiento vergonzoso, señor Horne; si no en cuanto a la técnica, sí en cuanto a su ilegalidad. No hay razón para prolongar este asunto. Ya que el señor Horne y sus socios han transgredido las condiciones acordadas para esta subasta, yo, por dicha causa y con objeto de impedir más trapacerías, declaro cerrada la misma en uso de mis facultades para hacerlo así.

»Sólo es válida la primera puja, lo que significa que el título y propiedades de los «Laboratorios Hotchkiss» serán en breve transferidos a la señorita Lucille Roman.

—Gracias —dijo Lucille Roman, ignorando con toda flema a sus competidores.

El procurador vaciló, pero después se dirigió a donde Jeff Benson estaba sentado.

»Opino que el hombre amante de la justicia merece las gracias —dijo extendiendo su mano—. A todo el mundo le agrada el hombre que sabe perder. ¿Cuál es su nombre?

—Jeff Benson.

El abogado asintió y dijo:

—Es un placer conocerle. Aunque a todos nos agrada la señorita Roman, casi lamento que la oferta de usted no haya sido lo bastante alta para ganar. Es usted la clase de hombres con quienes a esta firma

le agrada negociar.

—Retiré mi oferta en el segundo round, cuando supe lo que estaba sucediendo —dijo Jeff con una sonrisa que era una mueca—. En cuanto a la subasta, no esperaba ganarla. Así que la señorita Roman no me está birlando nada. Por otra parte, y siento decirlo, no soy lo que dice un buen perdedor. Sólo que mi opinión es que en el juego se deben respetar las reglas.

—Pero, señor Benson, su actitud me desconcierta. ¿Por qué participó en la puja si no esperaba ganarla?

—Porque lo que realmente deseo es seguir una tarea. Necesito un laboratorio mayor que el que poseo ahora para continuar ciertos experimentos sobre los que vengo trabajando desde hace algún tiempo. Me habría gustado tener la oportunidad de continuarlos entre las grandes facilidades de los «Laboratorios Hotchkiss».

—Eso parece razonable —dijo el procurador.

Volvióse a la señorita Roman.

—¿Es posible llegar a un acuerdo?

—Difícilmente, por ahora —dijo ella mientras tiraba de sus guantes —. Supuse que el trato estaba ya cerrado.

—¡Oh!, completamente —dijo el abogado visiblemente embarazado—. El resto es mera formalidad. Pero, señorita Roman, ¿no podría usted…?

—Entonces me voy —dijo ella tranquilamente.

Miró casualmente en dirección a Jeff.

—Gracias, señor… er… Bunzen, ¿no era así?

—Benson, Jeff Benson.

La mirada que le devolvió era tan fría como la de ella, a pesar de estar interiormente echando chispas.

—Lo siento, pero debo marcharme. Le agradezco de nuevo su interés por la justicia en abstracto. Escasea mucho —añadió en tono maternal.

—Pero, señorita Roman —dijo el abogado, evidentemente disgustado—. Seguramente usted…

Ella se volvió para quedar frente a frente.

—Y ahora entendámonos —dijo mirando frígidamente tanto a Jeff como al abogado.

—El señor… er… Benson ha dicho que le gusta ver cómo se cumple el reglamento. Ya lo ha visto, lo que indudablemente le ha colmado de satisfacción. En segundo lugar, no le conozco en absoluto y no puedo por menos de sospechar que ha representado tan encantadora y pequeña escena para llamar mi atención sobre él.

»Me imagino uno o dos motivos que justifican su forma de proceder y no me incumbe ninguno de ellos. Él quería justicia y ya la tiene. Que le aproveche. Si desea trabajar en alguna de mis empresas, es libre para solicitarlo por el conducto debido a mi encargado de personal. Buenos días, caballeros.

Y al acabar de hablar dio media vuelta sobre un tacón y abandonó la estancia.

Jeff parpadeó. El abogado parecía sufrir un shock; estaba abatido, confundido. Tartamudeó al pretender excusarse mientras Jeff se las arreglaba para sonreír.

—Ha sido espantoso —dijo—, pero no es suya la culpa —y salió de la habitación.

Cuando Jeff Benson entró en su laboratorio sintió una punzada de envidia. Su propiedad, un garaje tan grande como un granero, estaba muy lejos de ser como los «Laboratorios Hotchkiss», con sus mesas resplandecientes y pulidos instrumentos, que a él le hubiera gustado usar. Miró las delgadas paredes y se encogió de hombros. Sólo podía imaginar la cantidad de energía que se escapaba por ellas, el medirla estaba más allá de sus fuerzas.

A un extremo del laboratorio se hallaba un enorme depósito, tapado con un material felpudo, del que salían varias tuberías. Una de ellas era la principal; las demás servían para regular la temperatura y mantener el contenido exactamente a cien grados, tal como estaba planeado. Sabía que esa temperatura oscilaba y por ello maldecía de su equipo, tan tosco.

Ese contenido debía estar en un tanque de dobles paredes entre las que hubiese una substancia neutra. También se necesitaban unas aspas giratorias y un regulador de temperatura que pudiera mantener el millón de litros de metano líquido a cien grados, entre límites de una décima. Pero ¿qué puede hacer uno en tan destartalado garaje y con una suma de dinero tan limitada?

La tubería que conducía el metano del tanque a otro apartamiento, estaba dotada de diez contadores de alta precisión. Uno solo de ellos hubiera bastado. Jeff Benson leía los diez y sacaba el promedio. Así y todo no era bastante.

El surtidor de oxígeno era también otro problema.

Con falsa sonrisa Jeff Benson abrió la válvula y apretó el botón. Se oyó un sordo bufido. El metano se oxidaba en un compartimiento que debía, teóricamente, recoger la energía liberada. Esta energía podía medirse entre límites categóricos y podría calcularse la necesaria para la transformación.

Sabiendo la cantidad de combustible necesario, siempre que se conociera la exacta temperatura inicial de ese combustible, del oxígeno y la del compartimiento, y liberando la energía química contenida en el combustible mediante su combinación con oxígeno, contando con que se pudiera medir de una forma precisa la cantidad de energía desprendida, podría contrastarse la energía previamente calculada, encerrada en el combustible, con la así hallada y se podría probar la ley universal de la conservación de la energía.

O si los resultados no coincidían se podría demostrar su falsedad.

Habían pasado cinco años desde la primera vez que Jeff Benson tuvo fundamentos para creer que había un error en esa ley infinitamente pequeña, pero que significaba un escape. Era un fallo que no variaba. Parecía existir tanto en la energía atómica como en la química, en la eléctrica y hasta en la simplemente mecánica. Fallaba la ley de su conservación y esa ley abarca la conversión de la energía en materia y viceversa.

Durante cinco largos y arduos años, Jeff Benson había estado quemando su dinero literalmente, de varias maneras. Sus experimentos eran groseros, demasiado rudimentarios.

Con mucha frecuencia el margen de error del experimento sobrepasaba varias veces el valor del fallo.

A veces sus mediciones le daban más energía que sus cálculos, otras, le daban menos. Una fracción de un tanto por ciento aquí, sumada o restada a otra y a otra más, representaban todas juntas un gran error experimental.

Sin embargo, Jeff insistía porque, después de cinco años de ensayos, comprobó que había una ligera tendencia hacia el resultado menor. La mayoría de las medidas daban menos energía.

Según la estadística eso era una prueba concluyente de que cada vez que la energía potencial se transformaba en energía cinética un mínimo porcentaje se perdía.

Se perdía, pero ¿en qué? ¿dónde?

Jeff no lo sabía, pero que le permitieran medir exactamente la cantidad primero; que le dejaran probar que lo mismo sucedía en centrales eléctricas, en las máquinas de vapor, en las pilas atómicas, en la caída de una piedra de peso conocido desde una altura dada; que le dejaran probar esto, más allá de todo argumento y sólo entonces lo presentaría al mundo de la ciencia como demostración de que otra de las llamadas leyes inmutables había sido destronada.

Y entonces sería la ocasión de preguntarse lo de dónde y en qué se perdía.

Que le dejaran demostrar su teoría y Jeff Benson no tendría que volver a escoger entre una pieza de pan y un galón de metano, o eso de construir un regulador de temperatura y luego desear tener a mano otro más exacto. Entonces tendría un laboratorio tan completo como el que Lucille Roman había comprado.

¿Qué perseguiría Lucille Roman con semejante laboratorio?

«Oficina de Empleo», «melodrama», «la justicia triunfante»… ¡que se vaya al diablo Lucille Roman!

II

Los meses pasaban a la par que la teoría tomaba cuerpo lentamente, poquito a poco. Cada experimento incrementaba el promedio total, pero ningún adelanto real se producía en el principal problema de Jeff Benson: la eliminación del error experimental. Era un problema que dependía exclusivamente de la exactitud en las medidas.

Para determinar de forma exacta el porcentaje de arena —procedente de un gran montón— que cabe en un dedal, uno tiene que conocer de forma precisa la cantidad de arena de ese montón y la cabida del diminuto dedal. Y ambas medidas deben ser de una exactitud tal que se hace imposible para resultados normales. Jeff Benson se sentía a menudo como si estuviera construyendo relojes con ruedas de locomotoras, o intentando grabar sus iniciales en la cabeza de un alfiler, con un azadón.

Mientras Jeff estaba luchando con el problema en su pobre laboratorio, Lucille Roman presenciaba los progresos en el deslumbrante lugar que había adquirido. Ahora el letrero de metal sobre la entrada decía «Empresas Roman» en lugar de «Laboratorios Hotchkiss». Antes, un coche podía recorrer todo el camino hasta la puerta principal sin que lo detuvieran; Lucille Roman había colocado un centinela en la entrada de la valla, que limitaba el terreno. Esta era de un acero inmaculado y estaba además cargada eléctricamente.

Aquel que deseara entrar tenía que pasar satisfactoriamente la valla, después atravesar otras barreras hasta llegar finalmente a las oficinas principales. En lo alto de la defensa no se necesitaban carteles de peligro: aisladores de cuatro pulgadas lo advertían plenamente.

Dentro estaba el progreso; el progreso y los fracasos también.

El profesor Phelps dejó de observar por el ocular para mirar a Lucille que entraba, pero ella le devolvió el saludo con una mano y le dijo:

—Termine, profesor. Debe de ser importante.

Se sentó y encendió un cigarrillo; después echó una mirada a la mesa de Phelps. Había allí algunas hojas de papel llenas de

coeficientes y una buena cantidad de apretujadas anotaciones. Un par de volúmenes de las Tablas Internacionales de Masas Críticas yacían uno sobre el otro al extremo más alejado, y el Manual de empleo del Espectroscopio Patrón de Longitudes de Ondas, descansaba abierto por una de sus páginas centrales. Una regla de cálculo, colocada sobre su borde, servía de señal.

Phelps dio vueltas al mando del espectroscopio e hizo una nueva anotación en las hojas; después volvióse a Lucille.

Si Charles Horne se había realmente creído su propia y maligna observación sobre aquello de mantener a un gigoló, estaba completamente equivocado. El profesor Phelps era un hombre de unos cincuenta años. Su cabeza estaba completamente desprovista de pelos, salvo cejas y pestañas, y su frente estaba surcada horizontalmente como resultado de profundas especulaciones, de la concentración sobre sus instrumentos, o malhumor habitual aunque su expresión era bastante amable.

Tenía la cara señalada por un profundo paréntesis que encerraba la boca, señal de lo mucho que había reído en su vida. Las manos eran huesudas y de dedos largos. Daban la impresión de que debían de temblar un poco, pero eran tan firmes como rocas. Luis Phelps no era, sin lugar a dudas, un gigoló. Tenía otra ocupación y estaba plenamente capacitado para ella.

—¿Qué está haciendo? —le preguntó Lucille cuando dejó el espectroscopio.

—Tratando de descifrar lo que es —le dijo, mientras un surco se le dibujaba en la frente.

—¿Tiene alguna idea? —preguntó sin mostrar interés.

Miró a través de la ventana, sobre el espectroscopio, a una larga y delgada lengua de luz brillante que se elevaba verticalmente. La ventana era de un cristal extremadamente oscuro y, a pesar de ello, la luz era de una blancura cegadora. Tendría aproximadamente unos seis milímetros de diámetro y un metro veinte de alta, y antes de morir se agudizaba hasta el límite de una punta de alfiler.

Teniendo en cuenta que la llama estaba a una distancia de unos treinta metros y que pasaba a través de un cristal oscurísimo, debía ser insoportable para el ojo desnudo, si es que no lo era para la misma carne.

El profesor Phelps se encogió de hombros y sacudió la cabeza.

—Hidrógeno en su mayor parte, o también protones libres. Nitrógeno, carbono y oxígeno, el último no en demasía pero tampoco escaso. Helio, o al menos el helio restante después de haber captado

las partículas alfa de alta energía, su conjunto de electrones en la parte superior del chorro. Desde luego sabemos que éste arroja rayos alfa, beta y gamma en el cono más afilado conocido por el hombre, justamente bajo su eje.

Un círculo de 25 mm. estaba marcado en el techo a 30 metros del suelo. El noventa y ocho por ciento de la radiación del fulgurante chorro estaba abarcado por ese círculo, y la radiación que se proyectaba fuera de una circunferencia de 25 centímetros, centrada al eje, era despreciable.

—Carbono, nitrógeno y oxígeno —repitió Lucille—. Eso puede ser justamente la tromba de aire.

—Lo pensé, pero el análisis cuantitativo del espectroscopio no da, ni mucho menos, las proporciones correctas. Francamente, la velocidad de ese chorro es tal que uno bien puede imaginarse que estamos desinflando el sol.

—¿El sol?

El profesor Phelps negó con la cabeza.

—No —dijo con una sonrisa—. No sé mucho de física solar pero las investigaciones del profesor Russell mostraron que el sol está compuesto, en su mayor parte, de hidrógeno y de un gran porcentaje de la aglomeración conocida con el nombre de mezcla de Russell.

El profesor Phelps abrió un libro y buscó en él hasta encontrar unas tablas.

—La mezcla de Russell —dijo—. Hidrógeno tenemos en abundancia o, como dije antes, protones de alta energía. Oxígeno también tenemos pero no en las proporciones encontradas en la mezcla solar. El resto son metales, media docena de ellos, de los que no tenemos ni el más leve indicio. No, señorita Roman, me doy por vencido.

—Bueno, lo que quiera que sea lo tenemos —dijo ella—. Y podemos usarlo.

—Pero me gustaría saber qué es.

—Algún día lo descubrirá. En la vida, profesor Phelps, hay dos clases de gentes: unos pierden el tiempo tratando de encontrar qué hace funcionar las cosas; la otra clase disfruta simplemente de ese funcionamiento, y al diablo las causas.

—Pudiera ser —dijo él mirándola de reojo—. ¿Y a cuál pertenezco yo?

—No hace mucho tiempo era usted de los que tratan de descubrir el por qué, pero hago lo que puedo para mudarle al otro apartado. Encontrará la vida más interesante una vez que haya aprendido que es

más importante usar sus descubrimientos que ofrecerlos a algún otro para que los utilice, mientras usted continúa trabajando en otros nuevos.

»Y ahora, profesor Phelps, preferiría que olvidase el problema de lo que es y de dónde viene para dedicar sus esfuerzos a la fabricación de ocho de estas cosas, lo suficientemente grandes como para impulsar una nave del espacio de unas doscientas toneladas.

—¿Naves del espacio?

—Nave del espacio.

—Pretende navegar…

—Yo no. Intento solamente probar que tal cosa es posible, práctica y ventajosa.

—Pero la posibilidad de encontrar algo de valor intrínseco en uno de los otros planetas es muy pequeña.

—Correcto.

—Entonces, ¿por qué?

Lucille Roman sonrió:

—Yo estaba aún en pañales cuando empezaron a hacer chapucerías con cohetes. Hay que hacer algo más que eso y yo lo voy a intentar.

—Pero…

—¿Para qué supone que se quiere viajar por el espacio?

—Puesto que el llegar a otros planetas no puede ser de mucha utilidad, o las oportunidades son demasiado pequeñas para arriesgar el dinero necesario, yo diría que el único objeto de esos viajes sería el puro interés científico.

—No enteramente. Recuerde, profesor, que estamos todavía encerrados juntos en esta pequeña bola de barro, con una población que sustenta un montón de ideologías diferentes y que parecen ser, mutua y desgraciadamente, incompatibles.

—¿Y por eso intenta hacer posible la emigración?

—¡Puaf! —resopló la muchacha—. Nadie puede vivir en la Luna. Marte está descartado por demasiadas razones para encontrarlas ahora, y Venus posee una delgada pero letal capa atmosférica de amoníaco. El resto está aún más remoto. ¡Emigración! —y resopló de nuevo.

—Entonces, ¿qué…?

—La nación que controle la Luna y los viajes espaciales, controlará a su vez el destino de la humanidad, profesor.

—Sí, ya sé.

—Y una vez que yo pruebe que mi sistema sirve, puedo vender o arrendar la fórmula al gobierno por una gran cantidad de dinero. Eso,

profesor Phelps, era lo que yo tenía en la cabeza cuando compré este laboratorio.

Phelps asintió. Él sabía que tenía algo planeado, pero no podía imaginarse el por qué Lucille Roman se volcaba a favor de la ciencia y le proporcionaba a él un laboratorio.

—De manera que —dijo ella— dispóngase a trabajar en el diseño de ocho aparatos a chorro de un tamaño mucho mayor, lo bastante para elevar y manejar una nave espacial de un par de cientos de toneladas.

—Pero esa nave…

—Tendrá que diseñarla también. Contrate un equipo de hombres y póngalos a trabajar.

Phelps miró de nuevo por el espectroscopio y sacudió la cabeza lentamente.

—Estoy un poco en duda —dijo.

—¿Por qué?

—Mi madre siempre me dijo que no se puede obtener algo por nada. Parece ser que nosotros estamos en ese caso.

Lucille afirmó con vehemencia.

—Y así es —dijo.

—Y esto no está claro.

—¿Por qué?

—Porque es una violación clara de la ley universal de la conservación de la energía.

Lucille se levantó y lanzó una carcajada.

—¿Y quién me detendrá por haber violado esa ley?

—Toda esa fuerza debe venir de algún sitio.

El cuerpo de Lucille se puso rígido.

—Si alguien no sabe controlar su poder, peor para él. Disponemos de esa fuerza, por tanto la usaremos.

El profesor Phelps dio vueltas a un mando y el avasallador chorro, tras del cristal oscuro se elevó. Tres, cuatro, seis metros, y siguió midiendo seis milímetros en la base. Quince metros: el silencioso rugir de la energía pura atravesaba la maciza constitución de la pared y el suelo temblaba.

El círculo de 25 mm. que había bajo el techo se inflamó, y, al romper cada vez más en blanca incandescencia, se le pudo ver también a través del grueso cristal. Entonces se fundió con el techo y unas gotitas cauterizantes cayeron dentro de la llama atómica en forma de aguja.

La lengua escupió grandes trozos, y aún se elevó más por el

agujero del techo cuando la materia del metal unió su energía a esa llama que todo lo devoraba.

Aquello produjo, bajo la misma luz del día, un breve (porque en seguida se desvaneció) e incandescente obelisco sobre el laboratorio.

El profesor Phelps cerró el mando y la lanza de fuego volvió a convertirse en una luz tan pequeña como un lápiz.

—Nadie —dijo resumiendo— puede perder esta cantidad de energía sin provocar un escándalo para descubrir adonde se va. Y ¿quién me va a asegurar que no estamos violando la ley de la conservación de la materia?

—Al diablo con eso —dijo Lucille mientras se encogía de hombros —. Tenemos otras cosas que hacer con este maná, que preocuparnos de dónde viene. Olvídelo.

Phelps asintió sumiso. Echó una última mirada al espectrómetro y salió siguiendo lentamente a la muchacha. Seguro que en algún sitio, alguna vez, por alguien, se llegaría a explicar esta cosa inexplicable. Pero no sería ninguno de los que trabajaban para Lucille Roman.

—De aluminio —dijo ella con decisión—. Lo construiremos de aluminio.

Hannegan sacudió la cabeza. Estaba encargado de la dirección de los negocios de Lucille Roman y encontraba en la muchacha tantas facetas en su personalidad y ambición que llegaban a fastidiarle, o que, al menos, le desorientaban al tratar de seguirle la corriente.

—Eso nos costará una fortuna.

—Horne tiene valores en aluminio. Entiéndase con él.

—¿Se refiere usted al hombre que intentó birlarle los «Laboratorios Hotchkiss»?

—Sí.

—Al pajarraco ese que… ¿y vamos a negociar con él? —exclamó.

Lucille le lanzó una mirada desdeñosa.

—Escuche, señorita Roman, no lo entiendo.

—Horne tiene una buena cartera de esos valores, y además es un «judío». Precisamente por haber intentado eliminarme de los laboratorios, hará cualquier cosa para paliar su conducta y echar en el olvido lo sucedido. Por otro lado seguro que le gustaría echar mano, con esos viscosos dedos, a las Empresas Roman, utilizando para ello cualquier medio.

—De manera que usted tiene un plan.

Era una afirmación, no una pregunta. Hannegan conocía muy bien a Lucille Roman.

—Horne es un polvorilla. Uno de esos hombres que tienen que

manejarlo todo por sí mismo.

—¿Y qué?

—Dejaré que se embobe admirándome —sonrió Lucille Roman seductoramente— y cuando Charles Horne se despierte se encontrará con que alguien ha estado especulando en la Bolsa. Cuando descubra que mi hombro es demasiado frío descubrirá también que ha perdido sus valores en aluminio y… su cabeza. ¡Maldito sea!

Sus ojos azules llameaban. Se levantó y salió rápidamente de la oficina.

III

Acababa de cerrarse la puerta detrás del repartidor y ya estaba Jeff Benson abriendo la caja con un martillo. Trabajó hábil y rápidamente durante unos minutos quitando las tablas que aseguraban la tapa. Como medida de precaución quitó los clavos que sobresalían y dejó las tablas amontonadas cuidadosamente. Después, con la misma delicadeza que una madre levanta a su hijo de la cuna, Jeff Benson sacó el instrumento de su horma acolchada y lo colocó sobre el banco de trabajo, un poco lejos de aquel armatoste de cajón.

Era una preciosidad. El estuche estaba construido de fino nogal y éste delicadamente teñido, barnizado y pulimentado hasta la perfección. La chapa explicativa era de aluminio recubierto con una capa de esmalte negro y arrugado. Las divisiones e indicadores de posiciones de los interruptores, las instrucciones para la manipulación y nombre del instrumento, el del fabricante, todo, estaba grabado atravesando la película negra. Era una verdadera obra de arte.

Las escalas graduadas eran blancas y marcadas mecánicamente. Sus divisiones pintadas en negro o en rojo para mayor claridad.

En la caja las diversas medidas eran idénticas. Los diferentes valores y anotaciones estaban litografiados, teniendo el mismo tipo de imprenta y análogo estilo cuando se referían a un mismo valor o función.

Era el último grito de la artesanía de Jeff Benson y se sentía orgulloso de añadir este delicado instrumento a su laboratorio.

Después de deleitarse, desde lejos, en la contemplación del ingenioso invento, y cuando estaba a punto de acercarse para maniobrar en el dial, sonó el timbre de la puerta.

—¡Vaya, hombre! —dijo, encaminándose a la entrada en vez de aproximarse al aparato.

Cuando abrió la puerta dio un paso atrás un poco perplejo.

—¿Qué hay? —dijo.

—¿Es usted Jeff Benson?

—Sí, yo soy.

—Permítame que me presente. Soy Norman Hannegan.

—¿Cómo está usted? —dijo Jeff cortésmente sin saber qué decir.

—Usted ha construido algunos instrumentos para la oficina de Pesas y Medidas, ¿no es así?

—Sí, algunos —admitió Jeff.

Hannegan sonrió.

—Conozco a Tompkins. Fuimos juntos a Cambridge —sonrió—. Tengo un trabajito para usted, joven. ¿Le interesa?

—Pues, sí —dijo.

—Tompkins le ha recomendado —dijo Hannegan—. Le llamé para preguntarle el nombre del mejor fabricante de instrumentos del país. Me dijo que los chismes que usted hacía no presentaban un aspecto fantástico ni precios altos, como otros, pero que eran mejores que los demás.

»Nos gustaría hacer un pequeño trato con usted en este asunto, señor Benson. Hay un poco de «alto secreto» en él, y los negocios en privado lo conservarían mejor «bajo la manta» que una asociación en grande.

—Me parece que el señor Tompkins me ha valorado en más de lo que merezco —dijo Jeff—. Mis cacharros son bastante bastos.

—Pero funcionan, y eso es lo que importa. Además ¿me permite que sea yo el que juzgue su eficiencia? Déjeme ver algo.

—Con mucho gusto —dijo Jeff—. Por aquí.

A lo primero que miró Hannegan fue al nuevo aparato.

—¿Lo ha hecho usted?

—¿La calculadora de promedios? No.

—¿La qué?

—Es una máquina para obtener el promedio de los valores de «pares de termómetros». Tengo la necesidad de medir la elevación de temperatura en masas enormes de metal y maquinarias. Algunas masas, en efecto. —Jeff sonrió—. Este chisme… bueno… se instalan «pares de termómetros» en todos los sitios que se pueda y se conectan a los terminales que hay al dorso de la máquina calculadora. Esta suma la temperatura media de cada «par» y obtiene el promedio de todas ellas, dando así el aumento producido. Es como si las grandes masas de metal y maquinarias fuesen un bloque único, una sola unidad. ¿Me sigue?

—Casi, casi. Soy director de empresa, no un científico. Pero tiene buen aspecto ese cacharro, quizás un poco impresionante.

Jeff sonrió:

—Me moría de impaciencia por tenerlo.

—Lo necesitaba urgentemente ¿eh?

—Debí haberlo usado el pasado mes, pero lo haré la próxima semana. Puede asegurarlo.

Hannegan se rascó la cabeza.

—Lo usará la semana que viene y se estaba ahora muriendo de impaciencia. ¿Lo va a comprobar acaso?

—¡Pues claro! Lo primero que tengo que hacer es comprobar las escalas y contrastarlas con las medidas patrón. Después tengo que hacer lo mismo con el mecanismo de suma y, más tarde, con el de los promedios. Así podré tener la seguridad de que los resultados que me dé son los correctos.

Hannegan sacudió la cabeza.

—A mí me parece que un aparato de aspecto tan acabado como éste debía ser perfecto desde el principio hasta el final.

—Bueno, sí. Lo son para la práctica corriente. Yo busco otra cosa. Algo más utópico.

—Aunque así sea. ¿No es esto lo mejor que se puede conseguir?

—Desde luego —admitió Jeff—. Pero nunca he visto un instrumento de medida al que no haya habido que tocarle aquí y allí para una mayor exactitud.

Hannegan sonrió y asintió.

—Usted es el hombre que necesito —dijo soltando una carcajada —. Cuando lo mejor no es lo suficientemente exacto… Bueno, señor Benson, represento a una firma que desea construir una nave del espacio. Los diseñadores de ésta tienen ya detallados ciertos instrumentos. Si le interesa nos gustaría llegar a un acuerdo con usted para su construcción.

—Me gustaría con locura. ¿Es una firma privada?

—Sí, pero no me haga preguntas por ahora. Es una cosa legal y remuneradora. A pesar de la recomendación de Tompkins, desearíamos tener su palabra de que no hablará de este asunto con nadie, tanto si acepta el contrato como si no.

—De acuerdo —dijo Jeff.

—Entonces voy a dejarle unos cuantos detalles de otros tantos instrumentos que se necesitan, para que usted lo estudie. Le llamaré pasado mañana. Para entonces ya lo habrá revisado y me dirá si su primera impresión es de que puede o no comprometerse a fabricarlos.

Jeff arqueó las cejas.

—Seguramente se habrá dado cuenta de lo interesado que estoy y espero que lo mismo le pase con mis escrúpulos. El caso es que me gustaría saber para quién voy a trabajar.

Hannegan sonrió:

—Y lo sabrá, créame. Pero sólo si se decide a trabajar con nosotros. Tan pronto como vea que puede usted hacerse cargo de este asunto, se le extenderá un contrato formal. Puede estar presente su abogado con nuestro parabién. Sin embargo, si su respuesta es negativa nos separaremos sin comunicarle nuestra identidad.

—Pero…

—Una cosa más. Por las molestias que pudiera causarle el examen de estas específicas condiciones de los instrumentos, si es que decide negativamente, le pagaremos como si hubiera sido una consulta. Esto contribuirá a guardar su silencio a la par que le pagamos por el tiempo perdido que, sin duda, tiene su valor.

»Somos honrados, señor Benson, pero no queremos que nadie sepa lo que hacemos o lo que vamos a hacer hasta que no estemos en condiciones de publicarlo. Si decide unirse a nosotros será uno más en la familia; entonces le hablaremos con toda confianza ¿Comprendido?

Jeff asintió.

—Acepto todas esas condiciones.

—Bien. Verá como le conviene. Nosotros pagamos bien, pero al recibir la mercancía.

Cuando Hannegan se fue, Jeff ignoró su adorada máquina con objeto de examinar las características de los instrumentos que se necesitaban en la nave espacial. Aquel trabajo significaba para él comestibles, pago de alquiler, cigarrillos y «pienso» para su investigación favorita. Esta última no era mala consumidora de lo que quiera que fuese.

Realmente a Jeff no le disgustaban los pequeños trabajos que le encomendaban de vez en cuando. La mayoría de ellos eran lucrativos, ya que el ser un artesano excepcional es rama de un arte no superpoblado aún, por lo que se extraían de ella altos honorarios. Desde luego la tarea resultaba pesada porque el metal, los cables y el vidrio eran tercos y había que afinarlos exageradamente antes de que aceptaran asociarse para medir pesos tan pequeños como el aliento de una mosca o el potencial eléctrico de dos minúsculas partículas metálicas suspendidas en un gas.

Jeff lo hubiera abandonado todo si hubiera sido capaz de costear sus investigaciones. Como no era así, lo que hacía era trabajar en un día más horas que la mayoría de la gente en dos, y además disfrutando.

Abrió la primera página que explicaba las características para un velocímetro basado en el efecto Doppler, pero en su versión eléctrica,

de tal forma que un simple microamperímetro D'Arsonval pudiera ser calibrado en pies por segundo y, con los oportunos conjuntos de condensador-resistencia, reducir su sensibilidad a millas por segundo. No pasó de la primera página porque hubo una segunda llamada.

Jeff lanzó una maldición y se dirigió a la puerta. Esta vez quedó realmente sorprendido: el que había llamado era Charles Horne.

—Hola —dijo Horne extendiendo la mano.

Benson sólo la miró.

—Tómela —y Horne repitió el gesto—. Se la ofrezco en lugar de una ramita de olivo. Usted sabrá que no hay ni un solo ejemplar de ese árbol en un radio de dos mil millas de Chicago.

—Al grano, Horne. ¿Qué desea? —demandó Jeff.

—Quiero hablarle.

—Ya está hablándome.

—No se precipite, Benson. Cualquiera comete un error. Y yo creo que todo hombre que se precie de serlo tiene que ser lo suficientemente honrado para disculparse cuando sea preciso. Me equivoqué, y bien equivocado, pero me gustaría exponerle una o dos razones que abogan por mi causa.

—Comprendo.

—No puede comprenderlo —dijo Horne—. Lucille Roman es uno de los más despiadados y codiciosos dictadores que ha habido en un siglo y en cuyas manos haya caído un imperio económico. Aun incluyendo a su propio padre.

—Bueno, ¿y qué?

—La madre de Lucille Roman murió en el parto. Su padre fue el que la educó. Papaíto Roman, en lugar de contratar a las mejores institutrices y a los profesores particulares más caros, la educó por sí mismo para que cuando él muriese lo sustituyera. Y así fue. Ahora, con veintiséis años, a Lucille Roman no le importa nada más que el éxito. Vive solamente tras la riqueza y el poder. Su padre no le enseñó nada más; por eso ve en cada hombre un desafío, una amenaza para su persona.

»Así, en el curso de estos últimos años, Lucille Roman ha ido ganando puestos, negocio tras negocio. Ella ha surgido de la nada para golpear rápidamente y colocarse en cabeza No le importan los efectos de sus ataques sobre las víctimas de sus incursiones financieras. Estas víctimas son, simplemente, cabelleras para su cinturón. Y a buscar otro triunfo.

—¿Qué tiene que ver todo eso conmigo?

—Sólo trato de explicarle el por qué varios de nosotros perdimos la

cabeza e intentamos aventajarle. Si usted hubiera sido uno de los nuestros hubiera sentido lo que nosotros: que Lucille Roman no nos ataría más latas al rabo y que íbamos a mandarla al infierno.

—Pudiera ser —admitió Jeff.

Horne se echó a reír.

—¿Y qué hizo Lucille Roman para recompensar los esfuerzos que usted hizo en su favor?

—No mucho.

Esta vez la risa de Horne fue irónica.

Miró su reloj.

—¿Por qué no me acompaña a almorzar? Podemos charlar mientras comemos.

Benson se encogió de hombros. Horne se proponía algo y llevaría un tiempo precioso el arrancárselo. Además, Benson no haría nada de lo suyo hasta que el campo no estuviera libre para actuar. Podía comer con Horne y matar dos pájaros de un tiro. Jeff era de los que no dejan que nada se interponga mientras se come, lo que significaba que en todo momento la hora de comer debe ser independiente de la hora del trabajo.

Y otra cosa: Horne era de esa clase de hombres que, cuando esperan interesar a alguien en un trato, lo lleva invitado al mejor sitio. Y Jeff estaba deseando disfrutar, aunque fuese brevemente, de la clase de vida a la que esperaba algún día estar acostumbrado.

—Cogeré mi chaqueta —dijo.

Cuando Lucille Roman iba a salir de la oficina se paró un momento para hablar con Hannegan que entraba en ese instante.

—¿Va todo bien? —le preguntó.

—Acabo de entregar el contrato de los instrumentos y las medidas especiales para los aparatos —le dijo.

—Eso es algo estupendo —dijo complacida—. ¿Está todo hilvanado?

—No; sólo prácticamente. Le dejé a Jeff Benson algunas de las características…

—¿Benson? ¿El que estaba interesado en echar mano, por mediación mía, al instrumental de los «Laboratorios Hotchkiss»? ¿Ese?

—Sí.

Lucille fijó en Hannegan una fría mirada de sus ojos azules.

—La decisión que usted ha tomado, ¿está basada en algún estúpido y romántico sentimiento de gratitud?

Hannegan negó con la cabeza.

—Le pedí a Tompkins, de la Oficina de Pesas y Medidas, que me

diera el nombre del mejor fabricante de instrumentos del país. Me dio el de Jeff Benson.

—¿Qué clase de persona es Benson?

Hannegan sonrió.

—Un tipo verdaderamente raro. Un poco pagado de sí mismo, de su propia habilidad. Escudriña un magnífico almacén para encontrar los instrumentos más perfectos fabricados en serie con fines comerciales, y después confiesa que debe rehacerlos antes de que sean lo suficientemente exactos para que le sirvan.

»Algo más. He preguntado entre los que comercian en estas cosas y me aseguran que sus productos son los mejores, pero que no pueden fabricarlos en serie a causa del precio de costo. Tienen que quitar un pico de aquí y un penique de allá, ya sabe, mientras que un hombre al hacer un solo instrumento puede construirlo de la manera que quiera y puede calibrar y hacer a mano cada una de sus partes hasta el último grado de perfección.

También me han dicho que un cierto porcentaje de eficiencia se pierde al hacer un instrumento cualquiera que se adapte a múltiples aplicaciones, mientras que uno solo fabricado por un buen ingeniero y para una determinada y única tarea no presenta esa pérdida.

»De todas maneras —concluyó Hannegan— tengo la corazonada de que más de una vez nuestro Jeff Benson ha comprado equipos comerciales a compañías que previamente han plagiado sus propios diseños y prototipos, haciéndolos aptos para producirlos en masa.

Lucille Román asintió llena de dudas.

—¿Está usted seguro de que es lo mejor de la especialidad?

—Completamente seguro.

—Bueno. Esto será como una especie de compensación. Él me hizo un favor y ahora, por su superioridad, puedo darle su recompensa. En los negocios no hay sitio para los sentimientos Es una estupidez que movido por la gratitud se realice un contrato que no es el mejor. Pero aún estoy un poco en duda acerca de Benson.

—¿Por qué?

Ella alzó la vista al techo.

—No puedo adivinar el pensamiento —reflexionó—. Tampoco creo en el altruismo. Me pregunto cuáles serían los motivos de Jeff Benson.

—¿Qué quiere usted decir? Yo creo que estaba en la subasta de los «Laboratorios Hotchkiss» por una sola cosa: conseguir del nuevo propietario un contrato para la fabricación de aparatos.

—Y representó el pequeño drama dijo Lucille secamente— para impresionar a una atractiva mujer con la maravillosa perfección de su

carácter, de tal forma que ella cayese en sus anhelantes brazos, ¿no? La intención de aquella tragedia tan bien ensayada, ¿fue acaso la de deslizarse en las Empresas Roman? De todas formas, Hannegan, odio a los lobos, ya sean de tipo gentil e insinuante o aulladores y de largos colmillos. Hay que vigilar a Benson cuidadosamente… Bien, me voy a almorzar.

—¿La llamo al mismo sitio si es necesario?

Lucille asintió.

—Es la guarida del querido Horne. Hace tiempo que no va por allí, pero volverá. A propósito, ¿le gustaría yo a ese tipo?

Dio vueltas como un modelo mientras le sonreía provocativamente por encima del hombro.

Sus encantadoras y acentuadas curvas podrían haber arrancado un silbido a los labios de una estatua de mármol.

IV

En lo alto de una montaña de California, en una habitación semicircular y medio a oscuras, el admirable espectro del Sol se proyectaba en una extensión de treinta metros. Bajo las paletadas de color, sobre la pared, se veían marcadas unas divisiones muy separadas unas de otras.

Cada zona oscura o brillante estaba clasificada, anotada bajo clave y atravesada por una indicación en forma de cruz, de tal manera que todo elemento constitutivo del Sol quedaba de manifiesto.

Aquí también había anotaciones mostrando que ciertos elementos se perdían por diversas causas en el espectro solar.

Los visitantes, impresionados por la vasta banda de color, y al observar las indicaciones, quedaban maravillados de que el hombre pudiera saber tanto sobre lo que le circundaba. Era impresionante además de bello. No pocos millones de dólares se habían obtenido de fondos filantrópicos por haber visto sus administradores este espectáculo. Estos esperaban que sus esfuerzos tendrían éxito y añadir así algo más al enorme depósito del conocimiento humano y se convencían de que en estos tiempos se necesitaban, entre otras cosas, dinero y cerebros para aumentar la riqueza de la ciencia moderna. En los tiempos ya pasados, era tanto lo que se desconocía, que casi cualquier hombre de mentalidad despierta podía hacer algún descubrimiento. Hoy en día, a la luz del saber actual, el extraer algún factor, desconocido por ahora, y el interpretarlo no sólo era tarea de un sabio, sino que además resultaba difícil y costoso, a la vez, en tiempo y en dinero.

Mientras que los visitantes se maravillaban del magnífico zarpazo humano a lo desconocido, un científico de edad avanzada examinaba alternativamente un papel lleno de números y unos dos metros de película en color que había montada en una pequeña pantalla de luz, sobre su pupitre.

Cuando terminó alzó la vista para mirar a un hombre mucho más joven, de pie en el salón, al que contradijo con la cabeza.

—Estás equivocado, Harry.

—¿Equivocado, profesor? ¡Pero si las líneas demuestran que está disminuyendo!

El profesor Lasson sonrió.

—Harry, hay más de una causa para que cualquier elemento del espectro solar comience a indicarnos una disminución cuantitativa.

El joven parpadeó.

—No lo comprendo —dijo—. Doy por sentado que cuando una cantidad comienza a disminuir es señal de que está menguando.

El profesor Lasson negó de nuevo con la cabeza.

—Apartémonos del asunto, Harry. ¿Adónde van las protuberancias solares?

—Hacia arriba, naturalmente.

—¿Ha oído hablar alguna vez de la teoría de la capa inversa?

—¿La qué?

—Harry, el Sol no es un cuerpo sólido, como usted ya sabe. Es una bola de gases incandescentes. La teoría de la reversión sostiene que los elementos en el nivel superior del Sol están completamente ionizados por la presión y la temperatura hasta tal punto que los electrones no pueden caer en órbitas, que produciría la emisión de las características líneas espectrales.

»Y ahora preste atención. Supongamos que una capa cercana al Sol se enfría unos cuantos miles de grados. Esto permitiría que los gases componentes de ese estrato cayeran al Sol, puesto que por ser un gas enfriado también estará contraído, será más denso, y por tanto la fuerza de gravedad del astro se haría sentir más sobre él. Entonces, en los niveles superiores al lugar donde ocurre este fenómeno, la presión decrece debido a que las zonas más bajas han sido atraídas por el Sol. Esto provoca un enfriamiento hasta tal punto que la desionización se produce.

»Entonces la zona superior a ésta se enfría y cae, con lo cual se vuelve a recuperar la presión bajo ella, pero provocando por un lado la desionización y por otro, en la parte superior, el enfriamiento. ¿Lo ve? Cuando la presión baja, la desionización se produce. Estrato tras estrato los gases superiores decrecen en presión y en temperatura y, a medida que caen, la desionización se eleva.

»Esto es lo que significa la teoría de la reversión en las protuberancias solares. Actualmente nada se escapa del Sol, pero la elevación de la banda de ionización nos parece indicar que algo está estallando allá arriba.

—Lo comprendo, pero ¿qué tiene que ver esto con…?

—Supongamos que la temperatura del Sol se estuviese elevando paulatinamente. ¿No podrían llegar los elementos con un cierto nivel de ionización crítica a un punto de desequilibrio? Un poco más de energía nuclear y la desionización disminuiría lo que, a su vez, provocaría un descenso en las rayas espectrales de esos elementos.

—Pudiera ser, profesor. ¿No podríamos cerciorarnos?

El profesor Lasson sonrió fatigadamente.

—Nadie puede tener la seguridad —dijo—. Me temo que la mayoría de nuestras observaciones estén basadas en simples deducciones, en conjeturas.

—Pero son conjeturas condenadamente detalladas.

—Lo único que podemos hacer es vigilar, Harry. Es muy poca la seguridad que tenemos para actuar en consecuencia. Debemos iniciar un gráfico para irnos asegurando. Después de todo, desde los albores de la humanidad, el Sol no ha cambiado; ha sido constante, perfecto. Se puede asegurar que su comportamiento análogo al de una máquina, ha durado y durará billones de años.

»Por eso, cualquier cosa que pudiera significar un cambio en su constancia, debe ser observada con suspicacia y vigilada con sumo cuidado, pues tenemos que asegurarnos de nuestra certeza antes de actuar. Después, en el caso de que hayamos establecido la anomalía, podremos proclamarla con las debidas precauciones y evitar así el pánico.

—Esto puede ser el nacimiento de una nova, profesor.

El científico parecía preocupado.

—Teóricamente se admite que toda estrella tiene excelentes probabilidades de convertirse en una nova, al menos una vez en su vida.

»En el caso del Sol puede haber sucedido tal cosa en los albores de la historia y esto puede haber sido la causa de los planetas. O bien puede que ocurra un billón de años después de que la humanidad haya interpretado su última canción y esté convertida en polvo impalpable y olvidado.

—Pero ¿y si es lo que tememos?

—Pues la humanidad morirá, ciertamente con gran pompa, en vez de hacerlo en forma ignominiosa por su propia y condenada locura.

Harry Welton se encogió de hombros y sonrió hoscamente.

—Lástima que tengamos que descubrir las causas de una nova con tanta prisa ¿No es verdad?

El profesor Lasson se echó a reír.

—Nos haría mucho bien, Harry. Pero no pensemos en la

destrucción de la Tierra por celestiales fuegos de artificios hasta que no tengamos un poco más de seguridad. Y ¡por el amor de Dios!, no vaya a irse de la lengua. Una palabra de más y los periódicos de sucesos empezarán a anunciar en sus titulares el Juicio Final.

—Eso desde luego. Pero ¿qué vamos a hacer ahora?

—Comenzaremos algunas indagaciones por nuestra cuenta. Podemos empezar midiendo la refracción de la luz, a causa de la gravedad, al pasar junto al Sol y observaremos al planeta Mercurio por si sufriera algunas perturbaciones. Si el Sol se vuelve inestable, se volverá inestable todo.

Harry se fue. La cabeza le daba vueltas.

El profesor Lasson volvió a sus números.

¡Había tan poca cosa sobre la que basarse! ¿Qué podía uno hacer midiendo la constancia del horno solar, a ciento cincuenta millones de kilómetros y haciendo cálculos sobre temperaturas imposibles en la Tierra?

Sólo ingeniosas conjeturas.

Hubiera sido mejor comparar las notas con una mujer que ignoraba dónde nacía su inexplicable fuente de poder, o con un hombre que creía tener buenas razones para sospechar un error en una ley universal. Personas distantes que, por sus propias razones, no divulgarían sus secretos a ninguna otra.

Un esbelto vaso de helado y caro whisky con soda, un Martini muy seco, un grueso y suculento filete y un café insuperable estaban felizmente asentados en el sistema digestivo de Jeff Benson. El puro de La Habana y una copita de Benedictino con coñac, para irla tomando a sorbitos, era el remate de una comida bien planeada hasta la cima de la perfección.

Benson estaba empezando a comprender que Charles Horne no era el demonio de las finanzas que pareció ser en su primer encuentro.

Lo que en definitiva fuera Horne constituía para él todavía un misterio, pero se inclinaba a pensar que Horne no tuvo, realmente ningún propósito oculto al invitarle.

A no ser, desde luego, que su última pregunta, relativa a la naturaleza de los asuntos de Jeff, lo fuera.

Más bien parecía como si el financiero estuviera necesitando algunos instrumentos en un futuro próximo y tuviera la intención de ofrecerle algunas oportunidades.

De manera que Jeff le explicó:

—Tengo un trabajo privado que me lleva todo el tiempo libre. El resto lo dedico a fabricar chismes corrientes para laboratorios y cosas

por el estilo. Cacharros que en su mayoría no son útiles comercialmente. Además, unos pocos instrumentos aislados, diseñados por algunas compañías que fabrican material científico.

Horne asintió pensativamente.

En una mesa apartada, a la espalda de ellos y sin ser aún vista, Lucille Roman esperaba el momento. Un surco se le marcó en la frente. Estaba deseando saber de qué hablaban. Mientras Jeff sorbía lo que quedaba del Benedictino con coñac, Lucille se levantó del sofá y se les acercó con paso ondulante. Pasó de largo, como si no se hubiera dado cuenta de que estaban allí, siguiendo al maître hasta una mesa cercana, y se dispuso a tomar asiento. Entonces permitió que la mirada de Horne se cruzara con la suya.

Él se levantó y sonrió.

Lucille dejó su mesa y se acercó Su sonrisa era encantadora.

—Señor Horne —dijo saludando—. ¿Y con el señor Benson?

—Hola, señorita Roman —dijo Jeff.

—¿Le gustaría quedarse con nosotros? —preguntó Horne.

—Pero ustedes ya han terminado.

—Es verdad, pero lo olvidaríamos con sumo gusto y volveríamos a repetir si usted se queda.

Lucille se rió.

—Sólo quiero un emparedado y un cóctel —les dijo.

—Entonces, siéntese. Es preferible comer en compañía, incluso con la nuestra, que sola.

—Desde luego —dijo vivamente—. En la guerra y en los negocios todo está permitido.

Miró de reojo a Jeff.

—¿Sigue buscando trabajo? —le preguntó.

—Estoy siempre buscándolo —le dijo con una sonrisa.

—Temo que no haya comprendido a Jeff, señorita Roman.

—¡Oh! Entonces, ¿usted no estaba buscando colocación?

Jeff sonrió.

—No en ese sentido —dijo—. Verá, yo le hice algunos trabajos al grupo Hotchkiss antes de que se hundiera y esperaba llegar a entenderme, en forma similar, con el nuevo propietario.

—Jeff fabrica instrumentos técnicos —añadió Horne.

Lucille sonrió.

—Entonces le debo mil perdones, señor Benson. Siempre he estimado que todo hombre que utiliza su ingenio está ya como empleado y conserva su puesto. Ahora comprendo que, en vez de estar parado, usted iba a la caza de un contrato para realizar, tal vez,

negocios más importantes.

Jeff asintió con la cabeza, sonreía.

Llegó el camarero y Horne encargó lo de Lucille. Esta aceptó un cigarrillo de Jeff de Horne. Después se recostó en la silla y miró al último con los ojos entornados.

—Aquel fue un lindo trabajo, señor Horne.

—Espero que me haya perdonado.

—¡Claro! En primer lugar no lo pudo acabar, gracias al señor Benson, aquí presente. Por otra parte siempre aprecio en lo que vale una buena treta. Una reñida competición me enseña los obstáculos con los que puedo tropezar en el futuro y por tanto a prepararme a combatirlos cuando llegue el momento.

—Eso significa que podremos encontramos sin tener que desenvainar las espadas, señorita Roman. Me alegro.

Lucille asintió.

—Hay la posibilidad de que podamos, algún día, negociar juntos. Además, yo nunca llevo las rivalidades comerciales al ambiente social. Para demostrarlo seremos amigos y nos llamaremos por nuestros nombres propios. Así, hasta que nos encontremos separados por una mesa de despacho, seremos Lucille, Jeff y Charles.

—¡Bien! —gritó Horne alegremente.

Hizo señas a un camarero y pidió una ronda de bebidas.

—Brindaremos por la amistad —dijo.

Por un instante los ojos de Lucille tuvieron un gesto coquetón por encima del borde de su copa al momento de elevarla y brindar.

Desde ese momento Jeff se sintió molesto. Le atraía Lucille pero, sin embargo, no podía comprender su actitud de aquel día en la subasta. Por el favor sólo recibió de ella un frío «gracias», como recompensa de haberle ahorrado más dinero de lo que él, probablemente, había visto en su vida.

Aparentemente, al menos, ella lo había mirado en aquella ocasión por encima del hombro, y por su parte a él no le convencieron sus secas razones sobre la busca del empleo, cargadas de insinuaciones.

Y ahora ella lo aceptaba como a un igual, al menos por lo que durara la comida. Incomodado por ese extraño procedimiento, Jeff no permitía que aumentara su interés por ella, aunque el vestido de Lucille y sus maneras proclamaban su feminidad, su interés en la amistad y quizá su promesa de algo más.

Pero Jeff sabía que existían luchas en las que él no podría nunca ganar. Él era, posiblemente, lo admitía con una mueca, uno de los genios muertos de hambre, que estaba mejor alimentado, pero no era

de ninguna manera capaz económicamente de mantener esta clase de vida.

Una comida de veinticinco dólares estaba un poco más allá de sus posibilidades y Jeff presentía que no transcurrirían muchos minutos antes de que Charles Horne hiciera un gesto con la cabeza a la esbelta belleza con bandeja de plata y le comprara a Lucille diez dólares de orquídeas o gardenias.

Los miraba con ojos serenos. Horne deleitaba a Lucille con una historia y la muchacha correspondía con ojeadas danzarinas y sonrisa agradecida.

Ella, por descontado, debía de tener muy buena opinión de un hombre de su nivel que podía competir con su capital en la forma que deseara.

A Jeff le hubiera gustado unirse a la pareja, pero sabía que una larga discusión sobre los problemas que encierra el medir factores físicos les hubiera parecido insubstancial. Él podía construir un aparato mejor para hacer mediciones, pero ellos, a su vez, podían comprarlo con su dinero. Él nunca podría competir, con ninguno de los dos, por un imperio financiero; o soñar en sostener la vida de sociedad que parecían paladear.

Lucille acabó su emparedado y café antes de que Jeff estallara:

—Tengo que darme prisa —dijo.

—No se vaya —dijo Horne.

—No, no.

—Tengo que examinar unas cuantas características —dijo sonriendo—. Una copa más de esto y no seré capaz de verlas derechas.

Horne asintió.

—Los negocios son los negocios —dijo lentamente—. Si tiene que hacerlo, hágalo.

Lucille parecía disgustada, pero repitió:

—Si tiene que hacerlo…

—Sí —dijo Jeff—. Aunque me fastidia deshacer esta reunión.

—No se deshace —dijo Horne—. Si Lucille está de acuerdo le podemos dejar en su laboratorio.

Lucille Roman alzó los ojos con una sonrisa.

—Lo haremos tan pronto como me empolve la nariz.

Fue al tocador y encontró un teléfono.

—Hannegan —dijo en seguida que le dieron la línea con tono de voz duro y áspero.

—Hannegan, Benson está descartado.

—Como usted diga. Pero ¿por qué?

—Acabo de merendar con él.

—¿Merendar? ¿En el Saddle Club? Él no puede permitirse…

—Con Jeff Benson y Charles Horne. Estaban con las cabezas muy juntas, tal como corresponde al par de ladrones en comandita que son. Desde ahora Jeff Benson no debe tener ni la más mínima idea de lo que estamos haciendo. Me imagino que el pequeño incidente de la subasta fue sólo una jugada, Hannegan. Contrate a otro fabricante de aparatos.

—Cuesta creerlo —dijo Hannegan—. Verdaderamente disimuló muy bien su juego.

—Demasiado bien —dijo mordazmente—. Es una pareja más sutil de conspiradores de lo que creí en un principio.

Hannegan dio un bufido.

—Quizá convendría sacudirlos un poco, ¿eh?

—Sí, deles un escarmiento, pero fuerte, a esos pies planos. Si no relacionan una cosa con la otra es que no son lo que creo.

—De acuerdo. Le daremos una buena lección. En cuanto a lo otro acudiré a Forester. Según me han dicho Forester y Compañía son un poco más caros y algo menos eficientes.

—Pero son más seguros. Tengo que irme. Estoy a punto de hacer una jugada contra cierta fábrica de aluminio.

—Eso puede ser arriesgado.

Lucille se echó a reír.

—Si Horne consigue lo que quiere antes de que yo obtenga lo que deseo, pierdo —dijo, y su voz después se volvió más dulce—. No puede ganar —dijo.

Lucille colgó y se miró al espejo. Con todo cuidado cogió la barra de carmín y se pintó el labio inferior para hacerlo aparecer lleno de vida y sensual.

Unos minutos después estaba sentada en el coche de Horne entre éste y Jeff Benson. Su hombro se apretaba dulcemente al brazo de Horne, mientras éste conducía el poderoso cupé de líneas deportivas hacia el laboratorio de Jeff Benson.

V

Jeff había tomado demasiados cócteles para pensar claramente; por eso, cuando volvió, ignoró las páginas llenas de características. Él sabía que en una hora volvería a estar como antes; por ello, para despejar la cabeza, se puso a trabajar en la calculadora de promedios.

Tenía ya quitado el papel frontal e iba a seguir con el interior cuando el timbre sonó una vez más. Fue a la puerta con los alicates en una mano y quedóse parpadeando ante Hannegan.

—Creí que había dicho hasta mañana —dijo frunciendo las cejas, perplejo.

—Y lo dije —añadió Hannegan tranquilamente—. Pero tenemos que revisar nuestros planes en seguida.

—Entre. ¿Qué se está fraguando?

—Siento disgustarle, señor Benson, pero hemos decidido hacer el contrato con otra compañía.

—Bien. ¿Puedo preguntar por qué?

—Desde luego. La rapidez nos resulta ahora muy necesaria. Nos vemos obligados a tomar un producto inferior con tal de conseguirlo más rápidamente. Hubiéramos preferido que no fuera así, pero las circunstancias mandan.

—Yo puedo olvidar por un rato mis trabajos particulares —sugirió Jeff.

—Había creído que eran muy importantes.

—Estoy trabajando en ellos desde hace años. Unos cuantos meses más no…

—Meses no serían suficientes, señor Benson. Nuestro proyecto exige la entrega en tres semanas.

—Dudo en prometerle semejante cosa, ya que no tengo muchas probabilidades de saber qué es lo que se necesita.

Hannegan sacudió la cabeza.

—Lo lamentamos.

—También yo. Pero no me moriré de hambre, y además aunque podría postergar mi quehacer favorito por unos meses, prefiero no

hacerlo.

—Dígame, ¿qué clase de investigación es ésta en la que lleva trabajando tantos años?

Jeff sonrió.

—Tengo la seguridad de que es enteramente infructuosa en su aspecto práctico. Dudo que con ella pudiera hacerse algo más que hacer avanzar el conocimiento humano medio paso.

—Esa es una actitud muy loable.

—Francamente —dijo Jeff. Tengo razones para sospechar un fallo en la ley de la conservación de la energía.

—Eso me recuerda algo. Me enseñaron que la materia o la energía ni se crea ni se destruye. Cuando era todavía un estudiante se consiguió la fisión del átomo, por lo que desde entonces he estado dudoso de esa ley.

Jeff Benson sonrió.

—Si puede recordar que la materia es una forma de la energía la ley encaja igualmente —le dijo a Hannegan—. O encajaba. Tengo indicios para pensar que cada vez que la energía, o la materia, pasa de un estado a otro hay una pérdida tan infinitamente pequeña, un porcentaje de proporciones tan ínfimas, que apenas significa una diferencia.

—¿Quiere usted decir que por cada kilovatio de energía producido en una central hidroeléctrica se pierde algo de la energía potencial previamente calculada?

Jeff asintió.

—En una palabra, así es. Un porcentaje infinitesimal de la energía contenida en una tonelada de carbón se pierde al quemarse; algo de la contenida en el agua no se extrae en esa central. Después, cuando la energía térmica de la corriente se vuelca en la turbina, su capacidad potencial queda disminuida también en una porción diminuta.

»La capacidad calculada del generador es falsa en una pequeña porción. Y, finalmente, cuando la electricidad se utiliza para producir luz, por ejemplo, una parte ultra-microscópica de la capacidad en potencia de la lámpara a encender se pierde.

—Pero ¿adónde se va?

—No tengo ni la más ligera idea.

—Es pequeña la pérdida, ¿no es verdad?

—Tan pequeña como para considerarla insignificante. Eso es lo que lo hace tan difícil.

—Lo comprendo. Lo que usted necesita es algo que produzca una terrible masa de energía.

—Por lo que sé no hay sobre la Tierra nada que la produzca en cantidad suficiente para hacer la porción de pérdida lo bastante grande como para poder imaginársela. Supongo que la energía esfumada en una explosión nuclear debe ser tan sólo la necesaria para hacer adelantar un reloj de pulsera unos cuantos segundos.

—¡Puf! Demasiado pequeña para valorarla.

—Exacto. Por eso, en ocasiones, me gustaría que estuviésemos más cerca del Sol.

—Allí habrá verdaderas masas de energía, ¿eh?

—Cuatro millones de toneladas por segundo. Con las pérdidas de esa masa tendríamos bastante para cubrir, con toda facilidad, las necesidades de la Tierra.

—¿Por qué no lo intenta?

Benson sacudió la cabeza apesadumbrado.

—En primer lugar no sé adónde se va —dijo—. Además no sé cómo ni por qué desaparece. Y, más aún, sin saber, hablando sinceramente, si mi teoría es cierta o no. No sé qué hacer para iniciar la búsqueda. La única cosa es trabajar y trabajar hasta poder determinar la mejor forma de atacar el problema. Después podré estar en condiciones de hacer algo práctico con ello.

—Sin embargo, la energía tiene que irse a algún sitio.

—Verdad. Pero ¿adonde? ¿O es simplemente una pérdida, un poco de fricción cósmica?

—Sé muy poco de estas cosas. Parece como si tuviera que ir a alguna parte. Al menos la porción de pérdida procedente del Sol debería ser detectable.

—Puede que no lo sea con nuestra técnica actual —dijo Jeff.

—¿Por qué?

—Puede ser que no sepamos lo que pretendemos. Yo lo explicaría de esta forma: en los primeros tiempos de la radio se usaban detectores de cristal. Actualmente aquellos rectificadores se utilizaban para rectificar la radio frecuencia. Supongamos que haya una corriente magnífica de energía radiada que está atravesando el universo, un constante invariable, de ondas, pero que nadie lo haya reconocido como tal.

»Al poner alguien un trocito de alambre de bronce fosforoso en contacto con un pedacito de cristal de galena, se notaría enseguida un potencial eléctrico. Pero, aquí está la cuestión, ese alguien identificaría el potencial no como una indicación del desconocido campo de ondas, sino, naturalmente, como una propiedad física de la materia, en este caso una particularidad del bronce, fosforoso y la

galena.

»Habríamos podido construir diminutas baterías de galena y, posiblemente, nunca hubiéramos conocido nada de la radio, ya que las pequeñas energías inalámbricas que se hubieran podido producir serían como pimientas comparadas con el horno solar o lo que quiera que fuese el manantial del gran campo radio-magnético.

—¿Qué se necesita entonces?

Jeff Benson sacudió la cabeza.

—Realmente me repugna decirlo —confesó.

—Pero ¿por qué?

Las posibilidades de detectar y clasificar correctamente algo constante son remotas. Se sabría muchísimo más sobre la gravedad si pudiéramos controlarla. La única forma de llegar a este manantial de poder sería el conseguir antes alguna indicación de su verdadera naturaleza, y eso no ha sido posible todavía. Tenemos que ser capaces de provocar algo que podamos medir, como usted comprenderá. O al menos relacionar nuestros experimentos con las variaciones que se produzcan.

—No veo adónde va usted a parar.

Jeff Benson se acercó a su mesa y sacó un tubo de vidrio en forma de hacha que contenía mercurio, cables, y cierto líquido.

—Esto es un Elemento Weston —le dijo a Hannegan—. Su voltaje es constante y permanece siempre constante.

»Si suponemos por un momento que el potencial de toda batería se debe a las pérdidas producidas en el Sol, que llenan todo el espacio, en vez de ser consecuencia de la naturaleza de los componentes, como sabemos, entonces el potencial sería constante mientras que el Sol también lo fuera.

»Probablemente no sabremos nunca la verdad hasta que el Sol se vuelva inestable, en cuyo momento podríamos ver si las variaciones de la energía y luminosidad solar se correspondían exactamente con las del voltaje producido en el Elemento.

—Eso es razonable.

—Mucho —sonrió Jeff secamente—. Pero no pienso pedirle al Sol que se convierta en una nova con el único propósito de probar una teoría. Prefiero, más bien, ser un hombre ignorante que una bocanada sabia de gas incandescente.

—Eso es terrible —gruñó Hannegan.

—Pues lo que se necesita —dijo Jeff— para dotar a mi teoría de una prueba positiva. Si se diera el caso no me gustaría estar por los alrededores. O ya que —añadió con una mueca— no se podría huir a

ningún sitio, no habría otra solución que rezar. Francamente, preferiría que la nova no estuviese rodando. Bien…

—Bueno, señor Benson, le he hecho perder un montón de tiempo, y he de volver a mi oficina. Adiós. Y recuerde: si viésemos que lo necesitamos aún, le llamaríamos en seguida.

Hannegan dejó a Jeff en su laboratorio.

El rugido de su coche lo acompañaba al Laboratorio Roman mientras que su pie apretaba a fondo el acelerador del Jaguar. Maldijo impacientemente cuando se enteró de que Lucille no había regresado todavía. Desde que se puso, por fin, en contacto con Horne se venía notando que le gustaba más de la cuenta estar fuera durante horas.

Hannegan fumaba en silencio y paseaba arriba y abajo en la oficina, tratando de recordar los detalles de las teorías de Jeff Benson y maldiciendo de su propia falta de comprensión científica porque, a medida que pasaban las horas, los detalles se le iban haciendo más y más confusos y oscuros.

Fumaba un puro tras otro, mientras trataba de dictar algunos detalles a su secretaria, y al final lo dejó todo cuando ella le releyó el dictado. Parecía un fárrago sin sentido, carente de continuidad y de lógica.

A las siete y media, sin saber ni una palabra de Lucille, de un manotazo metió las inútiles notas en su cartera de mano, se espachurró su abollado sombrero y metióse en un vuelo en el Jaguar. En un instante se encontró en el apartamento de Lucille y descubrió que no estaba allí y que además no había dejado ningún recado. Refunfuñando, volvióse al coche para esperar fumando rabiosamente para tirar el cigarro a la mitad y volver en seguida a encender otro. Estaba deseando que alguien tratara de protestar por haber aparcado el coche en un área prohibida, puesto que se hallaba ante la puerta principal.

Poco después de las once, Lucille y Horne paraban justamente detrás del coche de Hannegan que aún bloqueaba el camino existente entre el bordillo de la acera y la adornada entrada.

Lucille no necesitó el susurro de Charles Horne sobre «algún imbécil al que debían pinchar las ruedas por aparcar aquí» para reconocer el coche de Hannegan y a él mismo, y comprobar en seguida que su director de empresa era portador de importantes noticias. Aprensiva y fastidiada, se mordió los labios mirando la espalda de Hannegan en el deportivo coche que tenía delante.

Habría preferido golpear mientras que el hierro estuviese caliente o, para usar el lenguaje de los pescadores que se prestaba más a la

ocasión, colocar el anzuelo bien profundamente en el primer intento. Se inclinó, coqueta, contra Horne y le rozó la mejilla con la suya, le miró sonriendo.

—No —susurró—, no puedes subir, Charles. Esta noche no.

—¿Mañana?

—Para la merienda —dijo—. Pero no para toda la tarde.

—Te apuesto algo.

—No acepto. Ha sido todo muy divertido, Charles. Sinceramente, gracias.

—No tienes por qué subir en seguida.

Ella le dio unos golpecitos en la mejilla.

—Sí que tengo —dijo.

—¿Por qué?

—Porque son más de las once. Estoy bajo un terrible hechizo. Después de media noche me transformaré en ¡una calabaza!

—¡Oh, y qué dulce calabaza!

Lucille se cogió la nariz delicadamente entre el índice y el pulgar.

—Después de este juego de palabras —dijo— temo que me vean contigo. Buenas noches, Charles.

Se inclinó rápidamente y rozó sus labios con los de él. Horne trató de retenerla, pero ella se escapó dando un giro, como una danzarina de ballet, y riendo alegremente le saludó con la mano mientras se dirigía hacia la puerta.

Hannegan esperó hasta que el coche de Horne dobló la esquina. Entonces, más de prisa, entró en el gran edificio. La puerta del apartamento de Lucille estaba abierta y ella le esperaba en el cuarto de estar.

—¿Qué pasa? —le preguntó sin preámbulos.

—Ese joven es demasiado vivo —estalló.

—Mordió el anzuelo como una trucha hambrienta.

—No me refiero a Horne, sino a Benson.

—¿Benson? ¿Qué le hace pensar así?

—Trató de sondearme.

—Naturalmente.

—Usted no comprende, señorita Roman. Yo lo esperaba hasta cierto punto. Lo espero cada vez que se hacen transacciones aquí o allá. Pero éste no era un sondeo personal. No parecía interesado en mis relaciones comerciales.

—¿Entonces en qué? ¿A qué se refiere?

—Es demasiado complejo para mí. No puedo explicarlo en un soplo. Pero maldita sea, mis conocimientos científicos son menores

que los de cualquier estudiante… —había algo en aquella exposición que podía relacionarse con el trabajo de Phelps.

—No sé por qué. Dígalo.

Hannegan sonrió lleno de satisfacción.

—No sé apenas nada de ciencia, señorita Roman. Pero sé cómo tratar a las gentes. Cuando Benson empezó a charlar acerca de su trabajo, insinuó algunas cosas que podían haber salido directamente del Laboratorio de Phelps.

»De manera que me callé y traté de descubrir justamente cuanto sabía. Lo malo es que debo haberlo hecho tan bien, tan a la perfección, que no puedo recordar los detalles científicos de todo el conjunto.

—Deme los puntos fundamentales.

—Lo principal de su disertación fue algo relacionado con un absurdo fallo en la ley de la conservación de la energía. Algo sobre conseguir energía del Sol si podía descubrir la manera de hacerlo.

—Phelps está seguro de que no hemos puesto al Sol ninguna espita.

—Bien, Benson opina que puede hacerse. ¿De dónde obtuvo él esa idea?

—Le diré a Phelps que venga. Espere.

Lucille fue al teléfono y llamó al físico. Después, mientras llegaba Phelps, se dio una ducha, se puso una bata, preparó bebidas para Hannegan y para ella misma y fumó un cigarrillo. Hannegan intentó por tres veces reanudar la conversación, pero cada vez que lo hacía Lucille levantaba la mano.

—No soy ningún sabio abstracto ni ningún físico —le dijo—. Manténgase tranquilo, Hannegan, y guárdelo todo para Phelps. Quizás él pueda sacar algo en claro de lo que usted dice. Yo le aseguro que no puedo.

Phelps llegó sobre las doce y media.

—¿Qué sabe usted acerca de Jeff Benson? —le preguntó Lucille.

—Un joven muy inteligente; de treinta y cuatro años o cosa así; soltero, buen mozo y, por lo que sé, tan honrado como el primero.

—¿Había algo en nuestras características, que juntas hayan podido ser la clave para dar a Benson una luz sobre lo que tenemos en el Laboratorio?

—Lo dudo. Había un par de aparatos, algún comprobador de circuitos aislado, y cosas semejantes. Pero nada de lo que pudiera deducirse un cuadro completo.

—¿No pudo haber algo que pudiera despertar la curiosidad?

—¡Claro!

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Lucille.

Phelps sonrió.

—Benson vale mucho. Es un magnífico físico e ingeniero; un artífice meticuloso al que a menudo le he envidiado su inagotable paciencia.

—A nosotros, particularmente, no nos gusta Benson —explotó Lucille Roman—. ¿Por qué no restringe sus elogios y nos dice qué detalles pudieron hacer que un hombre se pusiera a pensar?

—Bien —sonrió Phelps—, aunque a uno no le guste Benson no por eso va a disminuir su mérito como buen trabajador.

—Concedido. Y ahora, siga.

—Cuando a un buen técnico se le tiende algo misterioso en asuntos de instrumentos científicos, al primer impulso es inspeccionarlo objetivamente y de forma crítica para descubrir su misión. Una vez que eso se ha hecho, el próximo paso del razonamiento es intentar imaginarse para qué se necesita tal cosa, y en qué clase de artefacto.

—Y así él pudo…

—Pudo llegar a tener una ligera idea de lo que tenemos entre manos: algo nuevo y diferente.

Lucille se volvió a Hannegan.

—Dígale lo que sabe de Benson.

Hannegan, que había estado tratando de desenmarañar el revoltijo de sus pensamientos movió la cabeza. Estaban incluso más desordenados que antes y probablemente se harían más y más confusos al intentar aclararlos.

Hizo dos salidas en falso y a continuación saltó un raudo embrollo de energía solar, de la conservación de la energía, de cuatro millones de toneladas de energía-masa por segundo, de un instrumento para hallar el promedio de temperaturas, de elementos de medidas patrón en electricidad, de manchas solares y detectores de cristal para equipos de radio.

Tenía todo poco sentido para Lucille, pero Phelps asentía con la cabeza.

—Se ve claramente que estaba buscando factores —dijo—. Benson sabe algo.

Lucille gruñó:

—¡Dios! —dijo—. Puedo entendérmelas con dos hombres juntos.

—¿Eh? —refunfuñó Hannegan.

—Horne y Benson están confabulados —le dijo a Phelps—. Estoy entreteniendo a Horne y tendré que preocuparme de que Jeff Benson

tenga una buena oportunidad para que me diga lo que sabe. Mientras tanto, ¿está usted dispuesto a empezar el trabajo en los valores de aluminio de Horne? —le dijo a Hannegan.

—Ya he empezado. He preparado el terreno mientras que usted le ponía el cebo a la trampa, señorita Roman. Ya podemos ir derechos al asunto si está usted segura de que Horne va a olvidar sus negocios por una temporada.

—Usted debe seguir con eso —dijo con seguridad—. Y usted, profesor Phelps, tiene que inventar algún cuento fantástico para ahorrarle al señor Benson su curiosidad. ¿Tiene alguna idea?

—Temo que cualquier cosa que le diga le aproximará aún más a la verdad. Usted recordará que el aparto a chorro fue consecuencia del intento de idear un detector de neutrinos.

Lucille Roman asintió.

—Olvídelo —dijo—. Bueno, se acabó la cuestión.

Hannegan demostró con un gesto de su cabeza que estaba de acuerdo. Le preguntó a Phelps:

—¿Le llevo a su casa?

—No, gracias. Tengo ahí el coche.

Juntos abandonaron el apartamento de Lucille.

VI

Jeff Benson dejó caer el lápiz con un gruñido. Cincuenta veces había seguido los cálculos de Fermi y Pauli, los que según se afirmaba demostraban las causas exactas que terminaban una diferencia entre la energía observada en el radio-fósforo y la potencial calculada. Por quincuagésima vez Jeff Benson había también gruñido, porque no era capaz de hacer que los números cuadraran debidamente.

Años atrás Pauli y Fermi habían observado esta discrepancia. Era un fenómeno bien conocido.

El fósforo radioactivo 32 irradia rayos beta al emitir electrones positivos y transformarse en sulfuro 32 estable. La diferencia entre la masa del fósforo radioactivo y la del sulfuro 32 es conocida y los electrones positivos emitidos tienen que proyectarse con una energía equivalente a la diferencia de esas masas. Esto es fácil de calcular y como no está presente ningún otro producto del radio, es sencillo medir la energía de los electrones positivos que se emiten. Todos ellos deben dar una sola cantidad de energía: la de la diferencia entre las masas.

Pero no la dan. La energía se escapa al comparar, teniendo en cuenta hasta lo mínimo que puede medirse, la producida con la calculada. La cuestión por tanto era: ¿adónde se iba la energía perdida? Porque aquí estaban los electrones positivos con la mitad de la energía calculada, otros con un tercio y otro más con fracciones. Pero ¿y el resto?

Fermi y Pauli consideraron el asunto y decidieron dar como postulado la existencia de una partícula nuclear llamada «neutrino» que tenía la masa de un electrón. Como el neutrón no poseía carga eléctrica. Por tanto, si no la tenía, y, por otro lado, su masa era inconmensurable, no podía ser detectado.

Resultaba una cosa convincente, pero no completamente satisfactoria, al menos para Jeff Benson. Aceptando que es imposible detectar al neutrino, Jeff Benson se había ocupado de los fenómenos físicos para ver si había o no discrepancia entre la energía calculada

para la inversión y el resultado de la energía producida.

Otros habrían despreciado una diferencia tan insignificante, pero Jeff se veía impulsado a seguir el diagrama, realizado a costa de innumerables experimentos, que parecía señalar en una sola dirección. Jeff se encontraba atascado en este punto, habiendo conseguido tan sólo una colección de simples datos estadísticos, labor de años enteros.

La energía no se crea ni se destruye, gruñía. Veamos. De acuerdo con lo que yo, Jeff Benson, había siempre creído y con lo postulado por Fermi y Pauli, si ni la materia ni la energía pueden crearse ni destruirse, ¿adónde se van las partículas de energía que se pierden?

Y, pensaba en voz alta, fastidiado, si aceptamos la teoría de Fermi y Pauli por la cual la energía que se pierde en una reacción nuclear queda convertida en neutrinos, ¿qué diferencia supone eso? ¿Es que existe algo que no se puede detectar, que no ejerce absolutamente ningún efecto sobre lo que le rodea, que no hace nada, sino solamente existir porque alguien opinó que es necesaria esa existencia? ¿Se encamina esa díscola energía al país de «irás y no volverás» donde tampoco se la puede detectar, del que no se la puede recobrar y, más aún, donde se pierde enteramente?

Si desechamos el neutrino, ¿adónde se fuga la energía? Si admitimos que el neutrino capta esa energía, ¿adónde va el mismo?

»¿Adónde —dijo Jeff casi declamando— van las inmensas cantidades de neutrinos expelidos por el Sol? Y, olvidando esta acomodaticia partícula, ¿adónde se marcha la energía si no se convierte en neutrinos?

Se echó hacia atrás en su silla.

—Puedo enunciar el siguiente postulado —dijo al vacío—: existe en nuestras proximidades un subespacio donde la energía que se pierde se va almacenando, donde los soles de la galaxia vuelcan la fracción fatal de pérdida hasta llegar a un punto crítico de explosión, y entonces, se origina una nova.

»O bien —siguió— puede ser que Fermi y Pauli estén en lo cierto y que efectivamente existan los neutrinos, vamos a concederlo, pero aun siendo así yo digo que los neutrinos no tienen nada que ver con esta indetectable pérdida de energía.

En ese momento sonó el timbre de la puerta. Acudió de buena gana y se quedó completamente paralizado al ver a Lucille Roman que estaba allí de pie.

—Ho… la —tartamudeó.

—¿Qué hay? —replicó ella con viveza.

—¿Qué la trae por aquí? —preguntó Jeff.

Lucille entró antes de contestar.

—Simple curiosidad, supongo.

—Una razón bastante buena —dijo Jeff—. Y, ¿a qué viene esta curiosidad?

—Supongo que será un atrevimiento y una osadía por mi parte, pero sentía curiosidad por usted.

—¿Por mí?

—No se sorprenda, Jeff. Me parece que no estoy insultando a nadie si le digo que me interesa ver cómo viven los demás.

—Pero yo…

Lucille sonrió.

—No es eso, Jeff. Lo que pasa es que estoy rodeada de gente que piensan igual y actúan de idéntica forma. Acciones, bonos, corporaciones, finanzas. Gente que tiran de unas cuerdas y hacen bailar a unos títeres que están sentados en magníficas oficinas y que dictan pólizas de seguros, leen montones de informaciones y escuchan las cotizaciones del mercado. Me siento como en el mar cuando veo a una persona como usted.

—Chóquela —dijo Jeff ofreciéndole su mano a la par que sonreía complacido—. Yo también me siento como perdido entre nieblas cuando estoy rodeado de gentes que sólo piensan en las alzas y bajas de la Bolsa.

Lucille estrechó la mano que se le ofrecía y la sintió llena de nobleza; suave pero al mismo tiempo áspera en las dos o tres callosidades, consecuencia del uso del destornillador y de los alicates.

—Hagamos un trato —le dijo ella riendo y mirándole a los ojos—. Le cambio una confidencia mercantil por otra científica.

Jeff se puso a reír con ella.

—Entonces le diré que de todo el mundo, a quien menos esperaba era a usted.

—He debido venir antes —le dijo ella—. Pero he estado muy ocupada.

—¿Sí?

—¿Le extraña?

—Quizás no, pero…

Lucille le sonrió.

—Le debo un favor.

—Olvídelo.

—Pues no. No pretendo hacer ninguna tontería sobre aquello, de manera que no tiene por qué preocuparse. Y ahora —añadió seriamente—, deje que le explique. Yo…

—Olvide todo ese asunto —le dijo Jeff firmemente—. Empecemos de nuevo a partir de ahora.

—¿Es que vamos a discutir? —sonrió—. Yo no quiero.

—Ni yo, pero como no nos saltemos todo aquel asunto estaremos pidiéndonos perdón por una tontería hasta que se nos caigan los dientes. De manera, que empecemos desde aquí. Le prepararé algo de beber para celebrarlo.

—¿Aquí?

—Ahora le toca a usted sorprenderse ¿De qué cree usted que me mantengo? ¿De electrones y metil-metacrilate?

—Electrones y, ¿qué?

—Lucita, para usted.

Se sonrió y la condujo hacia el interior del garaje, a un lugar que antes había servido de oficina. Era una especie de entresuelo desde el que podía ver, por un lado toda la extensión del garaje y por otro una antigua habitación en donde se acostumbraba limpiar los coches.

Ahora, en vez de coches, lo que había eran unas mesas bien cuidadas sobre las que se veían muchos instrumentos. Algunos de éstos tenían indicaciones, y equipos de herramientas auxiliares, que explicaban para qué servían y la manera de manipularlos.

A la espalda estaba el taller del propio Jeff en el que trabajaba sobre su proyecto personal.

La antigua oficina estaba completamente cambiada. Ahora contaba con tres confortables habitaciones y cuarto de baño.

—Aquí es donde vivo, entre electrones —le dijo a Lucille.

Era un lugar agradable pero se notaba la falta de los detalles hogareños que a un mujer se le podían ocurrir.

Jeff sacó del frigorífico unos cubitos de hielo y soda.

—Las reuniones siempre terminan en la cocina —dijo. Por eso tengo la costumbre de empezar aquí. De esta manera nos ahorramos el traslado.

Mezcló las bebidas hábilmente y las colocó sobre la pulida tapa de una mesa. Lucille miraba a su alrededor con interés. Estas habitaciones se parecían a las de cualquier fonda excepto en que en la pared del fondo se veía un modelo actual de la lista de pesos atómicos, abarcando la serie de los transplutonium, que llegaba al ciento tres. Un libro sobre líneas de transmisiones de alta frecuencia se hallaba abandonado sobre la nevera, junto a un manoseado libro de cocina.

Al lado de la mesa, en una oquedad de la pared, había un bloc y un lápiz.

Cuando Lucille se fijó en la llamativa muchacha del calendario,

levantó una ceja exageradamente.

—Soy un idelista —dijo Jeff en broma.

—¿Y qué clase de ciencia representa eso?

—Una serie de ecuaciones de cuarto grado sobre la geometría de los cuerpos dibujados en dos dimensiones y en color —dijo muy serio.

—Y eso es todo. Explicado en una sola y magnífica definición. Realmente, me interesa —dijo ella.

—No sé qué sería de mí si los negocios no me tuvieran tan ocupada. No comprendo qué hacen los demás.

—Yo me las avío también para estar ocupado —dijo Jeff—. Le mostraré cómo. Venga, pero traiga su vaso consigo.

—No sabía lo que usted hacía hasta que lo encontré ayer con Charles Horne. Fue lo bastante para saber algo.

—¡Ajá! ¿Tanto me conoce él?

—Eso parece.

—¡Qué gente tan intuitiva! —dijo Jeff—. Estuvo aquí solamente una hora o cosa así.

—Deduje que sabía muy bien el camino para llegar a este lugar.

—De ningún modo. Como usted sabe he hablado con él dos veces, y en la primera tuvimos muy poca cosa que decimos.

—Ya lo vi.

Él se echó a reír.

—Horne vino a darme sus excusas por su actitud un tanto inmoral. Después fuimos a comer y nos encontramos con usted.

Lucille reprimió un bostezo.

—Lo recuerdo muy bien —dijo.

Aquel bostezo demostraba que ella y Horne no se habían despedido hasta bien tarde. Jeff captó lo que eso significaba.

Lucille quedó deslumbrada al ver el taller. Dio una vuelta por él sin objeto alguno, dando palmaditas de admiración cada vez que algo le complacía. En realidad no le impresionaban lo más mínimo las cosas que significaran proezas en su aspecto científico. Mientras hacía preguntas tontas y jugueteaba con este mando o aquella palanca se esforzaba atentamente en encontrar alguna traza del equipo necesario para obtener la lengua de energía que ardía en el laboratorio de Phelps.

No vio nada, pero pensó que en realidad Jeff, aunque hubiese sospechado algo, no había tenido tiempo material para hacerlo. De manera que Lucille se decidió por un golpe audaz.

—¿Qué me dice de aquel trabajo que le hizo, ayer, salir de estampida?

—Un trabajo…, ¿eso dije?

—Sí, y que tenía que dejar sus investigaciones por algún tiempo. ¿Puedo ver algo de ello?

Lucille echó una mirada al interior de la calculadora de promedios que yacía abierta.

—¿Es esto?

—No —dijo Jeff—. El trabajo aquel se aguó.

—¡Oh! Me imagino que sería para usted una desilusión. ¿Qué pasó?

—Bien, no hay mucho que decir. Se dirigieron a mí con una serie de datos para ciertos instrumentos, y antes de que pudiera echarles una ojeada se presentó Horne. Tuvimos una charla, almorzamos, nos encontramos con Lucille Roman, etc. Todo eso me entretuvo un par de horas.

»Cuando volví cogí la calculadora de promedios y, cuando estaba trabajando en ella, volvió el señor de los datos para decirme que, después de haber hablado conmigo, su firma se había decidido por un programa más rápido. Y eso es todo.

—¡Lástima! ¿Quién era? ¿O es un secreto?

—Pues sí, es un secreto y, además, conozco tan sólo el nombre del señor ese que me dio los detalles.

—¿Se suelen hacer así los tratos?

—Sólo al indicarlos y siempre que se tenga entre manos algo que se desee conservar oculto. Después de hacer el contrato en firme, uno tiene que enterarse, naturalmente, de todo lo que sea preciso para poder efectuar el trabajo, pero desde luego queda siempre obligado a guardar el secreto de todo aquello que se le diga.

Lucille recapacitó. Tenía pocas razones para no creer que Jeff se había apresurado a descubrir todas las especificadas características. Admiró su habilidad para el disimulo y se asombró al comprobar que si ella no estuviera convencida de que Jeff Benson y Charles Horne eran como uña y carne, seguramente habría creído en la historia de Jeff completamente. Parecía ser cierta.

El hecho era que una llave que se perdiera podía poner al descubierto una buena cantidad de la verdad que se ocultaba. En el cerebro de Horne había un interrogante que podía dar con la clave. Él había seguido a Hannegan durante semanas enteras esperando que así descubriría las intenciones de Lucille Roman al comprar los «Laboratorios Hotchkiss».

Esa era la razón del por qué había estado ausente, durante ese tiempo, de sus acostumbradas guaridas y por lo que, al final, cuando

Hannegan fue al laboratorio de Jeff Benson, había creído encontrar la verdad. Por eso Lucille Roman los había encontrado juntos.

Las sospechas se amontonaban cada vez más. Todo porque Horne, en la subasta, había intentado confabularse con sus compinches.

Y cada vez era peor, porque Lucille no creyó nada de lo que Jeff le había dicho. Ella maldijo interiormente al pensar lo cerca que había estado de descubrir sus planes al enemigo. Si Jeff no tenía nada que demostrara su interés por los detalles y características, eso no significaba que él no se dedicara a hacerlo pronto.

Lucille decidió mantener a Jeff Benson vigilado.

—He invitado a varias personas a tomar unas copas el sábado por la tarde —dijo—. Venga también, por favor.

—Si no me hundo hasta el cuello en electrones.

—Le hará bien zafarse de ellos por un rato. Algunos del Laboratorio irán y Charles también, ya sabe.

—No lo sabía. Lo intentaré.

«Sin duda», pensó ella.

—Y ahora —dijo riéndose de buena gana— me toca a mí el decir que tengo trabajo. Debo irme volando. Y gracias por la tarde tan agradable y *tan interesante*.

Jeff Benson la acompañó hasta la puerta.

VII

Mediodía en California. El sol brillaba en un cielo sin nubes y la tierra y las espaldas de la gente se calentaban.

Parecía completamente normal. Los que vivían allí desde hacía años no se dieron cuenta de que el sol, a las once de la mañana, empezó a ponerse más brillante y que al mediodía había aumentado su luminosidad casi en un tres por ciento de lo acostumbrado. Considerando la energía expelida por el Sol, ese aumento del tres por ciento podía solamente ser observada por los buenos científicos. ¿Qué podía representar el aumento de un insignificante tres por ciento para una persona vulgar si el sol era casi intolerable? Por eso el cambio, que no fue exageradamente rápido, no atrajo la atención general y pasó desapercibido para la mayoría de los sudorosos ciudadanos.

Al mediodía llegó al máximo. Después, gradualmente, empezó a decrecer hacia su antiguo nivel.

Un laboratorio fotografió el cambio, y el físico que estaba encargado de la sección, al ver la película, comenzó a renegar y redactó una carta a la compañía que la fabricaba por producirla con una sensibilidad no uniforme. Otro jefe de laboratorio le echó una reprimenda a un estudiante por no prestar la debida atención a su trabajo. Un tercero atribuyó el incidente a los invisibles diablos que, furtivamente, se entremezclan en toda experimentación y la hacen repetir cincuenta veces antes de conseguir lo que se pretende.

El profesor Lasson miró significativamente a Harry Welton y sacudió la cabeza.

A las tres de la tarde el sol tenía, una vez más, su brillo acostumbrado: volvía a ser el mismo. El asunto fue olvidado o ignorado por todos, salvo por el profesor Lasson y su ayudante.

—Esto demuestra algo —dijo Harry Welton.

—Sí —asintió Lasson.

—¿Qué hacemos ahora?

—Lo único que podemos: valorar ese diablo con la esperanza de que no signifique nada.

—Pero ¿y si es una nova?

Lasson sonrió.

—Entonces el universo contemplará la agonía de nuestra muerte —dijo.

—Pero…

—¡Estúpido! —dijo Lasson secamente—. ¿Qué puede hacer la humanidad? ¿Ir corriendo a colocar una válvula de seguridad en un Sol que está a punto de estallar?

—No sé qué va a pasar.

—Yo sí, y no es una cosa muy agradable. Será el mismísimo fuego eterno del infierno. Nunca sabremos cómo se produce una nova.

—Quizá lo aprendamos —dijo Harry abatido.

—Entonces podremos morir iluminados por ese conocimiento —dijo Lasson suavemente.

—¡Qué porvenir más halagüeño!

—Y ahora escuche, Harry. No sabemos que eso sea una nova, y por mi parte no estoy dispuesto a tirar todo mi trabajo por la ventana porque las posibilidades de que una nova surja ahora sean de uno contra dos mil millones. Me fastidia echar todo a la basura sólo para encontrarme, a la siguiente semana, con que lo he hecho por nada y, por tanto, con que tengo que vivir el resto de mi vida sabiendo que soy un estúpido.

—Pero ¿qué otra cosa puede ser? —preguntó Harry Welton.

—Un par de planetoides puede haber chocado con el Sol sin verlos nosotros, porque nos es imposible.

—Pudiera ser.

—Y es mucho más agradable que una nova. ¡Caramba, muchacho! Usted se pondría rojo de rabia si alguien le pinchara con un alfiler, ¿no es verdad?

Harry se echó a reír.

—A lo mejor vamos a tener que buscar al personaje que esté lanzando alfileres al Sol.

—Así me gusta, muchacho.

—Entonces, ¿qué haremos ahora? ¿Poner un anuncio en el «Chronicle» que diga: «Aviso. Agradeceríamos al bromista que sea, que, por favor, deje de molestar al Viejo Sol. Está descansando»?

—Esta clase de sujetos no leen nunca los anuncios personales —dijo el profesor sonriendo—. De cualquier forma, Harry, me preocuparé en conseguir nuevos elementos para el laboratorio. Sé, poco más o menos, lo que necesitamos. De manera que volaré a Chicago para ver a Jeff Benson.

Quince años antes el profesor Lasson había tenido como alumno suyo a un estudiante llamado Benson que se había graduado con matrícula de honor. Por tal motivo, y por el hecho de que lo fabricado por Jeff era insuperable, muchos de los equipos especiales del laboratorio de Lasson llevaban la pequeña marca de Benson. Si el profesor Lasson hubiera sido más joven, pletórico de inútil entusiasmo, habría volado en seguida. Pero Lasson sabía que unas horas o unos días más o menos no importaban. Si el Sol se iba a convertir en una nova iría al principio muy lentamente. Podría tardar meses, años y hasta siglos, en conseguir que su actividad interior alcanzara el punto de explosión. Y nada podría detenerlo.

Más aún. El Sol no era una estrella constante. Su temperatura variaba. Se producía un ligero aumento y volvíase más brillante, más caliente. Eran unos ligeros cambios que podían ser, simplemente, casos aislados en el magno proyecto de las cosas.

Por eso, en lugar de dirigirse a Chicago aquella tarde, el profesor Lasson comenzó a preparar su viaje. Si todo iba bien, podría poner en claro un montón de pequeños detalles y coger el avión para Chicago de aquí a tres semanas.

Jeff Benson entró en el lujoso apartamento de Lucille Roman con una sensación de arrepentimiento por haber ido. Se veía claramente que el traje que llevaba no era el apropiado para el caso.

En su situación actual lo más que pudo obtener, puesto que no acostumbraba a codearse con la alta, ni mediana sociedad, fue un terno gris oscuro de rayas muy finas, la consabida corbata de palomilla y una camisa blanca. Sus zapatos brillaban como espejos gemelos. Él se sentía incomodísimo con todo aquello. Se sentía ridículo.

No era éste el nivel de vida al que pertenecía, y él se daba cuenta mejor que nadie. Era, lo reconocía, un hombre como otro cualquiera en el plano intelectual, pero su inteligencia y su situación monetaria estaban en planos completamente distintos.

Los amigos de Lucille Roman le podían dar las cotizaciones de bolsa en términos financieros sin que él pudiera comprender ni una palabra. Él, por otro lado, podía replicar examinando la situación de los cuantas del átomo de hierro, siete veces ionizado, y ser, igualmente, incomprendido.

Lo que fastidiaba era el pensar que había más gente de la clase financiera que de la suya propia, lo cual haría que lo trataran como a

un bicho raro. También hubiera sido posible que Jeff se sintiera incómodo aun en el caso de que fuera de la clase de personas que se encuentran a gusto en cualquier compañía. La gallina de más personalidad del mundo se siente miserable cuando se la traslada a otro gallinero.

Estaba completamente desilusionado.

Lucille lo encontró en la entrada y lo llevó junto a Horne. Este lo saludó alegremente.

—¡Cuánto tiempo sin verle! —le dijo—. ¿Qué me cuenta?

—Lo mismo de siempre. Un bocado aquí y una tarea allá. Lo necesario para sentirme contento. —Jeff sorbió su cóctel y preguntó —: ¿Y usted?

—He estado bastante ocupado también —dijo—. Francamente, estoy a punto de convertirme en un idiota.

—¿Cómo es eso?

—Bueno. Me siento inclinado a retirar todo cuanto dije de Lucille.

—¿Sí?

—Se puede decir que la he visto todas las noches desde la primera vez que la encontramos en el «Saddle Club».

—Eso fue hace una semana.

—Algo menos. Pero no hace falta un siglo para que uno comprenda que ha sufrido un error.

—Verdad.

—Es un hecho cierto —dijo Horne sacudiendo la ceniza del puro qué fumaba— que, a pesar de lo que quiera que sea Lucille Roman cuando está presidiendo una conferencia, se transforma en una graciosa y encantadora mujer cuando deja la oficina.

—Bien. Me alegro por usted —asintió Jeff lentamente—. No le guarde entonces rencor.

—De ninguna forma. Eso me interesa a mí en particular —dijo Horne ahogando una sonrisa—. A menos que, desde luego, esté usted interesado en que le detalle confidencialmente cómo pasamos las horas.

—Eso sería preguntar demasiado —sonrió Jeff picarescamente.

—Estamos de acuerdo. He intentado verle por ahí, Jeff, porque debe saber que me interesa tanto estar bien con usted que con Lucille. ¿Cómo le va?

—Ya se lo dije…

—Sí, ya lo sé. ¿Qué hay de aquel trabajo que le obligó a escurrirse de nosotros para continuarlo?

Jeff se encogió de hombros. No recordaba haberle mencionado tal

cosa, pero por lo visto habían intimado lo suficiente para ello. De todas formas aquel encuentro era ya cosa olvidada y por tanto no entró en detalles.

—No se materializó.

—¿Por qué?

—No llegó a feliz término.

Aquello era bastante cierto, porque los términos del contrato no pudieron ser aceptados por Jeff.

—¡Lástima! Bueno, la vida es así.

Jeff encogióse nuevamente de hombros. Esta vez evasivamente.

—No me importó mucho —le dijo a Horne—. Me habría hecho quitar demasiado tiempo al que dedico a mis investigaciones particulares.

Horne recapacitó. Si lo que Jeff decía era verdad, no tenía objeto vigilar al joven ingeniero. Quería seguir siendo amigo de Jeff. Este era, claramente, amigo de Lucille Roman y las antiguas pretensiones de Horne de inmiscuirse en sus empresas habían sido sustituidas por su interés en la mujer misma.

Tenía ya su propio plan y podía darse el lujo de olvidar la jugarreta de Jeff al descubrirle las cartas en la subasta. Efectivamente, si no hubiera sido Jeff Benson, ninguno de los dos estaría ahora paladeando aquel excelente Martini en el apartamento de Lucille.

De cualquier forma, no iba a hacer preguntas claves que pudieran volverse contra él el día de mañana. Horne no iba a necesitar más a Jeff como cuña, ni para mezclarse en los negocios ni para obtener los favores de Lucille Roman.

Saludó a Lucille por encima del hombro de Jeff. Ella charlaba animadamente con un hombre de bastante edad y completamente calvo.

—Vayamos a rescatar a la encantadora dama del símbolo del Tiempo.

—O bien —bromeó Jeff— hagamos que le crezcan un poco los cabellos para que hagan juego con esas lentes tan gruesas.

Cuando Jeff y Horne se disponían a atravesar la habitación, una sirvienta introdujo a un hombre que, inmediatamente, se puso a escudriñar entre los invitados hasta encontrar a Charles Horne. Atravesó entonces la multitud y se fue derecho a él.

—¿Puedo hablarle en privado? —dijo en voz baja.

—Esto es una reunión. —Horne sonrió—. Le presento al señor Benson; Frank Hamilton, mi corredor de bolsa.

—¿Cómo está usted? —dijo Jeff cortésmente.

—Encantado. Señor Horne…

Horne se encogió de hombros. Nada podía conturbarle. No tenía nada grave pendiente; por ello estaba lo bastante tranquilo como para creer que todo cuanto le dijeran tenía por fuerza que ser agradable. Si Jeff Benson era amigo de Lucille Roman, sin duda le contaría a ésta todo cuanto oyera. Tenía que demostrar su habilidad como negociante ahora para producir en Jeff y por tanto en ella una grata impresión de su persona.

—El señor Benson es amigo mío. Puede usted ir al asunto, al menos que lo que tenga que decirme sea altamente confidencial. No se aprovechará de ello.

—Bien, he creído que lo mejor era que lo supiera. Las cosas se han puesto un poco feas.

—¡Cómo!

—Malísimamente. Pero me las he arreglado para sacarle del apuro con una pérdida de sólo cien mil.

—¡Dios mío! ¿Qué ha sucedido?

—Dieron un buen golpe mientras que usted estaba… ocupado. Empezaron a hacer oscilar los valores de Metales No Férricos Horne hasta que tuve que venderlos antes de que perdiera hasta la camisa.

—¿Cómo está la cosa en este momento?

—Si usted puede reunir los cien mil de aquí al lunes por la mañana, en la reapertura de la bolsa, podré iniciar la recuperación. Se necesitarán otros cien mil más por lo menos. Eso es todo lo que hará falta.

—Yo no puedo sentarme y firmar tranquilamente un cheque por esa cantidad —dijo Horne pensativamente—. Necesitaré tiempo para procurarme esa cifra. Maldita sea, no quiero que se nos escape ese aluminio. Cien de los grandes es mucha pasta, pero el conservar la cosa vale mucho más.

—Por eso he estado intentando encontrarle durante una semana, especialmente estos últimos días. Un poco de aguante podría haberlo mantenido perfectamente.

Horne asintió.

—Venga —dijo—. Ya sé dónde conseguir un puerto de refugio.

Conduciendo a los otros dos, Horne cruzó la sala en dirección a Lucille Roman. Cuando llegaron, Lucille se volvió y les dedicó una brillante sonrisa.

—Les presento al profesor Phelps —dijo.

El profesor los miró a través de sus gruesos lentes.

—He oído hablar del señor Benson, pero nunca tuve el placer de

conocerle.

—El profesor Phelps es el cerebro de mi proyecto actual —dijo Lucille—. Ha venido esta noche para decirme que estamos dando los últimos toques.

—Hace una semana que estoy revisando las cosas esenciales y… tenemos éxito.

—Utilizaremos un centenar más de metros cuadrados de plancha de aluminio —dijo Lucille— y entonces…

—Eso me interesa, Lucille. Tengo un buen stock de plancha de aluminio de dos centímetros y medio de espesor en Metales No Férricos Horne. ¿Hacemos la operación?

—¿Qué operación?

—Necesito rápidamente unos cien mil para asegurar cierto trato. Préstamelos al cuatro por ciento y te facilitaré todas las planchas que necesites con un diez por ciento de rebaja sobre la cotización de hoy.

Lucille se echó a reír.

—Tenemos suficiente. Ya me preocupé antes de eso.

Su actitud denotaba una serenidad completa. Actuaba como si lo único que conociera del pequeño trato de Horne fuera lo que él le había dicho hacía un minuto. El ambiente se fue poniendo tenso. Era una sensación inexplicable, hasta que de pronto Jeff Benson se dio cuenta de que, desde un momento antes, los invitados de Lucille habían ido gradualmente acallando sus conversaciones. Ahora todos guardaban silencio. Se escuchaban cada una de las palabras que se cruzaban entre Lucille y Horne.

—Entonces, ¿qué me dices de los cien? ¿No te interesa el asunto?

Lucille volvió a reír. Era una risa aguda.

—¡Estafador! —le disparó.

Aunque se dirigió a él con su agradable voz de contralto, no por eso dejó de ser un insulto.

—Le podía haber dejado sin blanca. Los cien grandes que ha perdido es lo que me habría timado en la subasta.

—¡Yo… usted… timado! —boqueó Horne llegando hasta él lentamente un débil destello de comprensión—. ¡Usted ha estado haciendo juego sucio! —exclamó al fin.

—Yo nunca jugueteo.

—Pero yo…

Lucille se echó a reír de nuevo.

—¡Lárguese, tramposo! Y la próxima vez recuerde: si quiere jugar como un hombre, yo jugaré contra usted como una mujer. ¡Y le venceré siempre!

—¡Maldita sea! —Horne se abalanzó, pero Jeff le interceptó el camino.

Lucille le vio el gesto y volvióse a Jeff.

—No le detenga de nuevo, Benson —le largó—. No gaste sus energías. Esa jugada no le servirá por segunda vez.

—¿Qué jugada? —dijo Jeff parpadeando de asombro.

—Fue un lindo melodrama el que usted hizo en la subasta. ¿Cree usted que no les he hecho vigilar a los dos? ¿Qué pretendió usted? ¿Estafarme por medio de mis propias y especificadas características? —Se volvió a Phelps y dijo—. Y el que recomendó a Jeff Benson para que facilitara los instrumentos haría muy bien en tener mucho cuidado. Puede estar en el ajo.

—Pero diga, ¿adónde va a parar? —preguntó Benson.

Lucille se dirigió de nuevo a Jeff.

—¿Cree usted que soy una estúpida? —rugió—. ¿Ha creído usted por un solo instante que yo no lo sabía?

—¿Sabía qué?

—¡Oh! En primer lugar ese garaje que está pidiendo una cerilla y al que usted llama «laboratorio». ¡Calderas, mecheros de gas y comprobadores ilusorios! ¿Cree usted que no sé lo que es un laboratorio?

Lucille se volvió a sus invitados.

—Les presento a Jeff Benson y Charles Horne. Creyeron que podrían engañar a una mujer. Ahora que han sido cazados, retroceden a rastras con el rabo entre piernas gimoteando lastimosamente.

Se oyó una risotada general.

—¡Fuera! —les lanzó Lucille.

Jeff la miró fijamente. No la reconocía. Había sufrido, desde luego, cierta atracción por la mujer.

Era imposible que un hombre con sangre en las venas, no la sintiera correr más de prisa al ver a Lucille Roman.

Su instintiva inclinación se había intensificado cuando comprobó que Lucille Roman era lo suficientemente humana para disfrutar de los vinos, de la comida y, probablemente, con los besos de Charles Horne.

Aquello le dio a la mujer, eminencia financiera y físicamente deseable, una calidad un poco menos impresionante, menos endiosamiento.

La idea de que ella podía y quería usar sus encantos físicos para su propio provecho, hizo que Jeff se sintiera asqueado.

Lo que tuviese contra él no podía imaginarlo. Por lo visto tenía la

teoría de que todo aquel a quien encontrase con su enemigo era también, por asociación, rival de ella. Tal cosa era irrazonable e ilógica. ¡Que el cielo le protegiera de una mujer como aquella!

—¡Ojalá te murieras! —le disparó a Lucille—. Apuesto que nunca ha sentido una emoción sincera en su vida.

Echando chispas, Jeff le volvió la espalda y se encaminó a la salida. Horne le siguió. La desdeñosa risa de los invitados, que habían sido preparados por la dueña para presenciar su hundimiento social, los persiguió por la antesala, aún después de quedar cerrada la puerta.

VIII

—Eso —dijo Charles Horne venenosamente— es Lucille Roman en su apogeo.

—No tiene justificación —fue la queja de Jeff.

Una parte de su mente le repetía que ser humillado por un grupo de personas reunidas allí con ese único objeto, no tenía tanta importancia. No hay nadie que no tenga enemigos. Sin embargo, Jeff estaba resentido profundamente por el escarnio.

Es difícil ignorar la burla de los que mental y físicamente están muy por debajo de uno mismo; verse humillado por gentes que pueden ser nuestros iguales. El hecho de que la depravada y viperina lengua de Lucille le hubiera ofendido sin razón alguna, el que sus sospechas sin fundamentos se impusieran hasta hacerla desechar toda evidencia, y el que los métodos empleados fueran más propios de una venganza que de un combate envenenaban los pensamientos de Jeff.

La lucha cara a cara o incluso la derrota en una competición franca era una cosa. El llamar a un grupo de amigos para que se unieran en la rechifla y en el menosprecio, en una forma de casi pública condenación, hería el código moral de Jeff.

—Esa es nuestra pequeña Lucille —repitió Horne—. Si yo hubiera sabido lo que tenía planeado, habría apretado hasta estrangular su blanda y nacarada garganta en vez de acariciarla. ¿Llevó el mismo juego con usted?

—Por el estilo.

—¡Je! ¡Y yo que creí que era capaz de sentir una amistad sincera!

—Yo también.

—¿Comprende ahora cómo es la Roman?

Jeff asintió. Para él resultaba inexplicable. No había conspirado contra ella, tampoco le había hecho la competencia. Se había portado siempre bien con ella. Y en pago había recibido, de su lengua, acusaciones como latigazos que estaban fundadas tan sólo en la facilidad de una mujer para engañarse a sí misma.

—Mire, Benson. Haré lo posible para atrapar a esa dama.

Jeff asintió con la cabeza.

—¿Quiere participar?

Jeff abrió los brazos.

—Me gustaría hacerle tragar cada una de sus palabras —dijo—. Pero me temo que no peso lo suficiente para hacerla caer. Operamos en órbitas completamente distintas.

—Debe usted poder hacer algo —reflexionó Horne.

—Pero ¿qué? ¡Maldita sea! Lo que debo hacer es olvidar todo esto cuanto antes. Parece que mi primera aventura en la alta sociedad ha sido un desastre. Será mejor que continúe mi camino en mi propia esfera.

—Pero eso no es ningún consuelo para su amor propio después de lo que ha sucedido allá arriba —dijo Horne.

—Quizá sirva al final —dijo Jeff.

—Pero ¿cómo? ¡Por amor de Dios!

Jeff sonrió desmayadamente.

—No estoy muy de acuerdo con la débil voz que grita en la oscuridad —dijo lentamente—. Toda voz llega tanto más lejos cuanto más fuerte sean los pulmones que la impulsa. Deme unos meses más de éxito en mi trabajo y podré alcanzar un punto desde el cual podré mandar en mi futuro.

—Eso parece ser un camino horrorosamente largo —rebatió Horne.

—Si consigo ser el renacuajo más grande de mi propia charca, habré conseguido la única forma de llegar a ser lo bastante importante para darle ella la debida réplica.

—Me gustaría ayudarle —se ofreció Horne con toda calma—. ¿O preferiría usted que no? Se me acaba de ocurrir que usted puede estar resentido conmigo.

—¿Por qué?

—Bueno. Está claro que la Roman odia hasta mis zapatos. Tanto, en efecto, que lo ha embadurnado a usted con el mismo odio. No se habría usted ganado aquella ráfaga si no hubiese intimado conmigo.

Benson se encogió de hombros y sonrió abiertamente.

—Me temo en la suficiente estima para no abandonar a un amigo porque alguien me coloque junto a él en la picota. A lo mejor me lo merezco también. Pájaros de la misma estación, ya sabe.

—Bien; si se le ocurre algo, dígamelo. Si es a mí a quien se le ocurriera me pondría en contacto con usted. Si necesita mi colaboración también estoy dispuesto.

—No, gracias —dijo Jeff—. Lo único que me haría falta serían días de cuarenta horas y semanas de nueve días.

—En eso no puedo hacer nada —sonrió Horne.

Jeff asintió con la cabeza, estrechó la mano de Horne y se encaminó a su laboratorio.

Sabía que la única cosa que podría detener la cólera que le roía, consecuencia de la injusticia de Lucille, era trabajar en firme sobre aquello que parecía alentar una promesa. Dado un poco a la introversión, Jeff se recreaba en sus éxitos personales.

Unos días después del deplorable incidente en el apartamiento de Lucille, Jeff Benson abría la puerta de su laboratorio para dejar pasar al profesor Lasson.

Jeff parpadeó de alegría y en seguida le hizo entrar.

—¡Profesor! Me alegra verle.

—Tiene buen aspecto, Jeff. ¿Sigue tan ocupado?

—Un poquito de trabajo aquí y un montón allá. Lo bastante para no cometer diabluras.

Lasson resopló al contener la risa.

—Usted siempre debería estar ocupado —observó—. Desde que le conozco no lo estaba lo suficiente para no mezclarse en alguna travesura. Tampoco lo estará ahora.

Jeff se encogió de hombros y asintió.

—¿Tiene buen tipo?

—Unas curvas tan perfectas como un 36. Ojos grandes y azules, luminosos, y… una mente no muy clara.

—¿Le roba su tiempo?

—Lo hizo, pero se acabó.

—Bueno. Entonces podrá dedicar su inteligencia a otra clase de problema.

—¿Para un asunto suyo? ¡Encantado! ¿Qué pasa?, ¿se desboca el Sol?

—¿Lo ha notado? —preguntó el profesor Lasson con ojos llenos de asombro.

—¿Notar? ¿El qué?

—Que el Sol parece haberse vuelto inestable.

—¿El Sol, inestable? —preguntó Jeff y tragó saliva.

—Si se ha dado cuenta, mejor. Contamos con un pequeño dato, una diminuta evidencia que puede interpretarse como un signo de inestabilidad. Queremos asegurarnos. Si usted lo ha observado también…

Jeff movió la cabeza despaciosamente.

—No —dijo con toda seriedad—. Hice la pregunta sólo para bromear.

—Pues está lejos de ser una broma.

—Bien, ¿qué pasa? ¡Por amor de Dios!

El profesor Lasson le explicó las irregularidades observadas en la expulsión de la energía solar. Después se apresuró a afirmar que sus sospechas estaban, por ahora, completamente en embrión.

—Tal cosa no ha sido nunca observada antes —asintió Jeff.

—Quizá porque nadie se preocupó. Puede ser algo completamente normal. Por otro lado puede significar una explosión estelar.

—¡Una nova!

Lasson sonrió pacientemente.

—¡Con qué rapidez llegamos todos a la misma conclusión! No tiene que ser necesariamente una nova, Jeff. Nadie, realmente, conoce las causas de una nova. Hay un montón de ingeniosas teorías, pero todas están faltas de demostración y con algunas tan grandes como para ahogar en ellas toda una galaxia.

—Pero esto es…

Lasson volvió a sonreír.

—¡Cuánta inseguridad hay en nuestros corazones! Al primer signo de la inconstancia de algo que hemos creído inmutable, nos morimos de pánico. Nuestra evidencia es tan ligera que no podemos enunciar nada. Aquí es donde entra usted, Jeff. Queremos que nos construya unos cuantos instrumentos para medir las inconstancias solares y registrarlas.

—De acuerdo. ¿Qué es lo que necesita?

—¿Podemos idear un colector de energía para medir la irradiada en un metro cuadrado?

—Tendría que ser doble y estar relacionado con las variaciones de presión atmosférica. Esta produce irregularidades en la energía solar recogida en un determinado metro cuadrado. Sería difícil.

—Estamos en el pico de una montaña muy alta —dijo Lasson—. Lo que acaba de decir no sucedería, ni mucho menos, tanto como en una ciudad. ¿Comprende?

—Pero aun así las condiciones atmosféricas cambian de día en día, de hora en hora, como la temperatura y la humedad del ambiente. El polvo representa también un factor variable y… Bueno, hay una forma de eliminar esos obstáculos.

»Puesto que la atmósfera terrestre es la misma para toda clase de energía que se reciba, podemos comparar la tomada de alguna brillante estrella cercana, con la del Sol. En ese caso, si las condiciones del terreno provocan una reducción de la emanada del Sol, también haría rebajar la procedente de la estrella en una cantidad idéntica. Las

dos variarían en igual proporción si no hay ninguna inseguridad en el Sol.

—Desgraciadamente, dudo que podamos relacionar las observaciones que hagamos del Sol con las realizadas sobre la Luna o una estrella brillante, si estas últimas las llevamos a cabo a media noche.

—¡Hum!… Sí, es verdad. Pero, a pesar de eso, estamos en el buen camino. Suponga que coloquemos una luz bien determinada sobre el pico de una montaña lejana a su observatorio. Entonces podríamos observar la absorbida por la atmósfera durante el camino recorrido por el rayo y hacer comparaciones.

—No sería una cosa perfecta, pero es mejor que nada. Y ahora otra cosa. Queremos también otro artefacto que pueda medir el índice de refracción de la luz al pasar por un campo gravitatorio.

—¿Está cambiando la masa del Sol?

—Lo dudo. Pero la modificación del espacio en sí debido a una masa estelar, está perfectamente determinada, como usted ya sabe Si cambiara el valor de la energía solar se producirla una variación en dicho índice.

—No comprendo nada.

—Bien, una de las teorías que explican cómo nace una nova es la que asegura que el espacio mismo experimenta un cambio debido a la concentración de exceso, en un determinado punto de un volumen exagerado de masa, lo que motiva una concentración del espacio en sí mismo —dijo Lasson.

»Haga memoria. Chandrasekhar anunció que una masa fría no puede ser más grande que el planeta Júpiter. Si fuera mayor produciría un estrujamiento de los átomos en el núcleo y se verificaría un empequeñecimiento.

Jeff asintió.

—Sí, recuerdo las curvas de Chandrasekhar —dijo.

—Un cuerpo frío, con una masa quinientas mil veces mayor que la Tierra, tendría un diámetro teórico de cero. Pero el Sol no es un cuerpo frío, sino una masa de gases incandescentes. En dicha masa los átomos internos están también aplastados. Esta situación interna aumenta a medida que el diámetro del Sol decrece y puede llegar a un punto donde la concentración del espacio produzca un estallido.

Jeff asintió. Después anunció solemnemente:

—Tengo una teoría.

—¿Sí? ¿Cuál es?

Jeff se acercó a su mesa y le tendió al profesor unas cuantas hojas

de papel.

—Esa curvas —explicó— se asocian y se encaminan hacia una misma meta: todas indican un fallo en la ley de la conservación de la materia. Espero que algún día podré demostrar que, cada vez que la energía pasa de un estado a otro, un pequeño porcentaje se pierde.

—Recuerdo una pequeña charla sobre su teoría, pero usted nunca ha sido comunicativo después en sus cartas. ¿Qué tiene esto que ver con una nova?

Jeff se encogió de hombros.

—Si mi teoría es cierta, entonces la cuestión es: ¿adónde se va esa energía? ¿Queda almacenada en algún subespacio esperando la oportunidad para estallar y volver?

—Pudiera ser. Pero da la impresión de que esa teoría haya sido hilvanada para explicar la situación actual. ¿No puede perfeccionar de algún modo su sistema de medición?

Jeff sacudió la cabeza compungido.

—Lo he intentado. He hecho todo lo que he podido.

—Puede ser que la demostración de su teoría la constituya el comportamiento del Sol.

Jeff se levantó.

—Tenemos que trabajar —dijo—. Quizá tenga usted razón. De todos modos el diminuto porcentaje de cuatro millones de toneladas de energía-masa por segundo debe ser lo bastante grande para captarlo. La diferencia que pueda existir al transformar unos cuantos millones de litros de butano en calor, es demasiado pequeña para poderla medir exactamente.

Lasson se quitó la chaqueta y arremangóse la camisa. Ayudaría a Jeff a terminar el primero de los instrumentos de medidas para llevárselo a California y poder así volver a su tarea. Jeff terminaría solo el resto del equipo y lo enviaría.

Lucille Roman se repantigó en la confortable silla de metal, atornillada al pupitre, y sonrió alegremente al general Walters.

—Podríamos con toda facilidad llegar con esto a la Luna —sugirió.

—No en este viaje —replicó el general—. Mi misión es sólo observar el manejo y valorar su eficiencia. Por mi parte estoy convencido, pero no haremos viajes interplanetarios en este cohete hasta que no dediquemos un poco de tiempo a la investigación.

Se dirigió al profesor Phelps:

—¿Cuál es en definitiva el medio propulsor?

—Un chorro de partículas atómicas.

—Y, ¿cómo funcionan?

Phelps tuvo un sobresalto imperceptible. Esta era la parte más débil de su razonamiento. Phelps, como todo físico de valía, no era partidario de lanzarse a usar algo de lo que se sabía tan poco. Reconocía que, realmente, como diseñador y descubridor del chorro atómico, debería contar con un conocimiento más profundo del asunto.

Tragó saliva varias veces hasta que se decidió a hablar.

—Hace aproximadamente un año me dediqué a realizar unas investigaciones encaminadas a resolver los problemas planteados en la invención de un detector de neutrinos. Tal cosa, como usted debe saber, no ha sido nunca posible.

—Así lo tengo entendido.

—Bien, lo primero que hice fue procurarme un isótopo del radio del que sabía que emitía neutrinos, positrones y electrones. Los neutrinos no tienen carga eléctrica alguna; debía pues eliminar de la radiación a los positrones y a los electrones. Para ello monté un campo electromagnético y un contador electrostático de reacción. Esperaba construir así una trampa para estas partículas y observar al mismo tiempo alguna clase de bombardeo en una pantalla fluorescente.

El profesor Phelps siguió charlando dando un rodeo a la pregunta que originó el tema, rogándole a Dios que como consecuencia de este monólogo, olvidara el general su pregunta sobre el origen de la energía.

—Tenía creído —añadió— que, siendo la pantalla fluorescente un medio para facilitar la observación de la emisión de electrones y positrones, sería también lo suficientemente sensible para indicar, mediante un pequeño centelleo, el bombardeo de los neutrinos. Estos no tienen ni carga eléctrica ni masa, pero sí tienen energía, como usted sabe, y podían causar alguna reacción observable.

»De todas formas —continuó Phelps— me encontré con que ni el contador electrostático ni el campo electromagnético cumplieron con la tarea de atraer a los positrones y electrones apartándolos a un lado. En lugar de eso una lengua de energía que casi me deja ciego salió disparada del tubo emisor.

»Quemó la pantalla fluorescente, haciéndole un agujero, derritió los lentes de un aparato microfotográfico y casi me deshizo todo el montaje. Mejoras posteriores dieron como resultado este chorro, mediante el cual estamos ahora surcando el espacio situados por encima de la estratosfera.

—Muy interesante —dijo el general Walters.

Phelps suspiró, aliviado, mientras Lucille Roman sonreía tentadoramente al general. Este olvidó lo referente al origen de la energía y le aceptó un cigarrillo. Los dedos de Lucille eran como témpanos cuando los hizo permanecer conscientemente en contacto con los del general.

Bajo ellos, a muchos kilómetros, estaba la Tierra. Esta, cuando el general Walters dio su conformidad, se bamboleó aparentemente al cambiar la nave su rumbo.

—Se comprende que el llegar a la Luna debe ser fácil —observó el general—. Este cohete se maneja estupendamente.

—Es que contamos con una reserva de energía —dijo el profesor Phelps.

Lucille le golpeó el tobillo con la punta de su alto tacón.

—Parece que sí que la tienen ustedes —dijo el general.

La frase de Phelps, había tenido como consecuencia apartar su atención de los encantos femeninos.

—Nuestra nave cuenta con ocho tubos propulsores —exclamó Phelps orgullosamente—. Los experimenté y pude comprobar que con sólo cuatro podríamos salir de la Tierra sin gran esfuerzo. Creo que incluso con tres podríamos hacerlo pero, desgraciadamente, para comprobarlo tendríamos que modificar la posición de los tubos, ya que requeriría un poco más de habilidad el conducir la nave rectamente con un conjunto de propulsión asimétrica tras nosotros.

—También lo creo —dijo el general Walters—. Dígame algo más sobre la forma de producirse la energía.

Lucille Roman se echó a reír eufóricamente, pero al mismo tiempo miró a Phelps con frialdad por no tener el buen sentido de mantener la boca cerrada.

—Francamente, general Walters, hemos estado tan ocupados en desarrollar la Nave-Cohete Roman hasta el grado de perfección actual, en fuerza y en eficiencia, que hemos tenido poco tiempo para la investigación pura.

Phelps asintió y dijo:

—Sostengo la teoría de que esta fuerza es un principio fundamental del universo en que vivimos. Como la electricidad que descubrimos y de la que sabemos tan poco. Con el tiempo llegaremos a saberlo por entero, pero, mientras tanto, podremos manejarla, usarla, dirigirla y controlarla perfectamente.

—Parece un poco arriesgado, pero da la sensación de que ustedes la tienen bajo un perfecto control.

Phelps asintió, aliviado. Lucille suspiró ahogadamente al ver que se paseaba sobre el candente tema sin más complicaciones.

Entonces Phelps añadió:

—Hemos mantenido en funcionamiento un modelo a escala reducida durante más de un año sin observar la más ligera inestabilidad. Fue analizado durante todo ese tiempo bajo todos los aspectos y periódicamente fue manejado, bien por mí o por pilotos automáticos. Todo esto ha sido registrado y los resultados, desde luego, estarán a su disposición en el momento que lo desee, general. Demostrarán que el Cohete Roman es enteramente factible.

El general Walters parecía estar impresionado.

—Todo esto es, todavía, una cosa altamente secreta. Tan pronto como pueda, procuraré conseguir una asignación con objeto de confeccionar un programa de investigación para estudiar todo este asunto desde un punto de vista teórico. Por ahora, parece ser un resonante éxito, señorita Roman.

—Gracias.

—Le sugiero que doble la vigilancia. No me gustaría que esto trascendiera.

—En mis Laboratorios, cada hombre ha sido escogido de entre los mejores para trabajar en asuntos secretos. Todos me guardan una absoluta lealtad.

—Bien. Siga con esa táctica.

Inmediatamente después, la Tierra a lo lejos, volvió a balancearse y la máquina voladora se dirigió como un rayo hacia ella, quinientos kilómetros más abajo.

IX

Charles Horne entró en el laboratorio de Jeff con un periódico bajo el brazo y una sonrisa huraña. Jeff estaba rodeado de un laberinto de instrumentos, aparatos y equipos de todas clases y, además, de un buen número de cajones llenos de piezas de recambio.

—¡Qué buen revoltijo! ¿eh, Jeff?

Jeff asintió.

—Un trabajo urgentísimo.

—¡Caramba! ¿Los científicos también trabajan de prisa y corriendo?

—Ajá —sonrió Jeff—. El Sol se sienta y arde durante miles de millones de años y lo único que consigue es interesar a medias a la gente. De pronto, alguien observa un indicio que puede significar una dudosa demostración de la posibilidad de un cambio en el potencial ionizante de la fotosfera.

—Y entonces, ¿qué?

—Instantáneamente todo hombre que sabe lo que es la fotosfera abandona todo lo que está haciendo y comienza a calcular valoraciones de diecisiete cifras decimales en las tres semanas siguientes. Veamos, ¿qué porcentaje de tiempo representan tres semanas comparadas con dos mil millones de años?

—¿Tan feo es el asunto?

—Realmente, no.

—¿Demasiado ocupado para echar un vistazo a esto?

—Pues, no. ¿Qué novedades hay?

Horne, de un manotazo, colocó el periódico sobre la mesa, aprovechando un hueco, y lo dejó extendido mostrando la primera página:

ÉXITO DE LA NAVE ESPACIAL ROMAN

Hoy las Empresas Roman anunciaron el logro de la meta más ambiciosa del hombre. Hace una semana, la Nave Espacial Roman partió de un

laboratorio secreto, sito en este término, y siguió una ruta calculada hasta la Luna donde la Nave alunizó primero sobre la cara conocida, después se trasladó al otro lado el tiempo necesario para tomar una serie de fotografías de un paisaje nunca visto por el hombre.

Hoy, a las cinco en punto, la Nave volvió a la Tierra haciendo un feliz aterrizaje.

Empleados de la Compañía y un militar de alta graduación, proclamaron que el viaje interplanetario se había llevado a cabo sin ningún incidente.

El éxito de la Nave Roman se debe al feliz desarrollo de un nuevo tipo de cohete, cuyos detalles constituyen un alto secreto gubernamental. Posiblemente es impulsado por energía atómica, aunque muchos especialistas declaran que la materia fisionable no se adapta a ingenios del tipo de cohetes. Por esto…

Jeff dejó de leer el artículo y volvió la página de un tironazo. Había varias fotografías, tomadas desde la cabina de la nave, que constituían un informe documental del viaje, y unos cuantos comentarios de Lucille Roman que había realizado el viaje y a la que se vitoreaba como la primera persona que había realizado semejante proeza.

El hecho de que con ella, en la nave espacial, había habido otras cinco personas, todos hombres, parecía ser ignorado por los periodistas. Desde luego la figura de Roman era la más fotogénica de la tripulación.

Jeff miró a Horne y éste se encogió de hombros.

—Esa nave está hecha con el aluminio de la Compañía que tuve hasta hace poco —dijo amargamente.

—Para esto quería ella los Laboratorios Hotchkiss.

—Seguro.

—Bien, ahora sabemos un montón de cosas más que antes.

—Un poco —asintió Horne riéndose.

Sacó una fotografía del bolsillo.

—Mire.

—¿De dónde la ha obtenido?

—Estaba allí cuando la nave se elevó. Esta es una fotografía del vuelo.

—¿Cómo la consiguió?

—Vigilando el terreno. He estado fraguando planes desde que la Roman nos lanzó aquella serie de golpes. Francamente, me gustaría ajustarle las cuentas.

—No le censuro —asintió Jeff mirando concentradamente la foto.

—¿No le dice nada?

Jeff sacudió la cabeza.

—No puedo sacar nada en limpio. Ni siquiera el tamaño. No hay nada en ella con lo que poder hacer comparaciones.

—Es una pena. Pensé que le gustaría verla. No hay fotos de la nave en el periódico.

—Hay una posibilidad —dijo Jeff después de pensarlo—. Se puede calcular el tamaño necesario del chorro para propulsar una nave de tonelaje conocido. La mayoría de las veces se obtienen resultados absurdos, como el de que el de que el diámetro del tubo tiene que ser cuatro veces mayor que la base del cohete. Haciendo un cálculo por encima yo diría que el combustible no es un producto químico.

—Eso ya es algo. ¿Qué es entonces?

—No lo sé.

—¿Atómico?

—Lo dudo. La gente que piense en una pila atómica no sabe realmente lo que ello exigiría de la nave: transportar la masa del blindaje. La idea de utilizar directamente, en un cohete, material fisionable es por completo imposible, por lo que yo sé, al menos basándome en lo que actualmente sabemos sobre los materiales de fisión: o yacen inertes o estallan con fuerza bastante para llevarse por delante la mitad del distrito.

—¿Y si se tratara de algo que nosotros no sepamos, pero que esté relacionado con esa clase de materiales?

—Entonces habría sido producto del equipo de Oak Ridge en lugar del de Roman.

—Bien, intentaré descubrir algo más —dijo Horne—. Puesto que está ocupado, me dedicaré también a mis asuntos. Hasta luego.

—De acuerdo —replicó Jeff.

Unos minutos después reanudaba su trabajo en el equipo de Lasson.

A medida que los días transcurrían, el cambio del Sol se hacía más evidente. Lasson tomó ansiosamente los instrumentos de Jeff e hizo unos cuantos informes, esbozos, desde luego, y sugirió otras ideas que Jeff aceptó y en las que se puso a trabajar.

El nivel de la energía solar no había cambiado mucho. Todavía se necesitaban instrumentos más sensibles para captar el grado de inestabilidad. Pequeñas desviaciones de una curva y diminutos erizos

en una placa del espectroheliógrafo eran poca cosa para servir de base a una teoría Lasson quería pruebas más contundentes.

El verano siguió su curso y septiembre llegó con sólo un incidente.

El observatorio de Lake Bluff le pidió a Jeff un instrumento que le permitiera medir la polaridad e intensidad de los campos magnéticos producidos por las manchas solares. Jeff les construyó el aparato y lo envió, sugiriéndoles que, si habían observado algo raro en el comportamiento del Sol, debían ponerse en contacto con el profesor Lasson.

Semana y media después, Jeff tuvo carta del profesor Lasson en la que le decía que habiendo aceptado Lake Bluff la sugerencia, sé habían puesto en contacto con él y que ahora eran dos los laboratorios que habían notado que algo iba mal en el Sol.

En octubre, un laboratorio más pidió a Jeff otra clase de instrumento de precisión, y otro se había puesto al habla directamente con Lasson.

En noviembre, el profesor envió una carta, muy cuidadosamente redactada, a la mayoría de los laboratorios solares del mundo, rogando que observaran la inestabilidad del astro y sugiriéndoles que el silencio debía ser norma general para prevenir la posible oleada de pánico.

Para diciembre los más habían contestado indicando que estaban consternados, pero conscientes del sutil cambio.

A primeros de diciembre, Jeff dejó Chicago para hacerse cargo de una tarea en California donde una compañía minera deseaba algunos equipos para analizar muestras de menas metálicas. Mantuvieron a Jeff en danza de una mina a otra durante unas tres semanas. En ese tiempo no tuvo dirección fija.

Cuando acabó, se dio cuenta de lo mucho que había retrasado su tarea para el profesor Lasson. Debido a esto y aprovechando la ocasión de su estancia en California, fue a verlo personalmente.

Cuando iba conduciendo, montaña arriba, observó que, a cierta distancia, le seguía otro automóvil. Al llegar al lugar de aparcamiento del observatorio, se bajó del coche y esperó a que el otro aparcara junto a él.

—Resalta un poco empinada esta cuesta, ¿no es verdad? —dijo Jeff.

—No hay que jurarlo. ¿Está empleado aquí?

—No, ¿y usted?

—Usted es Jeff Benson, el fabricante de instrumentos de precisión, ¿verdad?

—Sí, ¿y usted?

—Jerry Woods, del «Chronicle».

—¡Ah! Encantado de conocerle. ¿Hay alguna noticia por estas alturas?

—No, pero me la estoy oliendo. ¿Le importaría que me pusiera a olfatear en serio?

Jeff se encogió de hombros con un gesto de impotencia.

Todo lo que Lasson hubiese descubierto hasta ahora, sin importar la certeza de lo que fuese, no se publicaría por el momento.

—Voy a ver al profesor Lasson —dijo Woods.

—Yo también.

Woods se colocó junto a Jeff y así, juntos, entraron en el despacho de Lasson. Jerry Woods fue derecho al grano.

—¿Qué es lo que pasa?

—¿Qué le hace pensar que está sucediendo algo?

Woods sonrió.

—Según mis admiradores, los periodistas tienen espíritu detectivesco. Manejan cosas dispares y las unen hasta obtener una ilación. Para los aduladores, por desgracia tanto los periodistas como los detectives, son unas personas extrañas que atrapan noticias o criminales porque se les paga para que vayan y pregunten cosas, también extrañas, a las personas honradas.

—¿Sí?

—Por eso yo me he dicho:

»Primero: a un célebre astrónomo en Cincinatti, se le vio tomar medidas con su esposa a las dos de la madrugada. Hacía una noche espléndida, pero el famoso observador mostraba poco interés en las estrellas. La cuestión más importante es que se le vio bostezar a las dos de la madrugada, cosa poco corriente en un hombre que trabaja por las noches desde hace años.

»Segundo: a un grupo de astrónomos de fama indiscutible, se le ha visto hacer una comida ligera a las ocho de la tarde. Consistió en unas rodajas de patatas en lugar de un buen desayuno con jamón y huevos, como debía suponerse en unos hombres que acababan de levantarse para hacer frente al trabajo nocturno.

»Tercero: hubo una noticia, que sirvió de relleno en un periódico local, que decía que la Compañía de Placas Fotográficas del Este había servido recientemente un pedido de películas ultrasensibles para un observatorio de Maine.

»Cuarto: Jeff Benson, uno de los mejores fabricantes de instrumentos de precisión del país, ha estado durante cierto tiempo

ocupado como una dinamo y en continuo contacto con un notable físico solar.

»Quinto: observo un aire de conspiración por parte de los físicos. Siempre han sido lo bastante amable para decirme que no han descubierto nada desde aquello del universo en expansión.

—¿Qué más puede añadir a todo eso?

—Que por un supuesto eclipse solar la mayor parte de los astrónomos están, como locos, tostándose al sol.

—Tonterías. Nos interesamos periódicamente por él.

—Sí, sí… Y ahora llegamos al número seis. Las librerías están agotando los textos sobre cuestiones solares. Me parece que un observatorio con un solo telescopio para observar las estrellas es el peor sitio del mundo para descubrir los últimos acontecimientos. Además, cuando el personal del Lake Geneva's Yerkes se pone a construir un celóstato sobre una torre como si estuvieran en un llano, es porque hay algo a la vista.

Lasson sonrió.

—Francamente, hemos descubierto un ligero cambio en el potencial ionizante de la fotosfera solar. Eso es todo. Resulta muy interesante. Todo el mundo quiere cerciorarse del hecho.

Jerry Woods sonrió serenamente.

—La mayor parte del público tiene la idea de que un periodista debe ser osado, fumar cigarrillos sin parar, aguantándolos con dos dedos, beber como un camello y no tener de estudios más del tercer grado. En sus charlas es capaz de decir «me sé» esto y «me sé» lo otro, pero no en sus escritos, porque una vez fue el hazmerreír de un corrector que estudió en cierta ocasión la gramática.

»En cuanto a mí, lo único cierto es que recuerdo el significado de las palabras y que, señores, decidí una vez usar lo aprendido siendo un trashumante periodista científico para la «Associated News».

»De manera que hay un cambio en el potencial de ionización de la atmósfera solar. Muy interesante. Lo produce una variación en la energía del astro, ¿no es verdad?

—Pudiera ser.

—¡A lo mejor hay alguien que está echando paletadas de carbón en el Sol! —gruñó Woods con sarcasmo.

—¿Por qué no esperar a que estemos seguros?

—¿Quiere usted decir que no lo están?

—¡Claro que no! El cambio apenas acaba de empezar.

Jerry Woods sacudió la cabeza.

—Amigos, me gustaría descubrir una buena noticia antes que una

nova nos haga desaparecer.

—¡Nova! ¿Quién ha dicho nada de nova?

—Yo. ¿No es eso lo que en definitiva significa la inestabilidad de una estrella?

—No por fuerza. Hay estrellas que son variables, ya sabe.

—Lo sé, no la hay de esa clase en el grupo conocido con el nombre de… No hay ni siquiera una estrella estable, excepto el Sol. ¡Y el Sol está justamente en el centro de la…!

—No podemos predecir una nova. No sabemos qué la produce.

—La inestabilidad.

—Desconocemos las causas de una inestabilidad.

Jerry Woods se echó a reír.

—Salí de la escuela antes de que los neutrinos se convirtieran en un tema corriente de discusión. Luego no estoy lo obsesionado que debiera. Una vocecita me dice que debo considerar a los ubicuos neutrinos con curiosidad y desconfianza.

»De todas formas, me pongo a divagar y me hago las siguientes cuentas: me han enseñado que todos los átomos contienen neutrinos, porque los silenciosos e indetectables diablillos son necesarios para mantener estable al núcleo.

»Pero los neutrinos son expelidos en todas las reacciones atómicas y, como no poseen carga eléctrica ni masa apreciable, salen pitando directamente a través de la materia y siguen, siguen y siguen hasta el infinito. ¿Adónde? No se sabe.

»Pero el Sol es una escandalosa orgía nuclear en la que se están lanzando neutrinos desde hace ya un par de miles de millones de años. Esto representa una buena porción de tiempo y un buen montón de neutrinos, amigos míos.

»¡Maldita sea!, no puedo recordar si la misión de los neutrinos es servir de cola para juntar los núcleos o evitar el hundimiento debido al peso fatal de éstos.

»Puede que sea ese algo problemático que parece mantener la repulsión culómbica de los protones en una proporción menor que la atracción de las partículas nucleares, o quizá resulte ser la causa responsable de esa misma atracción.

»Para terminar esta conferencia de sobremesa; diré que he oído hablar de una teoría que sostiene que el desequilibrio en la masa de neutrinos es lo que produce las novas.

Cuando el profesor Lasson estaba a punto de intervenir para explicar correctamente la teoría, Jeff Benson le interrumpió diciendo:

—Sinceramente. Desde hace cierto tiempo defiendo la teoría de la

inexistencia de los neutrinos.

—¿A pesar de Fermi? —se chanceó Woods—. ¿De Fermi y del fósforo radioactivo?

—Estadísticamente tengo probada la discrepancia que existe en la conversión de la energía. Tanto en la conversión por medios químicos, como en la obtenida por medios mecánicos o eléctricos. El neutrino explica esa discrepancia pero sólo en las conversiones derivadas de las reacciones nucleares. No es aplicable en las transformadoras físicas.

—¿Ha demostrado lo *qué*?

—He descubierto, y sigo buscando pruebas de ello que cada vez que la energía pasa de un estado a otro, algo de esa energía se pierde. Un porcentaje muy pequeño.

Woods dio un silbido.

—Dígame, ¿y cómo es ese mítico país adónde la energía emigra?

Jeff se encogió de hombros.

—He supuesto la existencia de un sub-espacio.

—Y las toneladas de energía-masa del Sol deben depositar su pérdida en ese Banco del sub-espacio, ¿no? Dígame, Benson, ¿quién firmará el cheque para retirar ese fondo y cuándo?

—Supongamos que damos por cierto la existencia de dos infinitos paralelos. Uno de ellos va incrementándose en materia y energía a medida que el otro disminuye. Uno se construye mientras el otro de destruye, o viceversa. Esto puede haber sucedido hace ya el tiempo inconcebible de dos mil millones de años, cuando se supone que comenzó nuestro universo.

—Hum… —asintió Jerry Woods pensativamente—. Lo más probable es que sí existe ese sub-espacio sea algo que termine mal, pues, si debe su existencia a la inevitable pérdida de energía, cuando no pueda admitir más reventará. Entonces, caballeros, tendremos ¡una nova!

—Eso es lo que he sacado en conclusión —dijo Jeff.

—Es lo que supuse. Y hay indicios de inestabilidad.

—Pudiera ser.

—Bien, caballeros, les agradezco esta gran noticia.

Como un relámpago se les vino a la imaginación que Jerry Woods era ante todo un periodista. Su charla locuaz sobre un tema tan específico, su habilidad para seguir cada detalle y, en ocasiones, para anticiparse a sus cavilaciones y el no parecerse en nada a la mayoría de los cazadores de noticias había contribuido a que los científicos hablaran fácilmente y… demasiado.

—Usted no puede publicar eso —dijo Jeff.

—Es una noticia, ¿no?

—Sólo es una opinión. Francamente, no estamos muy satisfechos de los resultados. Sólo estamos relativamente seguros de que exista una inestabilidad. Y no lo estamos, en absoluto, de que realmente tal inestabilidad no exista al fin y al cabo.

»Menos convencidos aún estamos de que esto llegue nunca hasta el punto de poderse medir sin necesitar instrumentos de alta precisión. Mucho menos que se eleve a proporciones que signifique una catástrofe cósmica.

En aquel momento Jerry Woods pudo haber sido convencido.

Había visto unos cuantos cálculos y un par de curvas sobre la mesa del profesor Lasson Jerry era un científico que sabía lo bastante para darse cuenta de que cuando estos profesores tienen algo positivo que perseguir, rara vez pierden el tiempo meditando la clase de minucia en la que aparentemente había estado trabajando Lasson.

También sabía que si uno insinúa alguna idea a un científico, acertado o no, a menudo lo hace caer en la tentación de ir imaginando hipótesis tras hipótesis, conclusiones tras conclusiones, para deducir lo que saldría si la falsa premisa fuese verdadera.

Si se le preguntase a un científico qué sucedería si el silicio pudiera ocupar el lugar del carbono, lo más seguro es que como réplica se obtuviese una completa conferencia que, en perfecto engranaje, iría explicando la forma que adquiriría el ser vivo de silicio desde la amiba al animal, pasando por la forma vegetal y terminando en el Homo Sapiens Siliconis.

Jerry Woods conocía la imaginación que encerraba toda mente científica y pudo haber aceptado sus teorías sobre la inestabilidad solar, y sobre la posibilidad de una nova, como simple fantasía si el ambicioso y entusiasta ayudante del profesor Lasson, Harry Welton, no hubiera escogido aquel momento para entrar corriendo y desalentado diciendo:

—¡Profesor Lasson! ¡Lo era! Harvard lo acaba de confirmar. Lo consultaron con el Interpolador y Profetizador Electrónico y la respuesta ha sido: nova.

Jeff Woods asintió con toda tranquilidad.

—Ha sido un placer el conocerles, caballeros. Si Harvard dice que es una nova, lo creo.

—Pero…

—Soy periodista, ¿no lo recuerda? Si Harvard ya lo sabe, es sólo cuestión de tiempo que lo sepa todo el mundo. Deje que sea yo el que rompa el fuego, y pronto, antes que ningún otro.

—Pero… —empezó a decir el profesor Lasson.

Después sacudió la cabeza y sonrió sumisamente.

—Bueno —dijo—. Si el Sol se va a convertir en una nova, ¿qué importancia tiene lo que hagamos?

Jerry Woods asintió serenamente y en lugar de abandonar la oficina, cogió el teléfono del profesor y marcó el número del «Chronicle».

X

Las siguientes semanas fueron completamente caóticas.

Nada importaba y nadie se preocupaba de que esto o aquello hubiera perdido o no su razón de ser. Es imposible describir lo que la gente sentía como no sea en términos generales, aunque hubo reacciones que por su importancia deben ser referidas. Todo individuo atrapado en el remolino de una humanidad atormentada, presentaba los mismos sentimientos: debido a la emoción se sentían inclinados a ser más violentos o más moderados que de costumbre.

Primero fue la incredulidad burlona. Los hombres acechaban el eléctrico renglón móvil que rodea el edificio del «Times», y que decía sucintamente: Científicos dicen Sol comienza período inestable.

Mientras tanto los vocingleros titulares de uno de los competidores del «Times», que se distinguía por sus espeluznantes y sensacionales titulares, proclamaban:

EL MUNDO HA TERMINADO
DICE EL SOL

La chocarrería se basaba, en parte, en que el Sol había brillado siempre dócilmente desde el principio de la historia y, sin duda, durante muchísimo tiempo antes. Por otro lado en que el mismo periódico había en otras ocasiones anteriores, avisado el peligro del lobo demasiado a menudo.

Pero era verdad, y la incredulidad no podía abatir las declaraciones que, con toda sangre fría, hacían los científicos con palabras que pesaban antes cuidadosamente. Todos coincidían, salvo algunos que esperaban ganar fama, fortuna y publicidad si el resto de los científicos se equivocaban. Si por el contrario eso no sucedía poco podía importarles.

Después vino la apatía. Los hombres acudían a sus jefes de trabajo quejándose de lo aburrido que resultaba su tarea. Llegaban a pedirles consejo sobre lo qué debían hacer sólo para descubrir que los jefes

iban con el mismo cuento a sus inspectores.

La mayoría de los hombres les repetían a sus esposas en dónde iban a estar, adónde debían llamarles en caso de necesidad. Los que hacían lo contrario también eran numerosos.

Los trabajos quedaban inacabados, el dinero huía de los Bancos, las subsistencias abandonaban los almacenes, los negocios y la finanza hicieron un alto en el ciclo comercial.

Algunos buscaban consuelo en Dios. Los que no creían en Él lo buscaban en lo que adoraban, fuese lo que fuese. Los hombres que habían vivido para su trabajo despreciaban a los que abandonaban sus empleos. Estos últimos discutían con los intransigentes que tenían a orgullo el seguir trabajando aun cuando de allí en adelante nada importaba.

Y realmente nada importaba de allí en adelante.

La vida del hombre se agota en una continua previsión del mañana. Es eterna la esperanza de que el mañana será mejor, de que detrás de la próxima montaña, de la siguiente cima, nos espera algo más bello. Cuando el mañana no ha de venir, ¿a qué preocuparse?

¿Para qué soñar?

Se citaban las Sagradas Escrituras y, basándose en ellas, se decía que Dios destruiría la Tierra por el fuego, porque era mala.

La gente se apretujaba en los lugares de adoración implorando la salvación de sus almas.

Otros se agrupaban, en silencio, casi sin respirar, observando al Sol a través de cristales ahumados. Horas tras horas permanecían allí, esperando que la catástrofe se abatiera sobre ellos.

El crimen y el vicio escandaloso se hizo cosa común. De esta racha de violencia surgió más tarde una época de apatía.

Los hombres sabían que el Sol podía estallar en cualquier momento: mañana, el año próximo o en el siguiente siglo. El momento exacto no estaba determinado porque nadie sabía los dos factores principales: la velocidad de aceleración de la inestabilidad y el punto máximo de ésta que significara el punto crítico. Pero todo el mundo comprendió que hasta que no fueran barridos por la explosión cósmica tenían que vivir o suicidarse. No había otra solución.

Los suicidios abundaban. Aquellos que no morían por sus propias manos era porque preferían vivir hasta el último cartucho, o extraer, costara lo que costara, hasta el último goce de la vida, o porque temían y odiaban el momento de desaparecer para siempre con la muerte.

Después, a medida que los días se convertían en semanas y el Sol

no parecía cambiar, los hombres volvieron a su trabajo. Algunos por hambre, otros porque se aburrían, simplemente, de no hacer nada, y otros porque sólo el duro trabajo podía hacerles olvidar la espada que pendía brillante en lo alto, sobre ellos.

Después llegó el desprecio.

Una nova, decían los científicos. Así sería. Pero los astrónomos siempre habían manejado cifras de millones de años cuando se referían al fin del mundo, o medido las distancias en años-luz, charlando sobre la cuestión de que hacía sólo veinticinco mil años que la estrella Polar marcaba el Norte.

Una nova, decían los científicos. Así sería. Pero ¿podían decir si la cosa sucedería en el transcurso de esta generación o en el plazo de diez mil años? El Sol había brillado durante incontables generaciones sin notársele ni el más ligero cambio en todo ese tiempo.

Los cómicos inventaban chistes; Hollywood siguió usando el nombre de estrella, pero a los «no va más» de los artistas se les dio en llamar desde entonces novas.

Hollywood ignoraba que se tenía por sabido que una nova procedía de un escenario desconocido, pasaba rápidamente por un período de gran brillantez, que excedía a la de sus vecinos, y que terminaba por morir en seguida en las tinieblas para no volver más. Un estudio ignoraba esto hasta tal punto que anunciaba la producción extra del año llamándola ¡«Una rutilante galaxia de novas»!

El hombre había recorrido una escala que abarcaba los estados de ánimos existentes entre el pánico más abyecto y el más olímpico desdén.

El péndulo oscilaba.

Cuando retrocedió supieron todos que los astro físicos tenían razón, que más tarde o más temprano serían sentenciados a muerte.

Atontados, muertos de miedo, continuaron su trabajo con un terror íntimo que les roía. Sólo hacían lo que estimaban necesario y el buen humor se había perdido. Los hombres trabajaban hosca y tenazmente, o reían y jugaban, elevando la voz, con brusquedad, con la esperanza de olvidar, por unos minutos, la implacable sentencia que pendía sobre ellos.

Los astrónomos estuvieron muy ocupados durante aquellas semanas. La curiosidad y el miedo se entremezclaban en ellos. Miraban por sus telescopios solares y llegaron a sentirse insatisfechos porque no observaban nada anormal.

Los científicos contestaban a millones y millones de preguntas y la mitad contestaban a la pregunta primordial, que nada, absolutamente

nada, podía hacerse.

Cuando la gente tuvo la certeza, tan amarga, de que la humanidad era impotente, de que no había esperanzas, perdieron su interés por los observatorios, y los científicos pudieron, una vez más, continuar sus observaciones y cálculos sin ser interrumpidos. Cuando acabó la primera oleada de pánico, eran pocos los curiosos que se preocupaban de visitarlos.

Fue por aquel tiempo cuando el profesor Lasson vio, por su ventana, un rutilante descapotable que atravesaba la entrada de la defensa que se había construido apresuradamente. El centinela, que estaba armado, lo dejó pasar.

Lucille Roman, pues era ella la que lo conducía, puso en movimiento sus magníficas formas y se levantó del asiento tapizado en cuero rojo. Acto seguido atravesó decididamente la puerta del observatorio de Lasson que estaba abierta.

—Usted es el profesor Lasson.

No era una pregunta.

Las cejas del profesor se elevaron sorprendidas mientras asentía.

—Y es usted el responsable de todo esto.

De nuevo la simple exposición de hechos.

Lasson sonrió.

—Yo, no —dijo.

—Pero usted…

El la interrumpió.

—Tendrá usted que acudir a las autoridades —dijo—. Yo simplemente hice el descubrimiento inicial.

—Eso es lo que quiero decir —saltó Lucille.

Lasson la miró. Cuarenta años atrás podría haber quedado impresionado favorablemente, cualesquiera hubieran sido sus modales, sus palabras o la idea que tenía de la cortesía. En este momento, Lucille le parecía una joven encantadora que poseía una belleza prodigiosa en cantidad y calidad.

Le parecía también que era uno de esos tipos de mujeres que por tener demasiadas cosas materiales, hermosura y dinero, no se sienten nunca obligadas a saber lo que es la educación.

Dio un bufido.

—Eso no es lo que usted dijo.

—Usted sabe lo que quiero decir.

—Distinguida señorita. La última vez que leí el pensamiento quedé tan impresionado que me desprendí para siempre de ese don.

—Yo soy Lucille Roman.

—Y yo soy…

—No sea impertinente. Ya sé quien es usted.

—¿Impertinente?

Se echó a reír y añadió:

—Querida señorita Roman, usted es la que se ha portado groseramente conmigo. He creído siempre que lo adecuado y oportuno para iniciar una discusión es presentarse uno, aunque sea a sí mismo. Y ahora olvidemos que usted tiene más millones de dólares que yo, cosa que no me importa en absoluto, y empecemos desde el principio. ¿Qué se le ofrece?

—Quiero enterarme de este asunto de la nova.

—¿Ha leído usted los periódicos?

—Sí, pero ¿se puede confiar en ellos?

Lasson asintió.

—Puesto que un estallido estelar no puede ser analizado bajo un punto de vista político, ni culpar por ello a ninguna raza, clase, color, credo, religión o a una condición previa de servilismo, y debido a que casi todos los periódicos están faltos de personal especializado para aceptar la responsabilidad que pudiera derivarse de modificar el hecho, bien por prescindir de pruebas o por pergeñar hábiles acusaciones, la mayoría de esas noticias, tan importante, son publicadas sin adulteraciones.

—¿Entonces, vamos a tener una nova sin que podamos hacer nada para evitarla?

—Exacto.

—¿Cuándo?

—No estamos muy seguros.

—¿Por qué? —preguntó Lucille—. Me parece que, si usted sabe lo avanzada que está la cosa, debería saber sobre qué fecha se espera el acontecimiento.

—Es una deducción muy lógica. Sin embargo, no sabemos aun exactamente la velocidad de aceleración de una inestabilidad. Unos opinan que la inestabilidad, una vez en marcha, va aumentando en proporción al tiempo. Es decir, en una proporción aritmética. Otros dicen que la aceleración es directamente proporcional al cuadro del tiempo. Algo parecido a la velocidad de caída de un cuerpo: va cada vez más deprisa.

—Pero cuál…

Lasson levantó la mano.

—Hay un tercer grupo que sostiene que el Sol es sólido y que, por tanto, la inestabilidad es tridimensional, por lo que será proporcional

al tiempo elevado al cubo. Esto nos conduce a tres opiniones bien diferentes sobre el factor tiempo.

—Ya lo veo. ¿Cuándo podrá saberse?

—Supongo que dentro de unas semanas tendremos la curva de aceleración perfectamente determinada.

—Entonces es sólo cuestión de una idea contra otra —dijo Lucille pensativamente—. Al menos contamos con algunas semanas.

—Sí, con algunas semanas. Pero tenga en cuenta que existe otro problema.

—¿Otro problema?

Lasson asintió.

—Otro complicado problema. Verá, señorita Roman. Si imaginamos al Sol como un instrumento de medida, un termómetro por ejemplo, en que la inestabilidad haga las veces de mercurio, tendremos una imagen bastante clara de lo que está ocurriendo.

»La inestabilidad puede elevarse un número determinado de centímetros por día. Puede también subir siguiendo las huellas de la serie de los cuadrados: uno, cuatro, nueve, dieciséis, veinticinco, treinta y seis… O puede hacerlo como la serie de los cubos: uno, ocho, veintisiete, sesenta y cuatro, ciento veinticinco, doscientos dieciséis…

»Pero el problema está en que no sabemos si la nova surgirá cuando el Sol sea inestable en su mitad, en una cuarta parte o en sus tres cuartos. Por tanto la cuestión está en que aun cuando hayamos despejado la incógnita de la razón, no sabremos tampoco, hasta que suceda, qué porcentaje de inestabilidad se necesita para dar nacimiento una nova. Aunque para entonces nada importará ya.

—Comprendo. Por lo visto contamos aún con cierto tiempo.

Lasson asintió.

—Sí. Hablando sinceramente, pueden ser años.

Lucille se quedó un momento pensativa.

—He oído decir, y tengo pruebas de ello, que con tiempo y dinero se consigue todo. Yo puedo suministrar este último. ¿Qué podemos hacer?

Lasson la miró y sacudió la cabeza.

—Haga lo que yo. Prepárese para morir debidamente.

—Yo no quiero morir.

—¡Mala suerte! Los demás tampoco quieren.

—¡Pero algo podrá hacerse!

—Señorita Roman. Mire el espectro solar proyectado en esta pared. Es una imagen del Sol, de un astro que tiene un diámetro cien veces mayor que la Tierra y cuyo volumen es un millón de veces más

grande. Si la Tierra cayese en el Sol es dudoso que provocara algo más que un ligero chapoteo o una pequeña mancha solar. ¿Puede usted mover la Tierra?

—No, yo…

—Pues el mover la Tierra no sería solución. Tendría usted que hacer algo más que eso.

—Pero algo…

—¿Cómo? Querida jovencita, se freiría usted en su nave espacial antes de recorrer setenta y cinco millones de kilómetros.

—Pero dando dinero para descubrir algo.

—Muchacha, ¡no puede comprar la galaxia!

—Pero puedo comprar cerebros y hacerles trabajar.

El profesor Lasson giró en redondo con las manos extendidas.

—Señorita Roman —dijo—, este laboratorio y su contenido costaron unos diez millones de dólares. Creo que esa suma representa poco más o menos la cuarta parte de su capital.

»Si diez años atrás un par de docenas de sus amistades hubieran donado una parte de su dinero para fines de investigación, quizás ahora pudiéramos saber cuál era nuestra salida, si es que hay alguna. Si esas donaciones hubieran tenido lugar hace cincuenta años, mejor aún. Su padre, por ejemplo, podría haber hecho algo sobre el particular.

—¿Qué?

—El cielo lo sabe —dijo Lasson en un bufido—. ¡Nuestros conocimientos son tan pobres!

—Yo he dedicado grandes sumas de dinero a la ciencia.

—La ciencia se lo agradece —replicó el profesor sarcásticamente—. Y se lo ha recompensado de igual forma. Por cada dólar que usted le ha dedicado, ha obtenido a cambio una bonita ganancia, ¿no es verdad?

—No siempre.

—Mire, señorita Roman, da la casualidad que sé que cada dólar que usted ha gastado en lo que llama ciencia, iba dirigido a la obtención de un fin claramente definido. ¿Ofreció por ventura alguna ayuda a Jeff Benson? Él trabaja en investigaciones puras y esto…

—¿Benson? —exclamó Lucille airadamente—. ¿El asociado con un tramposo?

—No lo es. Conocí a Jeff Benson cuando usted debía de estar engatusando a su padre para que le comprara juguetes de cien dólares. Mientras que usted hacía pompas de jabón con una pipeta de platino, Jeff Benson estudiaba las leyes de Newton sobre la formación, espesor

y resistencia de la película que forma una pompa de jabón.

—Está confabulado con Charles Horne.

—¡Oh! ¡A la porra usted y Charles Horne!

—Benson es un socarrón y…

—¿Socarrón? Sólo porque él no estaba particularmente interesado en sus amigotes del cóctel usted da por sentado su astucia, porque cree que su desinterés en sólo eso.

—Yo…

Lasson sacudió la cabeza con desprecio.

—El probablemente se está aún preguntando por qué lo echó a patadas. Esta es la socarronería de él. Si usted quiere ayudar a la ciencia en esta hora, verdaderamente tardía, cuando su preciosa piel está amenazada por algo demasiado grande para sobornarlo, le sugiero que vaya a ver a Jeff Benson y le haga una oferta para que intente algo.

—Prefiero no hacerlo —replicó Lucille desdeñosamente.

—Entonces no me moleste —gruñó el profesor—. Por mi parte… bien, he tenido una larga vida en la que no me ha faltado de nada. Será mi destino.

—¿No ayudaría usted? —preguntó Lucille llena de cólera.

—No. De todos modos son demasiados los locos como usted, que hay en la Tierra —le lanzó Lasson—. Y ahora sea lo bastante amable para volver con su persona y su dinero a donde sepan apreciarlo, y deje que un pobre viejo estudie sus diagramas en paz.

Lucille se fue de muy mal genio, la cabeza alta, crujiéndole la falda y taconeando firmemente. Echando chispas juró vengarse en la forma más terrible.

Al subir al coche de quince mil dólares dio un fuerte portazo, pero terminó dejando caer la cabeza sobre los brazos, apoyados en el volante, y sollozando profundamente de ira y desengaño, quedó allí abatida…

Todo lo producía el ansia de venganza que en su propia esfera podría haber desencadenado una precipitada carrera entre la pequeña realeza y que en la presente situación no era más efectiva que la rabieta de una niña de cuatro años a la que hubiesen quitado sus muñecas.

El número exacto de sabios a los que consultó no es asunto que merezca referirse, pero las respuestas debieron haber sido, en esencia, las mismas, porque tres semanas después del desaire del profesor Lasson, Lucille Roman, con toda tranquilidad, llamaba a la puerta del laboratorio de Jeff Benson.

Entró, temerariamente, dando excusas.

—Creo que me porté malísimamente con usted en el cóctel —dijo —. He venido a pedirle perdón.

—Cualquiera puede equivocarse —le dijo Jeff.

—Me alegra que diga eso. Ahora es posible que podamos cooperar.

—¿Cooperar?

—He intentado reunir un grupo de científicos para ver si se podía hacer algo efectivo sobre este asunto, pero todos ellos declaran que no se puede detener una nova una vez comenzada.

—Y están en lo cierto.

—Pero contamos con tiempo y dinero La investigación…

Jeff la miró en forma singular.

—Es un poco tarde para eso —le contestó.

—¡Daría cualquier cosa!

—Seguramente no sería bastante.

La voz de Lucille se dulcificó un poco.

—He dicho aquí y allá que usted sabe más que nadie de la cuestión.

—Eso es altamente adulador, pero incierto. Soy simplemente un mecánico. Trabajo con las manos. Lo que sé acerca de las novas no es más de lo que sabe otra persona cualquiera.

—No me refiero ahora a eso, precisamente —le dijo en forma vacilante.

—Entonces, ¿a qué?

—Jeff, ¿puede usted hacer instrumentos para navegar profundamente en el espacio?

—Con toda facilidad.

—Jeff, sabemos que hay planetas alrededor de Proción, ¿no?

—Morganson lo descubrió hace un par de años. Pero ¡cielos! ¡Usted no puede…!

—Jeff, ¡constrúyalos y nos iremos… juntos!

Lucille estaba radiante. Impulsivamente se inclinó y apoyando sus manos en él lo miró fijamente a los ojos, implorante. La idea de escapar, y con Jeff, había estado agazapada en su mente por algún tiempo, y hora había surgido a la superficie.

Jeff se contuvo y dijo:

—¡Qué tontería! ¡Es una ocurrencia infantil!

Lucille medio se levantó al inclinarse hacia Jeff, sus manos en las de él. Cuando habló su voz era ronca, temblona.

—Iremos —dijo— para descubrir una nueva tierra y una nueva estrella. Y juntos, nosotros…

Jeff dio un bufido.

—No hay tal posibilidad —dijo terminantemente—. Moriríamos en el camino. Deje de soñar y piense en algo más práctico.

Pero el entusiasmo había crecido demasiado en Lucille para que ésta pudiera detenerlo. Siguió hablando como si estuviera planeando una nueva y atrevida empresa industrial. Cuando vio a Jeff, inmóvil y con expresión desinteresada, se calló, momentáneamente descorazonada.

Lucille, sin embargo, había sido adiestrada en una dura escuela donde muchas de sus ideas habían encontrado obstinada resistencia. Por eso su optimismo innato era difícil de eliminar.

—Mire, Jeff, esto puede hacerse —insistió—. Puedo demostrarle que no sólo es práctico sino que además es la única solución para seguir viviendo. Todo lo que tenemos que hacer es planearlo muy cuidadosamente, y con su conocimiento y habilidad…

Jeff sacudió la cabeza sonriendo a la ingenua ceguera e ignorancia de ciertos hechos científicos e implacables.

—En primer lugar necesitaríamos años, toda una vida, para llegar a Proción. No hay bastante espacio en su nave espacial para almacenar los alimentos necesarios para esa clase de viaje, y por otro lado su cohete no está acondicionado para mantener en su interior todo el ciclo de la vida.

»El combustible es otra cosa, aunque no sé de dónde procede el que se utiliza en su nave. Dudo que tenga bastante para un viaje que requeriría muy bien cincuenta años, puede que más. Navegar profundamente en el espacio, sí. Podríamos ver nuestra meta durante todo el camino y dirigirnos a ella fácilmente. Pero el considerar seriamente un viaje que duraría toda una vida es simplemente absurdo, sólo contando los factores puramente físicos.

—Pero no estaríamos aquí.

—Dos personas —dijo Jeff fríamente— necesitarían tener la paciencia de un Job y el amor de una Rebeca para pasar la vida encerrados en una lata de aluminio, sin ver tierra firme, prisioneros del espacio.

»El que esas personas fueran usted y yo, añadiría la probabilidad de un asesinato. Francamente, prefiero ser parte de una catástrofe cósmica que verme sentenciado para toda la vida a estar con una mujer que me necesita sólo porque soy el amigo que puede conservar su bonito pellejo intacto.

—Porque usted…

Era la reacción de una mujer que se veía despreciada.

—Olvídelo, Lucille. No sabe lo que dice.

El cuerpo de Lucille volvió a ponerse tenso. Toda la atracción y simpatía hacia Jeff que antes la habían absorbido, se transformó en frialdad. Ahora la cólera vino a tonificar sus músculos. Movióse rápidamente y se abalanzó a la puerta. El ruido de sus afilados tacones al chocar con el hormigón del piso iba proclamando su ira.

XI

Cumpliendo su misión como articulista científico del «Chronicle», Jerry Woods llegó en avión desde la costa, a finales de septiembre, para interrogar a Jeff.

El Sol resplandecía, pero según los últimos informes, la temperatura no había sufrido nuevo aumento. Hacía simplemente un poco más de calor que el promedio para aquella estación y localidad. Sin embargo, los efectos psicológicos de la nova en el público se notaba fácilmente.

Jerry, al aparecer en el laboratorio de Jeff, vestía una ligera camisa de mangas cortas y llevaba la chaqueta bajo el brazo, aunque según el termómetro, lo apropiado era llevar un abrigo de entretiempo.

—Veo que sigue atareado a pesar de todo.

Jeff alzó la vista del banco, sonriendo.

—¿Por qué no? Usted sigue jugando hasta que el árbitro toca el final del encuentro, ¿no? Y, aunque sólo sea para mi propia satisfacción, quizá descubra algo interesante dentro de poco.

—¿Qué, por el amor de Dios?

—Bien… Hay este asunto del subespacio. Sigo convencido de ello.

—¿Qué ventajas puede ofrecernos?

—Si hay dos universos, uno junto al otro, quizá podamos encontrar un sistema solar cercano que no tenga el inconveniente de una nova. Por otro lado puede que seamos capaces de atravesar el espacio, hasta llegar a una estrella, en un tiempo más corto.

»Que en este universo no podamos rebasar la velocidad de la luz no es un axioma que tenga que cumplirse en otros universos. Muy bien pudiera suceder que la materia del Espacio Uno no estuviera sujeta a las leyes de la materia del Espacio Dos. Es posible que podamos ir hasta el final de la galaxia en un salto.

—¿Algunos resultados por ahora?

—No. Pero es un trabajo que mantiene a la imaginación apartada de la catástrofe. Estoy seguro de que esa fracción de energía tiene que ir a alguna parte. Pero ¿adónde?

—Esa energía suya se pierde, necesita un nombre, Jeff. ¿Deberíamos llamarla la Fracción Fatal?

—Llámela como quiera. Lo único que desearía es que no existiera.

—Usted y unos cuantos billones de personas. Pero escuche, Jeff, ¿sabe algo del Cohete Roman?

—Ni una palabra. Bueno, no exactamente eso, pero prácticamente nada. La mayor parte son conjeturas mías.

—Perdería algo de su objetividad científica si leyera las noticias que ha publicado la Universal y que acabo de obtener en la redacción del «Herald». Es un material al rojo vivo sobre el cohete. También acerca de Roman.

—¿Lo escribió usted?

—No, ¡por Dios! No puedo imaginarme cómo esa agencia de noticias ha tenido el valor de ponerla en los cables telefónicos. Sólo es una opinión, una idea, un rumor, sin un solo hecho concreto y sin una declaración que pueda comprobarse. Es una podrida mentira de posibles consecuencias desastrosas. Deberían fusilar a quien la ha inventado.

—¿Tan feo es el asunto?

Woods se apoyó en el único espacio libre del banco, cerca del teléfono. Había preocupación en sus ojos.

—¿Feo? Amigo mío, si esta historia la compara la prensa sensacionalista, como el «Blade» local, entonces es simplemente una nueva nova. Demasiadas gentes excitables quedan abstraídas por sus fotos compuestas, por los escándalos recientes, crímenes horripilantes y disparates pseudo científicos. Y, si no me equivoco, esta noticia forma parte de su menú. Los periódicos fidedignos no la tocarán, desde luego.

Miró la hoja de papel fino mimeografiado.

—Escuche esto:

»Que el nuevo cohete Roman pueda ser un factor importante en la exterminación de la raza humana es la opinión de numerosos científicos descollantes. Esta sorprendente declaración fue hecha pública hoy en una nueva entrevista por un conocido industrial y financiero que ha rehusado terminantemente identificarse.

»Afirmando que había sido elegido como representante de un grupo de eminentes científicos, a quienes no ha querido nombrar, ha declarado que el Cohete Roman, por el revolucionario uso que hace de la energía solar, puede ser una de las causas de la inestabilidad y por tanto de la próxima destrucción de la humanidad por el mazazo llameante de la nova.

»La forma exacta en que el Cohete Roman extrae la energía del Sol y la explicación de cómo ésta se usa, son secretos altamente vigilados por las Empresas Roman y por el inventor Louis Phelps físico e ingeniero jefe de la organización. Hoy, a última hora, el profesor Phelps no pudo ser localizado para que expusiera su opinión, y un representante de Roman se negó a recibir a los periodistas. Sin embargo, quince científicos de renombre, requeridos hoy por Universal, admiten la posibilidad de que el cohete de propulsión solar pueda haber tenido alguna influencia en el comportamiento del tan temido Sol. Todos negaron que conocieran al grupo de científicos mencionado más arriba y también rehusaron ampliar sus opiniones sobre la cuestión de que el Cohete Roman pueda ser responsable, en buena parte, de la extinción por el fuego que ahora se va a precipitar sobre la Tierra…

—¡Qué cochinada!

—Es lo menos que se le puede llamar.

Jerry colocó el fino papel sobre el banco.

—La historia sigue, con continuas citas de personajes anónimos, diciendo que Phelps descubrió la máquina solar al efectuar investigaciones sobre otras materias indefinidas hace cosa de dos años, precisamente cuando se han calculado que las modificaciones solares comenzaron. También se afirma que, antes de que el profesor Lasson hiciera sus primeras y alarmantes observaciones, un modelo del cohete, a escala reducida, estaba funcionando. Sin embargo, opina nuestro enmascarado personaje científico, en aquellos momentos la influencia del cohete sobre el Sol era probablemente tan pequeña como para haber sido imperceptible.

»Esta misteriosa voz de la ciudad hace hincapié en el hecho de que en cada catástrofe natural que el mundo ha experimentado, inundaciones, incendios, terremotos, hambre, huracanes, todo, el hombre ha sido capaz de remediarlo. Naturalmente, el gasto de vidas humanas y de dinero ha sido tremendo, pero la valentía se ha capacitado para hacer la gran labor de reparar los daños que a menudo él mismo había provocado.

»Pero ¿qué probabilidades hay de reparar la inconmensurable devastación que incluso el más pequeño agujero en el núcleo solar puede acarrear, aun siendo un pinchazo infinitesimal, quizá causado por el hombre, que aumenta en profundidad, tamaño y peligro hasta un incalculable y repentino grado?

—Leeré otro trozo de nuevo —dijo Jerry Woods mirando al papel —. Aquí es donde nuestro famoso, pero reticente vocero se subiría en

un cajón y comenzaría a gesticular con los brazos.

»¿No hay defensa? ¿No hay solución? ¿Tenemos que permanecer inactivos y sin esperanzas, paralizados por el miedo, incapaces de la más ligera acción que demuestre que aún contamos con un resto de valor a pesar del holocausto que se avecina?

—Y ahora es —comentó Jerry— cuando nuestro amigo se lanza al ataque. Escuche:

»¿Qué sentencia deberíamos pedir para un individuo o grupo, culpable de haber desencadenado esta avalancha que muy pronto nos consumirá a todos con una bocanada feroz y ardiente? Seguramente somos bastantes los hombres que exigimos alguna forma de justo castigo, absurdo por lo inútil, pero necesario. ¿Es que no escucháis las voces de billones de hombres y mujeres de cada nación, raza y credo pidiendo todos a una: ¡Encontrar al asesino que ha condenado tanto a nosotros como a nuestros hijos! ¡Tengamos como última satisfacción el verlo morir!?

»¡Pero tenemos que actuar en seguida! ¡Nuestros minutos están contados! Para nosotros no habrá un mañana.

Jerry Woods sonrió entristecido.

—Bello ejemplo de equilibrada y objetiva noticia, ¿no es verdad? Comienza peor que los primeros intentos de un cachorro novato y termina como un agitador que aconsejase no dejar para mañana lo que se debe colgar hoy. ¡Qué necesidad! Si el «Blade» publicase esto apostaría que venderían el papel como locos. Imagínese una chusma excitada… ¡Eh!

Súbitamente Jeff se abalanzó al teléfono que estaba tras Jerry, arrollando casi al periodista. Marcó un número rápidamente y alzó la vista para mirar a Woods mientras esperaba la comunicación. Sus labios estaban contraídos, descoloridos.

—Tienes razón, Jerry. Esta historia puede muy bien iniciar una reacción en cadena que termine en una terrible manifestación. Y si el populacho asalta el Laboratorio Roman y atrapan a Lucille…

Sacudió la cabeza; la mirada fija.

—No me gustaría saber que un ser humano, bueno o malo, tuviese esa clase de muerte.

Unas horas después, dos redactores recibieron las noticias de Universal y el permiso para publicarlas, pero sus reacciones fueron distintas.

En la tranquila habitación de aire acondicionado del *Herald*, el

periódico más antiguo de la ciudad del que se decía que hasta los auxiliares mecanógrafos tenían que poseer el título de Licenciado en Filosofía, la historia recorrió el curso rutinario y directo desde la mesa del telégrafo a la del director, tal como estaba ordenado para todo aquello que se refiriera a la nova.

El director le echó un vistazo e inmediatamente se le fruncieron las cejas. La historia en sí era bastante mala, pero había algo más que eso. Dos pensamientos acudieron en seguida al cerebro del dicho periodista.

El primero era que Universal estaba completamente loca al permitir que el cuento, mal redactado, deforme y sin fundamento real se transmitiera.

El segundo era que alguien, quizás este anónimo informador, cabeza de ese problemático grupo de «eminentes científicos», perseguía con toda su alma, un fin particularísimo.

Un fin, sí, el final de las Empresas Roman o el del profesor Louis Phelps o, quizá fuera lo más probable, el de la encantadora y capacitada Lucille Roman, algunas veces llamada «La Princesa Pirata de las Finanzas».

Pero eso no era lo que ponía aquel destello acerado en sus ojos, tras las gafas de concha, sino el pensar que un individuo pretendía usar las columnas en su diario para la obtención de ambiciones personales.

Llamó al redactor jefe.

—Esto puede ser una broma —dijo—, o una fantasía. Tenemos que saber si algunos de estos personajes anónimos existen realmente. Averígüelo. Descubra quién ansia el cuero cabelludo de Roman y el por qué. Es sólo una corazonada, pero debería empezar por los Laboratorios Roman. Y vaya con un par de fotógrafos. Algo gordo puede ocurrir allí si el «Blade» sigue el juego.

Como Jerry Woods había predicho, aquellas vagas y amenazadoras noticias eran las propias para el *Blade*.

Un periódico agresivo, que sabía que la fotografía de una rubia asesina de buen tipo ayuda a vender más números que las noticias sobre la última crisis del gobierno francés, estaba predispuesta para tales historias.

Tan pronto como el despacho se recibió en el teletipo, surcó como una llama empujada por el viento, el camino hasta la oficina del editor mismo.

En cinco minutos había obtenido información y consultado con sus abogados, expertos en libelos, y durante la siguiente media hora estuvo ocupado con el montón de teléfonos que había en una esquina de su mesa.

Se movilizó el departamento encargado de la distribución; al escritor que tenía a su cargo el artículo de fondo y al de la página de arte se le explicó cómo tenía que actuar para que la edición del Cohete Roman, como ya se le llamaba, pudiera vender más ejemplares en menos tiempo que cualquier otro diario de la ciudad en el transcurso de su historia.

En la redacción, jóvenes enjutos que fumaban sin parar, hacían volar sus dedos índices sobre las teclas de las máquinas, arrancándoles tableteos de ametralladoras. Correctores, de corbatas desanudadas y caídas y en mangas de camisa remangadas hasta el codo, consumían ristras de lápices. Por doquier se veían ruedas terminando de plegar los números, con negros titulares escalofriantes, y atándolos en pesados fardos que rápidamente se cargaban en camiones impacientes.

No era esto todo. Después de esta andanada del editor salió disparado hacia el último piso, que albergaba las secciones de radio y televisión del *Blade*.

Allí, el encargado de comentar las noticias, un hombre cadavérico, de edad mediana, que se anunciaba a sí mismo como «La Voz de la Ciudad», escuchó atentamente las normas que debía seguir en cuanto a la historia.

El señor «Voz de la Ciudad» estaba muy bien capacitado para la tarea. Antiguo charlatán de feria, pregonero embaucador y falso evangelista, poseía poderosos pulmones y una rara elocuencia con la que explotaba las emociones elementales de gente irreflexiva. Tenía una irritante voz nasal que barrenaba los oídos, y que podría oírse claramente en la fábrica más activa y ruidosa.

Era extraordinario en sus ataques. Al micrófono, y en el espacio de tres insignificantes minutos, podía hacer trizas las personalidades de hombres que habían sido, hasta ese instante, reverenciados. Su técnica se basaba en el amplio uso de mentiras, preguntas incontestables o en gran número, y en punzantes indirectas. Respaldado por la legal y poderosa artillería, propiedad de *Blade*, manejaba toda clase de chismes.

Los amantes de noticias sensacionales saboreaban cada una de sus palabras. Él era el niño travieso que, con una bola de nieve y su puntería infalible, hacía rodar hasta la cuneta los altos sombreros de los orgullosos. Era San Jorge, como las caricaturas del *Blade*

insinuaban con frecuencia, cargando valientemente contra el feroz dragón, al que titulaban unas veces como «Intereses creados» y otras como «Monopolios», o con el nombre del partido político que dominara en aquel momento.

Por eso, el permiso para la publicación de las noticias de Universal se obtuvo tanto para el *Blade* como para su Voz.

Casi todos sudaban de miedo cuando experimentaban los frecuentes ataques de terror originados por las alarmantes noticias que los dejaban paralizados y que les producían una sensación de fría humedad en la piel. A las puertas de la inconcebible calamidad que los amenazaba, se veían indefensos. Y el convencimiento de su posición desesperada, tan extrema, les hacía dirigir su miedo y su cólera a la busca desesperada de una salida.

Si nada podía hacerse para impedir la nova o combatirla, al menos exigían saber, saber con seguridad: ¿qué la había provocado? Mejor aún, ¿quién lo había hecho?, ¿a quién podía culparse de la aniquilación de la Tierra? Quienquiera que fuese, y aunque el mundo estuviera mañana o pasado mañana en la agonía de su muerte, el clamor de las multitudes pedía «justicia».

Por tanto, el combustible estaba listo; aguardando. Se necesitaba únicamente la chispa para dar comienzo al holocausto que el miedo y la violencia habían gestado.

En el suroeste de la ciudad, donde vivía la mayor parte de los obreros industriales, los camiones del *Blade* daban la vuelta rápidamente a las esquinas, y lanzaban los fardos de periódicos sin aminorar siquiera la marcha.

A los lados de los camiones, y escrito con trazos decididos, podía leerse: «¡Una exclusiva del *Blade*! ¡Roman culpable de la Nova!».

Mientras tanto, el tono nasal de la Voz de la Ciudad se oía en miles de receptores de radio, pregonando su histeria, redoblando el tambor para aquellas mentes atemorizadas que se excitaban al leer la primera página del *Blade*.

Grupos formados por hombres y mujeres, que habían vivido durante semanas idiotizados por el miedo, se veían ahora por las esquinas, con ojos ansiosos, mientras escuchaban, arrebatados, las últimas noticias, los frenéticos balidos de odio, acusando a gritos a las Empresas Roman de haber sido la causa de la destrucción, los «asesinos del mundo».

De vez en cuando volvíase hacia el suroeste, donde cada noche podía verse el gigantesco letrero luminoso, visible desde kilómetros, que sobre los laboratorios anunciaba las Empresas Roman.

Pequeños grupos de hombres, y algunas mujeres, con rostros ceñudos y diarios estrujados en los puños, empezaron a andar en aquella dirección.

En media hora, una multitud de miles de personas, marchaba en silencio, decidida, hacia el objetivo de su venganza.

En los ojos de cada hombre se veía el ansia bestial de destruir, de rasgar en pedazos, de asesinar.

Burbujeaban en la ligera cuesta que conducía a los edificios de los Laboratorios Roman. Se pararon, indecisos, ante la alta barrera eléctrica. Los guardias, armados y de uniforme, se retiraron tras ella, cerrando la puerta y llamando a gritos al jefe de guardia O'Boise.

O'Boise llegó corriendo. El rugido tronante de la multitud era demasiado estruendoso para que una sola voz se hiciera oír, aunque fuera la de O'Boise. Tomó el micrófono, aunque sabía que una voz aislada no podría hacer más, al dirigirse a ellos, que el ver a un hombre mudo gesticulando en un televisor. Su voz salió de los altavoces, colocados tras él en lo alto de unas torres, como si fuera un trueno.

—¡Alto! —gritó al fin.

El rugir de la masa aumentó.

—¡Alto, o disparamos!

—Vete al diablo —chilló alguien del gentío.

La frase tuvo éxito, y la multitud entera empezó a corear las tres palabras hasta que el ruido vino a ser un rugido ininteligible y desafiante.

Un valiente, que vestía camisa a cuadros, se separó de la muchedumbre, se dirigió rápidamente a la puerta y la golpeó repetidas veces con un garrote. El centinela miró a O'Boise. Este asintió e inmediatamente se oyó el seco chasquido de un rifle. El hombre dio un grito y cayó. De uno de sus muslos brotaba la sangre.

La multitud se enardeció y acercóse en una oleada. Los rifles volvieron a sonar otras cuatro veces y desde el puesto de guardia más próximo llegaron corriendo tres centinelas que traían una ametralladora. La montaron sobre la acera conducente a la puerta principal e hicieron una breve descarga, por encima del gentío. La masa apaciguóse un poco pero no cesó en su movimiento hacia adelante. Entonces fue cuando hicieron fuego desde la multitud y cayó uno de los guardias. Piedras y garrotes volaron, y otro guardia fue derribado. Uno de sus compañeros corrió, regateando la lluvia de proyectiles, hasta que estuvo junto al caído. Entonces, del bolsillo de la cadera, sacó una granada de mano y la lanzó por encima de la

alambrada. Se detuvo para recoger al camarada herido.

La granada describió un arco y vino a caer en las manos de un hombre que estaba listo para recogerla quien, rápidamente, la devolvió, haciéndola estallar sobre la barrera metálica, a la mitad del camino entre los guardias y la multitud. Una lluvia de inofensiva metralla menuda cayó sobre ellos, y una nube de gases surgió en el aire. El gas descendió lentamente e hizo toser a los guardias y a la muchedumbre.

Otra bomba lacrimógena sobrevoló la defensa y estalló en medio del gentío.

—¡Ponerse a cubierto! —gritó O'Boise.

Silbaron algunas balas. En la acera, junto a la ametralladora, saltaron esquirlas.

—¡Fuego!

La máquina cantó y media docena de cuerpos se desplomaron aullando. Un guardia cayó apretándose el estómago con las manos; otro vaciló al ser alcanzado súbitamente en la rodilla por un trozo de ladrillo; echóse en tierra para evitar los proyectiles, apuntó e hizo fuego: uno de los asaltantes se desplomó. La ametralladora volvió a cantar y otros siete cayeron.

Fue entonces cuando de la multitud salió disparado un tubo de unos cincuenta centímetros de largo y cinco de diámetro que pasó por encima de la barrera dando vueltas. Estaba cerrado en sus extremos y en uno de ellos chisporroteaba una mecha de algunos centímetros.

La bomba de fabricación casera estalló junto a los servidores de la máquina, los acribilló con dentados trozos de metralla y los dejó aturdidos con la explosión. El humo y el ruido absorbieron los demás disparos; otro guardia cayó.

La multitud avanzó hacia la valla y comenzó a subir por ella. Estaban locos. Era un centenar de hombres trepando por la malla de cimbreante alambre, como si fueran monos.

—¡Alto! —gritó O'Boise.

El primero que llegó al borde de la defensa y tocó el cable eléctrico, cayó de espalda sobre sus compañeros como una piedra. Súbitamente centelleó una chispa eléctrica cuando uno de los hombres de la valla lanzó una larga cadena sobre el cable y la enterró.

La muchedumbre daba su último salto al interior y avanzaba; los rifles seguían disparando haciendo caer a veces a uno, otras a dos, pero no a los suficientes. La ametralladora entró en acción cuando la vanguardia, dejando atrás las alambradas, saltó al interior.

Algunos avanzaron hacia la puerta de la valla.

—¡Deténgalos! —aulló O'Boise al de la máquina.

Mientras tanto él, empuñando su revólver, hacía fuego una y otra vez contra el resto de los asaltantes que se disponían a atacar la posición de la guardia.

La ametralladora hacía caer a los integrantes de un grupo, luego a los de otro. Sus balas atravesaban la alambrada y se incrustaban en la multitud.

La puerta de la red metálica se abrió de golpe; el loco gentío avanzó como un torrente y atravesó el césped con incontenible marea, ansioso de un sacrificio humano. Adelante fueron, adelante y por encima de la guardia. Adelante, adelante, siempre adelante. Cuando pasaron los dejaron allí tumbados.

O'Boise dio un gemido, alzó débilmente uno de sus puños y, al caer de espaldas, se contrajo, dio una vuelta y quedó tendido boca abajo.

La multitud siguió avanzando hacia el edificio y lo allanó.

Encontraron a Lucille Roman al teléfono con el profesor Phelps a su lado. Lucille soltó el auricular. Phelps volvióse y se puso manos arriba.

—Nosotros no… —empezó a decir.

Lo agarraron y, sin gran esfuerzo, lo arrojaron al suelo. Algunos avanzaron hacia Lucille Roman. Ella, en un vuelo, atravesó la puerta que había tras su mesa de despacho, dio un portazo y la atrancó con un pupitre. Atravesó aquella sección y subió por la escalera de incendios hacia el techo, con la muchedumbre aullando tras ella.

En lo alto, Lucille dejó caer una caja metálica que contenía extintores de incendio. Aquello hizo detener a la cabeza de sus perseguidores. Los que estaban en segunda línea echaron a un lado a las víctimas y a la caja misma y continuaron subiendo.

Jadeando, Lucille Roman corrió por el tejado y saltó al lugar donde se aparcaba la nave espacial. Luchó con la pesada puerta mientras se le ocurría que debía poner en marcha el motor de arranque más rápidamente. La puerta se cerró lenta, poderosamente, pero no lo bastante rápido.

Surgieron unas manos; Lucille las machacó con sus tacones; desaparecieron y fueron sustituidas por otras. La puerta finalmente se cerró con un nauseabundo crujido. Las puntas de algunos dedos quedaron dentro, sobre el piso.

Lucille vomitó y se sintió allí, en la cabina espacial, completamente enferma. El miedo la hacía temblar frenéticamente; estaba desconcertarla.

Subió a la carlinga. Oyó el chocar de las balas contra el casco de

aluminio. Algunas penetraron y rebotaron en el interior como coléricas avispas. Los proyectiles de revólver no podían atravesar la chapa de la nave, pero sí lo hicieron las balas de los rifles.

Desde la carlinga vio como arrastraban al profesor Phelps. Seguía protestando débilmente diciendo que el Cohete Roman no era de propulsión solar.

Lo colgaron de la rama de un árbol que había en el patio frontal de los Laboratorios.

Así murió el profesor Phelps; creyendo todavía que su chorro no había obtenido su fuerza del Sol.

Era injusta su muerte.

Lucille sintió de golpe una cólera incontenible. Puso en marcha el aparato; la nave espacial se elevó.

Los hombres que había aún en el tejado murieron como moscas bajo aquellos chorros solares.

Lucille Roman hizo descender la nave al patio y ocho largas lancetas de energía pura irradiaron hacia abajo chamuscando la tierra. Hizo que dieran vueltas en espiral y que danzaran de arriba abajo.

Los ocho chorros dejaban haces de negros y llameantes cadáveres dondequiera que tocaban.

Enferma por el espectáculo, Lucille elevó la nave de nuevo e hizo que subiera más y más, hasta que en la cabina se oyó el aire interior que, a chillidos, se escapaba por los agujeros de las balas.

No sabía qué hacer; estaba desesperada.

Tenía que pensar. Por eso, para darse tiempo, condujo la nave hacia las Montañas Rocosas y aterrizó en un remoto y desolado cañón.

Permanecería allí por algún tiempo hasta que decidiera lo que debía hacer.

Jeff volvió a colocar lentamente el teléfono en su sitio.

—Ha cesado la gritería —dijo con voz apenas perceptible—. Lo último que escuché fueron los gritos de Phelps diciendo que su chorro, de ninguna manera había hostigado al Sol.

—¿Y de Roman? —preguntó Jerry Woods.

—Me imagino que huyó cuando cogieron a Phelps. Soltó el teléfono y salió corriendo. Espero que haya podido escapar.

Jerry asintió.

—Hay algo más sobre las noticias; unos cuantos diagramas que completan el artículo. También fueron transmitidos. Puede que saque usted de ellos algo en limpio.

Jeff echó un vistazo a las borrosas reproducciones que Jerry le mostraba. Dio un gruñido.

—Están demasiado confusos.

—¿Pueden ayudarle en algo?

—No lo sé, Jerry. Quizá.

Woods se rascó la cabeza.

—¿Es realmente un cohete de energía solar?

—Si lo fuera, ¿podría haber causado la nova, o haber influido en ella?

Jeff meditó un momento y terminó por sacudir la cabeza.

—Lo dudo. ¡Es tan pequeño comparado con el Sol! Pero, bueno, no puedo asegurarlo.

Jerry Woods sonrió amistosamente.

—Tengo que marcharme —dijo—. Le llamaré tan pronto como sepa si Lucille ha logrado o no escapar de la multitud. Nosotros lo sabremos antes que nadie. Y en cuanto al cohete, comuníqueme en seguida lo que logre descubrir.

—¿Qué le hace pensar que podré sacar algo de estos diagramas?

Jerry Woods miró a Jeff y sonrió.

—Lo sacará —dijo—. Lo sacará.

Jerry se equivocó en una cosa. Fue Charles Horne y no él quien le confirmó a Jeff Benson la fuga de Lucille Roman y le trajo detalles de ella. Horne llegó bien avanzada la noche y tendió a Jeff un periódico con titulares que parecían chillar.

SE BUSCA A LA FUGITIVA LUCILLE ROMAN
ES CULPABLE DE LA AMENAZA DEL SOL

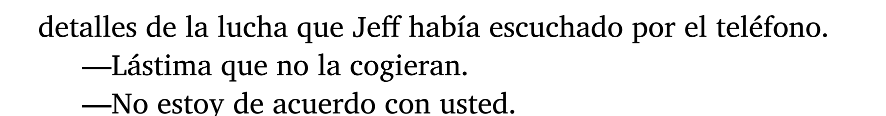
El artículo decía que el hecho de usar el Cohete Roman había sido lo que había provocado la nova, de acuerdo con la opinión de algunos científicos y varios hombres prominentes. Semejante acto, declaraban en la Oficina del Fiscal General de los Estados Unidos y en la Comisión de Seguridad Internacional, era un ataque al bien común y exigían que Lucille Roman se entregara. Se ofrecía una recompensa de diez mil dólares por su captura.

—De manera que logró escapar —dijo Jeff.

—Sí, ¡maldita sea! Diga, ¿cómo lo sabe?

—Jerry Woods me trajo la primera versión del asunto y supe que podría formarse una manifestación, de manera que…

—¡Buena predicción! —le interrumpió Horne, sin esperar a oír



detalles de la lucha que Jeff había escuchado por el teléfono.

—Lástima que no la cogieran.

—No estoy de acuerdo con usted.

—¿Eh?

—Me repugna el pensar que alguien, aunque sea Lucille Roman, sea sometida al trato que una chusma salvaje sabe dar.

—Ella se lo merecía totalmente.

—Nadie se merece eso.

—Ella, sí.

—Mire —dijo Jeff airadamente—, nadie se merece el linchamiento. Ningún ser humano, por muy malo que sea.

Horne sacudió la cabeza.

—Algunos cometen impunemente tantos asesinatos durante tanto tiempo, que la única forma de hacer justicia es entregarlos a la multitud y… dejar que la naturaleza siga su curso, con un nudo corrido al cuello o con cualquier otra cosa.

—No es esa mi opinión. Si las autoridades constituidas y componentes no encuentran en las acciones de una persona nada que los clasifique como a criminales, entonces, ¿cómo puede usted aceptar que una muchedumbre de escaso, o ningún juicio, y sin conocimiento real de los detalles, actúe como juez, jurado y verdugo, sólo porque creen que es culpable, o porque quieren creerlo así?

Horne golpeó con su dedo índice el periódico extendido ante ellos.

—De acuerdo con nuestras autoridades, ella es una perfecta asesina. Ha huido de la ley. Sólo eso la convierte en criminal. De todas formas, Lucille Roman fue la que inició esa nova que nos freirá a todos nosotros. Quiero vivir lo suficiente para ver cómo la fríen antes a ella.

—Me parece que esa forma de pensar es bastante salvaje —dijo Jeff sonriendo.

—En primer lugar —continuó—, hace mucho tiempo que existe un rígido documento escrito en el que se declara, sin lugar a dudas, que no pueden castigarse con efecto retroactivo las transgresiones a las leyes vigentes en un momento determinado —dijo Jeff escuetamente —. Si un hombre erige un obelisco en jueves, cuando tal cosa es legal, y después se proclama una ley, el día siguiente viernes, contra la edificación de los mismos, nadie puede condenarlo y enviarlo a la Bastilla.

—Aunque así sea. Ella puso en marcha todo esto y debe ser castigada.

Jeff sacudió la cabeza.

—No estoy seguro aún —dijo—, pero tengo algunos proyectos y

notas que apoyan una idea mía muy vaga acerca del Cohete Roman. Horne, casi estoy convencido de que el Cohete Roman ha sido un efecto de la nova en lugar de su causa.

—¿Está usted trabajando en ello?

—Recuerde, Horne. Hace ya algún tiempo que dije que sabríamos más sobre la gravedad si pudiéramos controlarla. Bien, el profesor Phelps, según me han dicho, estaba intentando desarrollar un detector de neutrinos cuando descubrió el chorro del Cohete Roman.

»No estoy dispuesto a aceptar al neutrino como cosa necesaria. Lo que Phelps intentaba descubrir era la existencia de lo que quiera que sea que produce el fallo en la conservación de la energía.

—¿Por tanto?

—Por tanto, como el Sol era ya inestable, Phelps descubrió un efecto desconocido hasta entonces. Lo refirió y mejoró hasta dejarlo completamente desarrollado en el Cohete de Roman. Quizás él no habría descubierto nada si no hubiera sido por la inestabilidad solar.

—Usted está, seguramente, tratando de descubrir ese efecto también, Jeff. Todo eso es un montón de premisas absurdas.

Jeff asintió.

—Puede que sí. Pero estoy pisando terreno más firme que el de Phelps. Tengo algunos proyectos y, quizás, una mejor idea de la que tuvo él en todo momento de su trabajo. Dentro de unas semanas estaré estudiando los efectos del chorro de Phelps.

—¿Qué espera conseguir, si no es acelerar la cosa?

—¡Cáscara, Horne! Estoy convencido que el Cohete Roman es el efecto y la nova la causa. Usted no puede convencerme de que un pequeño cohete como ese pueda causar ningún perceptible disturbio solar.

Horne se encogió de hombros. Señaló al enorme mapa estelar que colgaba de una pared del Laboratorio y dijo en forma dramática:

—Quizás las novas que vemos en el cielo de tiempo en tiempo son producidas por científicos que se lanzan sin escrúpulos a desarrollar sus propias versiones del Cohete Roman.

—Puede ser, Horne. Lo sabré dentro de poco. No estoy ahora muy seguro de que el Cohete Roman tenga que ver algo con el Sol. Si estoy hablando como un loco, usted, ciertamente está haciendo lo mismo.

—Bueno, de todas formas Roman necesitaba que le cortaran los vuelos.

—Francamente, estoy preocupado por Lucille Roman. Al menos yo tengo mi trabajo aunque nunca pueda terminarse. Puedo mantenerme ocupado y pensar menos.

—Yo no puedo. No hay bastante actividad en la Bolsa, hoy en día, para comprar cerillas con las que prender fuego a mis almacenes, que no valen ahora ni cinco céntimos. ¡Oh!, bueno, ¿para qué hablar de eso?

Jeff sonrió. Volvió a su banco y escogió un largo tubo de duraluminio.

—¿Quiere aguantarme esto?

—¡Claro! —dijo Horne.

Amanecía casi, cuando Horne se fue dejando a Benson bien adelantado en la construcción de la primera copia del Cohete Roman.

XII

Charles Horne se marchó furiosamente. Como miles de millones de otras personas, ligadas a este mundo, Horne no quería morir en la más espectacular de las combustiones cósmicas. Morir con pompa y ceremonia para compartir un monumento que atraería la atención de los seres sensibles de esta galaxia y de otras miles de millones de años, lo consideraba como una pequeña compensación al no poder morir tranquilamente de viejo y rodeado de las mayores comodidades posibles.

En este mundo sobrevivían los más capacitados, y el hombre lo estaba realmente. Siendo débil, el hombre se hizo dueño de su cárcel terrena porque tenía cerebro. Se elevó de los bosques y pantanos conquistando su dominio sobre las cosas que le rodeaban y donde los demás animales, la mayoría más fuertes y más prolíficos que él, no pudieron conseguirlo.

El hombre hizo frente al fuego y le discutió su terreno cuando otros animales huían aterrorizados, o morían porque no conocían al horrible elemento que todo lo destruía. Incluso, con el tiempo, el hombre introdujo el fuego en sus cavernas y le hacía trabajar para él.

Algo debía de hacerse; algo tenía que hacerse. Eso lo sabía Horne muy bien porque su egoísmo humano le hacía creer que era el más perfecto espécimen de su raza, destinado a gobernar algún día, no sólo la Tierra, sino los planetas del Sol y el universo entero.

El hombre, físicamente débil, es dueño de todo. Arrancadle sus ropas, su refugio, sus herramientas y sus medios de comunicación. Dejadle caer en una jungla desconocida, en la que abunden bestias feroces y serpientes venenosas, plantas y frutos que produzcan la parálisis o la muerte, y, como cualquier otro animal, ¿perecerá?

Quizás. Existe esa posibilidad; pero, dejadle que viva una hora y ya está armado con un garrote. Dejadle vivir un día, y al extremo de él, habrá atado una piedra, habrá tendido trampas para cazar y tendrá su refugio. Dadle una semana y tendrá la piel de una de sus víctimas, para abrigar su cuerpo desnudo y sin vellos, y la carne para comérsela.

Y al final de la semana los animales de la jungla darán al verlo un amplio rodeo, porque habrán comprendido que el hombre tiene un carácter peligroso.

El hombre llegó a ser dueño de la Tierra sólo porque éste amenazó su vida a cada momento a lo largo del camino que va desde el légamo y fango primitivo hasta las altas y rutilantes ciudades.

Ahora que el hombre podía cambiar la faz de la Tierra a su capricho, venía esta amenaza del exterior. El hombre tenía que hacer frente a esto de alguna manera y sobrevivir.

Horne miró el amanecer de otro día y sacudió la cabeza.

Uno de los principios en que se funda la habilidad del hombre para conseguir el dominio de lo que le rodea, es su sensible propensión a huir cuando un peligro real le amenaza. No siempre es necesario hacerse fuerte y luchar. A veces no es de sabio el resistir y combatir una batalla que se sabe perdida, y el Sol era eso, una amenaza que implicaba una derrota definitiva.

Por tanto, lo que había que hacer, de alguna forma, era huir. Abandonar al Sol antes de que se convirtiera en nova y dejar que lanzase sus imponentes llamaradas de energía sobre un conjunto de planetas deshabitados. Por lo tanto, había que evacuar bastante gente para recomenzar en algún otro planeta que ofreciera una oportunidad para sobrevivir.

¿Bastante? Eso significaba por lo menos dos personas.

Quizá, si la nova hubiese surgido antes, la esperanza de huir no hubiese prendido en cada pecho. Ahora todo el mundo sabía lo que la Nave Espacial de Roman, y una débil llama de optimismo brillaba en cada mente, tanto si el que esperaba tuviera probabilidad de utilizar la extraordinaria nave como si no. Horne no era el único que llegaba a esa conclusión. Resonaba una y otra vez en los corazones de billones de personas.

Sólo aquellos que estaban completamente convencidos del terrorífico alcance de la nova se veían sin esperanzas.

Sin embargo, Horne no era un ignorante. Sabía que el cohete parecía contar con una energía ilimitada. Había vigilado, tensa y atentamente, el despegue de su principal vuelo y no había visto ninguna vacilación en ese momento tan terrible en el que el éxito o el fracaso depende de un suministro a tiempo de combustible o de un tanque de oxígeno. En su lugar, el Chorro de Roman elevó la nave con el fácil esfuerzo de una locomotora eléctrica al arrastrar un solo vagón de pasajero.

Se elevó rápidamente a la altura máxima que el ojo humano podía

llegar con la ayuda de gafas intensamente ahumadas. Los chorros dejaron trazadas sus ardientes huellas en un relieve nítido que tuvo por fondo el cielo sin nubes de un atardecer.

El Sol, a través de esos mismos cristales, se vio como un apagado disco rojo-púrpura. Los cohetes, sin embargo, eran cegadores. Cuando ya no lastimaban la vista, Horne apartó las gafas y rápidamente perdió la estela.

Maldijo cuando los cohetes lo ensordecieron, ya que se necesitó un poco de tiempo para que el cohete se elevara rápidamente. Agachó la cabeza para hacer que los zumbidos cesaran, sabiendo que cuando volviera a mirar hacia arriba, el cohete se habría ya marchado.

En el cielo, y tan alto que los ocho chorros parecían unirse para formar un diminuto punto cegador, volaba el cohete, incrementando todavía la velocidad hasta proporciones prodigiosas.

Horne creyó que el cohete Roman extraía la energía nuclear del interior del Sol. Si era así, entonces esa energía podría utilizarse para producir una aceleración continua, hora tras hora, hasta conseguir que la velocidad de la nave se aproximara una porción considerablemente a la de la luz. Alfa estaba sólo a cuatro años luz. Ocho años elevándose a través del espacio estelar no podría producir la muerte a un hombre que estuviera dispuesto a vivir.

Todo lo que Horne necesitaba ahora era echarle mano a la Nave Espacial de Roman y después conseguir de Jeff Benson que le explicara cómo debía manejarse.

¿Alimentos? Horne tenía ese problema resuelto. El principio era arrancar la nave a una mujer que lo odiaba hasta los huesos.

Pero, por otro lado, Lucille Roman permanecía muy bien oculta. Perseguida por atentar contra el Sol, acusada por gentes airadas de ser la asesina que produjo la muerte de los hombres que integraron la muchedumbre que había destruido su laboratorio y ejecutado a su jefe científico, era de esperar que no apareciera en ningún lugar donde pudiera ser reconocida.

Ciertamente, no parecía probable que estuviera en ninguna de sus otras instalaciones, ni en ninguna de sus casas del condado, pues mientras el gentío mataba al profesor Phelps y destruía al Laboratorio Roman, otras multitudes habían irrumpido en sus demás establecimientos, asolándolos. Su apartamiento era un caos y sus casas de campo habían sido quemadas hasta los cimientos. La muchedumbre, aunque encolerizada, había permanecido vigilante para que las llamas no prendieran en los bosques que las rodeaban.

Pero Jeff Benson dijo que tenía buenas razones para creer que el

Cohete Roman no era responsable de la nova. Seguramente tendría razón. Jeff era una de esas personas raras en las que sus «puede ser» quieren decir, al menos, que hay un cincuenta por cien de probabilidades, y, en este caso, pese a la cautela tan característica de los científicos, «puede ser» significaba una certeza firme.

Por tanto, lo que había que hacer era vigilar a Jeff y esperar a que los científicos probasen su teoría. Después habría que sugerir a las autoridades que visitaran a Jeff, quien les haría escuchar su teoría antes de que se lo llevaran detenido por parecer que experimentaba peligrosamente con el Sol.

Jeff demostraría la certeza de su opinión una vez que él mismo estuviera convencido. Con ello libraría a Lucille Roman de la acusación principal y haría que ésta pudiera volver a la civilización.

Horne se encogió de hombros. Él podría conseguir la nave espacial aunque estuviera encerrada en Fuerte Knox. Y si estuviera aparcada o vigilada en cualquier otro lugar menos inaccesible, sería mucho más fácil.

Por eso Horne fue un visitante asiduo al laboratorio de Jeff durante las siguientes semanas. Presenció el desarrollo del primer chorro, desde una cosa pequeña hecha de partes extrañas y un lío de cables a un poderoso instrumento que ocupaba la atención de Jeff Benson, tan profundamente, que a menudo olvidaba la presencia de Horne.

Las cartas iban y venían a diario entre Jeff y el profesor Lasson, y entre carta y carta iban adelantando ambos en su tarea. Lasson vigilaba atentamente al Sol y a la galaxia mientras Jeff pulía un ángulo aquí y desenredaba un nudo allá, e inmediatamente lo escribía a Lasson o lo llamaba por teléfono para decirle qué era lo que a continuación había que indagar. Y entonces, un día, Jeff Benson se puso a dar vueltas asintiendo a sus propios pensamientos. Dio la casualidad que era uno de los días que Horne había ido a vigilarle.

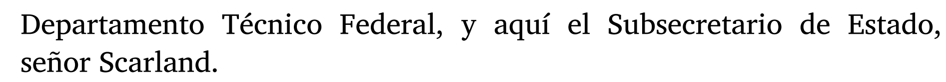
Aquella noche Horne escribió una carta cuidadosa a Washington y Jeff, unos días después, tuvo visita.

Fueron cinco los que llegaron. Miradas severas y rostros austeros. Eran un oficial de policía uniformado, dos jóvenes con la fría, limpia e inteligente mirada de funcionarios ejecutivos del gobierno y dos señores de edad que, a pesar de sus años, tenían ojos brillantes y andares firmes.

—¿El señor Benson?

—Sí.

—Capitán Hansen de la policía de Chicago. Yo soy Fred Colé y este Louis Freeland del F. B. I. Este señor es el profesor Logan, del


Departamento Técnico Federal, y aquí el Subsecretario de Estado, señor Scarland.

—Es un honor.

—Queda usted arrestado, señor Benson.

—¿Yo?

—Nos han comunicado que está usted experimentando con energía solar.

—Pero yo…

El profesor Logan miró por encima del hombro de Jeff y asintió.

—Lo está.

—Pues, sí —admitió Jeff—. Pasen, por favor.

Entraron. Desde luego, lo habrían hecho de todas formas aun sin la invitación de Jeff.

Fred Colé dijo:

—¿Sabe usted que esto es ir contra la ley?

—Lo sé. Pero puede ser nuestra salvación.

—Ha sido la causa de nuestra ruina.

—Eso no es cierto.

—¿Tiene usted pruebas?

Jeff sonrió de mala gana.

—¿Las tiene usted de lo que dice?

—La afirmación de unos cuantos físicos.

—Eso no es ninguna demostración. ¿Puedo enseñarles algo?

Jeff les mostró el pequeño chorro que estaba cubierto por un alto cilindro de cristal oscuro. Dentro, el chorro ardía con una diminuta lanceta de energía.

—Tengo pruebas —dijo Jeff—. Y ahora, caballeros…

—Le advierto —dijo el capitán Hansen— que todo cuanto diga podrá ser utilizado contra usted.

Jeff se quedó mirando fría y fijamente a Hansen.

—Estoy un poco desconcertado —dijo sarcásticamente—. Me extraña la actitud de prohibir, con esa insistencia, la investigación.

—Tenemos razones para creer que esto puede precipitar la explosión.

—Bien. A esa afirmación debo contestar diciéndole que no me importa. Puesto que me han sorprendido con el chorro solar y habiéndolo admitido, nada de lo que yo pueda decir puede aportar algo más al cargo que se me hace. Además, si me meten en la cárcel, o incluso si me condenan a muerte, ¿qué es lo que pierdo, sino sólo un poco tiempo de vida?

»Me parece que los amenazados con la extinción deben mimar

cualquier clase de investigación en lugar de permanecer ociosos durante el corto período que les queda de vida. Ha llegado el momento de las grandes decisiones, caballeros. Por eso yo he escogido este camino. Y ahora, ¿puedo seguir?

El profesor Logan carraspeó para aclarar su garganta.

—Señor Benson, la única razón por la que a usted no lo metemos ahora mismo en prisión, es porque muchos hombres lo tienen a usted altamente conceptuado. Sin embargo, usted ha violado una ley…

—¿Ley? —preguntó Jeff burlonamente—. ¿Qué importancia tienen las leyes cuando el Sol va a hacer explosión?

Scarland asintió sereno.

Jeff hizo un gesto de agradecimiento al Subsecretario de Estado.

—Pues bien —dijo—, este chorro que ustedes están viendo, surge del más pequeño de los orificios. A pesar de eso mide noventa centímetros de alto y tres milímetros y pico de diámetro en su parte más ancha. El orificio espacial del que procede tiene un diámetro inferior a un micrón. Este es el prototipo del modelo Phelps.

»Con un trabajo similar a éste, Phelps desarrolló el chorro que impulsó a la Nave Espacial de Roman. Sin embargo, Lucille Roman es del tipo de personas que ven sólo en la ciencia una oportunidad para su propio progreso. No se ha preocupado de investigar nada, sino sólo de aquello que podía significar una promesa de tipo comercial. A pesar de todo, el profesor Phelps murió gritando que su cohete no extraía nada del Sol.

—¿Y no lo hace?

Jeff asintió.

—El chorro consiste en protones de alta energía, carbono, nitrógeno y oxígeno radioactivos, rayos alfa, beta y gamma. Las proporciones son exactamente las supuestas en un conglomerado de masa que sufra una reacción termonuclear y que fue llamada «Fénix Solar» por Hans Bether, su descubridor.

»Creo que Phelps pensó en la composición media solar —la mezcla de Russell— y echó de menos los principales componentes. Pero la composición media es meramente una consecuencia de la reacción energética principal. Si esto extrae la energía del Sol no deben esperar ustedes a que en su composición figure una buena cantidad de cenizas.

»Y ahora, caballeros, den la vuelta por aquí.

Hicieron lo que indicaba y miraron por la garganta de un tubo tapado con una celosía. Tenía dos metros y medio de diámetro y unos diez de largo. Algo parecido al esqueleto de un dirigible.

—Phelps no hizo nunca uno de este tamaño —sonrió Jeff con toda

tranquilidad.

Hubo una estúpida carrera por salir de la línea de fuego de aquel poderoso tubo de propulsión solar.

—No teman —dijo Jeff—. No es peligroso, a menos que yo lo quiera.

—¡Apártese de ese interruptor! —aulló el profesor Logan.

Jeff se echó a reír.

—Este chorro, en pleno rendimiento, produciría una llama de un metro de diámetro y unos quinientos de larga. Una llama de aproximadamente, diez millones de grados centígrados.

—¡Jesús! ¡Qué arma!

—¿Arma? ¡Caramba! —exclamó Jeff—. Si lo pusiera en marcha, no solamente todo cuanto hubiese en la línea de fuego se convertiría inmediatamente en pura nada, sino que ninguno de nosotros podría vivir a mil metros de distancia.

—Las consecuencias serían una senda radiactiva de kilómetros de larga en dirección al eje de la llama, y con ella la devastación de una franja de tierra de kilómetros de ancha a ambos lados. El mismo aire se quemaría y estallaría hasta convertirse en partículas nucleares de sus componentes.

—Entonces, si no es un arma, ¿qué es?

—Es una ventana al subespacio.

—¿Al qué? —explotó el profesor Logan.

—Una ventana al subespacio. ¡Mire!

Jeff puso el interruptor en posición de contacto. A la mitad del tubo una cortina de luz mortecina apareció por un instante para desaparecer y convertirse en un verdadero pozo de oscuridad. Luces, como puntas de alfiler, se veían al fondo. Parecían estrellas.

Jeff asintió:

—Parecen estrellas —dijo, adivinando el pensamiento de los cinco —. Esto demuestra que mi teoría es cierta. El fallo en la conservación de la energía existe realmente. Cada puntito de luz es el foco inicial de una estrella que empieza a formarse más allá del velo que nos separa de ese universo y que crecerá hasta que el subespacio sea forzado a admitir energías para las cuales no ha sido creado.

—Pero ¿qué significa?

—Que las leyes naturales no rigen en ese otro universo. Ahora sabemos qué es lo que produce una nova.

—Siga.

—Al lanzar hacia arriba una piedra, se vuelca en ella una energía que retorna al caer. Cuando en el universo en que vivimos la energía

pasa de un estado a otro, parte de esa energía se escapa para caer en ese otro universo al que llamo subespacio.

—La energía necesaria para elevar la piedra no se consume enteramente en ese trabajo Algo de ella penetra en el espacio. Cuando la piedra cae y golpea la tierra, la energía que vuelve no es toda la empleada. Algo penetra también.

—Hay una presión contra esto que crece hasta que el subespacio es impotente para soportarla. Entonces la energía almacenada estalla y la estrella hace explosión.

—¿Y una supernova?

—Nos es familiar la idea de que la supernova se produce cuando un Sol que agoniza llega a ser lo bastante frío para sufrir la última contracción, de acuerdo con la teoría de Chandrasekhar. Pero cuando las masas estelares se contraen hasta llegar al volumen cero, que será cuando la masa sea solamente medio millón de veces la de la Tierra, la contracción obliga a la materia en bruto a entrar en este subespacio.

—Toneladas tras toneladas de materia bruta, millones de toneladas, compuestas de simples núcleos apretujados en un estado de disolución, son obligados a entrar en este universo para inmediatamente, convertirse en masas equivalentes de energía bruta.

—Lógico, lógico. Pero ¿qué pruebas tiene usted?

—Como acabo de decir, la mayoría de las leyes de la mecánica celestial de este universo no concuerda con las teorías que parecen gobernar este otro. Miren. Cojo este chorro en miniatura y voy al otro extremo del tubo.

El negro túnel se encendió con una luz brillante que los cegó. La luz, imponderable y excesiva, chocaba contra un plano invisible que dividía al tubo en donde había estado la cortina de trémula luz cuando Jeff puso el conjunto en funcionamiento. A cinco metros, el enrejado de acero y cristal era un círculo de energía insoportable. Nada podía verse más allá de él. A los lados estaba el laboratorio de Jeff. No existía luz en el extremo donde Jeff mantenía el chorro. Ni siquiera su cara estaba iluminada.

—Pero ¿qué es esto?

—Esto es una variable del chorro —explicó Jeff—. Phelps no alcanzó nunca este punto. La intensidad del chorro es controlable por simples medios. Lo que ustedes ven, caballeros, es la superficie controladora que evita que la energía llegue a ser una simple y devastadora explosión.

—Pero ¿qué es esa luz tan terrible?

—Ustedes están mirando al subespacio a través de una ventana —

sonrió Jeff.

Se volvió para mirarlos y, al hacerlo, la luz, al final del tubo, se apagó. Fue exactamente como si Jeff la llevase en sus manos. Ahora que no estaba al extremo del túnel la luz no era visible. Pero no murió rápidamente, como la de una linterna que se oculta de la vista por doblar una esquina o por colocarse detrás de una masa opaca, sino que murió lentamente, amortiguándose hasta desaparecer.

—Eso es energía bruta —explicó Jeff—. Energía en su estado esencial. Ya sea rayos gamma heterodinizados por mi máquina o partículas de energía que bombardean el material que separa al universo conocido del otro que ustedes han visto. En todo caso —dijo Jeff volviéndose al Subsecretario de Estado que seguramente no era capaz de seguir la discusión tan altamente científica— la energía se hace visible por mediación de este ingenio.

—Pero esa energía iba tras usted.

Jeff asintió.

—Esa energía es extraña a ese otro universo. Usted puede comparar la situación a la de un globo que se infla. Usted puede afirmar que esa energía se dirige a un espacio que le es extraño. Tratará siempre de volver, de salir, en la misma forma en que lo hace el gas de un globo.

El profesor Logan sacudió la cabeza escépticamente.

—Usted habla de energía conducida. Eso requiere a su vez energía, ¿no es verdad?

—Desde luego. Y tal como sucede con la energía utilizada para crear un campo magnético, que vuelve cuando se permite el cese de ese campo, esta energía vuelve cuando la perdida regrese a nuestro universo.

—En efecto —continuó Jeff gravemente—, esta porción de energía que produce la fuerza impulsora es la que en un momento dado cesa y produce una nova. Es como una especie de fuerza electromotriz al revés.

—Entonces, ¿el hecho de abrir un orificio para la vuelta de la energía trae consigo el que esa colección de partículas y energía bruta venga a la vecindad de la abertura?

—Sí.

—Pero ¿qué espera usted hacer con esto?

Jeff se encogió de hombros.

—Allí no hay planetas, que yo sepa —dijo en voz baja—. Sin embargo, por lo que hemos visto, no hay límite en la velocidad, tal como existe en este universo. Si podemos descubrir el medio de entrar

y viajar por ese subespacio, entonces habremos descubierto el medio de emigrar.

El Subsecretario de Estado miró una vez más por el tubo. Se fijó en uno de los distantes puntos de luz y sacudió la cabeza.

—Siga con sus experimentos —dijo—. No voy a encarcelar a un hombre que puede llevar consigo su rayo de Sol particular.

XIII

En un lugar remoto de las Montañas Rocosas, Lucille Roman probaba el amargo sabor de la derrota por primera vez en su, hasta ahora, egocéntrica y victoriosa vida. La nave estaba inservible para surcar los espacios porque a ella le faltaba tanto la habilidad como el equipo necesario para soldar los agujeros de balas del casco.

Aunque estuviera en condiciones de navegar, no sabía a donde ir.

Durante toda su vida había cantado victoria. A menudo por pura suerte, aunque con más frecuencia por el resultado de su nativa astucia para manejar y engañar a la gente mediante su belleza o su dinero. Varias veces había estado muy cerca del fracaso, pero su proximidad le había servido simplemente para enrigidecer su voluntad y esforzarse en luchar con el vigor suficiente para conseguir el triunfo.

Y ahora estaba perseguida y era odiada por todos los hombres. Desconocía las noticias más recientes porque ya hacía tiempo que había desechado la radio por sus constantes lamentaciones sobre el inminente desastre.

A pesar de su habilidad para dirigir y gobernar a la gente, nadie la escuchaba ahora porque había perdido su poder de coacción. En lugar de ser adulada por sus riquezas o de ser reconocida como indiscutible dirigente, la gente la atacaba ahora con insidia por creer que era la responsable de la hecatombe.

Desde luego, Lucille no era, de ninguna manera, un científico. Su conocimiento de las ciencias era pequeño, y ella lo reconocía así. Siempre había sido capaz de rodearse de los mejores cerebros. Prefería eso a atiborrar su cabeza con lo que, para ella, eran hechos y teorías estúpidas y carentes de interés. Era mejor que las inteligencias se utilizaran para lo que estuvieran mejor capacitadas.

Que el pensador pensara y el hacedor hiciera. Aquel que pudiera pagar cerebros que comprara aquellos cuyos propietarios no podían hacer tal cosa, o no lo deseaban, y que los utilizase para amasar riquezas. De esa forma la ciencia salía ganando y el financiero alcanzaba también su meta.

Pero allí estaba ella, completamente ignorante de los hechos y casi dispuesta a aceptar la responsabilidad de haber empujado el Sol al camino de la nova. Si hombres prominentes habían dicho que había sido el Cohete Roman, ¿quién era Lucille Roman para discutir el asunto con ellos?

Por eso, mientras la radio, la televisión y la prensa explicaban la teoría de Jeff Benson sobre la nova, Lucille Roman se hallaba sentada en un remoto y solitario lugar, mordiéndose las uñas inconscientemente, escaseando cada vez más de alimentos y agua.

Abrió su última lata de paté de foi gras y tuvo una pequeña sonrisa al pensar en la ironía de una Lucille Roman comiendo en una lata en lugar de hacerlo lujosamente en los cubiertos de porcelana china del Royal Crown Derby a la luz de las velas con servicios de plata y un mayordomo a su disposición.

Sacó agua del tanque y bebió, aunque hubiese preferido un baño.

Después, haciendo frente a la posibilidad de morir de inanición, Lucille Roman se decidió por el mal menor: arriesgarse a ir donde procurar alimento y agua.

Remontó la nave y se dirigió hacia el Sur; hacia la pequeña ciudad industrial que debía su existencia al gran dique que procuraba el riego para el distrito y energía para tres estados…

Big Ed era el primero de la cola cuando llegaron los periódicos de la ciudad. El boletín de noticias de la radio resultaba incompleto. Para darse uno un atracón de noticias con el que disfrutase el paladar, reflexionar y comentar, no había nada mejor que el periódico. Por eso, cuando los paquetes fueron descargados del tren, Big Ed y la mayoría de la gente de la ciudad, estaban esperando.

Como es usual en esos casos, la edición a provincias del *Blade* era escasa en asuntos de interés puramente local, y la historia de que Lucille había sido liberada de los cargos por la inestabilidad solar fue, naturalmente, acallada. Las grandes noticias eran los últimos acontecimientos y especulaciones sobre el estallido solar.

En una revista gráfica la portada podía haber estado adornada con Lucille Roman siendo escoltada al salir de la cárcel, porque Lucille constituía un material excelente para fotos, pero Lucille no había sido encontrada y por tanto su salida de una prisión repugnante era absurda. No era posible obtener foto tan adecuada.

En lugar de ello estaban las fotografías de Jeff Benson y de sus instrumentos, una página entera de instantáneas mostrando los progresos de las manchas solares y algunas huellas de las protuberancias extraídas del archivo-cementerio del periódico y

usadas porque resultaron excitantes después de haber sido retocadas por artistas con más imaginación que conocimientos científicos.

Para darles el debido crédito, los periodistas hicieron lo posible para explicar a su público las teorías de Jeff Benson. El que recalcaran indebidamente algunos conceptos poco merecedores de ello e hicieran un trabajo chapucero, no es culpa suya. Si hubieran sido capaces de comprender la teoría en su totalidad, hubieran sido más bien científicos que periodistas.

Por eso parte del informe decía:

La energía que se convierte, pierde o transforma de energía potencial a cinética, o de cinética a potencial, no es transformada completamente, según la teoría del famoso y joven físico Jefferies Benson. Un pequeño porcentaje de esa energía es obligada a penetrar en el subespacio donde se almacena como el aire en un balón de fútbol.

Cuando la cantidad de energía alcanza el punto de ruptura, el subespacio estalla, en forma parecida a como lo hace el balón cuando se le obliga a admitir demasiado aire. Cuando esto sucede queda libre la energía para volver a este universo. Esta es la causa de la nova.

Tal era el cogollo de la teoría. Pero lo que los periodistas no supieron comunicar, con la debida claridad, era la ridícula proporción entre la que se transformaba en el núcleo del Sol y la igualmente transformada en las más poderosas instalaciones fabricadas por el hombre.

Por eso Big Ed se volvió a los que le rodeaban y masculló:

—Energía, ¿eh?

Los demás asintieron, dándose cuenta en seguida de lo que quería decir.

—¡Debemos detener su producción! —gritaron. Treinta segundos después estaban ya armados en dirección a la enorme presa de la planta hidroeléctrica. No se daban cuenta que ellos mismos transformarían una cantidad de energía al destruir la presa equivalente a la que estaba en ese momento transformándose. Desconocían el hecho de que la instalación hidroeléctrica podía seguir funcionando durante una eternidad sin que eso significara, ni por un instante, que sirviera de percutor para una explosión solar.

Lucille Roman se mantuvo como colgada sobre el dique, vigilante. Los hombres que lo guardaban permanecían de pie sobre el ancho

camino de hormigón que corría sobre lo más alto de la construcción, y le saludaban moviendo los brazos. Ninguno de ellos estaba armado con un rifle, ni parecían mostrar el menor signo de cólera. Sus gestos eran amistosos. Le saludaban sin expresar la menor ira.

Podía ser una trampa, pero Lucille tenía que recibir ayuda o morir, y el morir era inevitable de todas formas. Por eso Lucille Roman, que no tenía nada que perder, hizo descender la nave espacial sobre un plano, al nivel de la enorme presa, y esperó. Los hombres corrieron, a lo largo de la carretera, hasta llegar a la nave.

Cautelosamente, Lucille abrió la puerta y se asomó.

—¡Salga! —le dijo el primero que llegó.

Lucille permaneció en la salida, temblando de miedo, impelida por la necesidad.

—Yo soy Tom Lichty, el encargado. ¿Puedo hacer algo por usted?

—Necesito agua y alimentos. Pero…

—Acabamos de escuchar las noticias. Es usted una mujer afortunada, señorita Roman.

Lucille pestañeó.

«¿Afortunada?» —pensó.

Descendió hasta tener los pies sobre el hormigón.

—¿Cómo es eso? —preguntó anhelante.

—¿Qué pasa? ¿Ese cacharro no lleva radio?

Lucille asintió.

—Lo lleva, pero todo lo que pude oír fue acerca del ofrecimiento que habían hecho por mi cabeza. Lo apagué.

—Entonces usted no conoce las noticias. Un tío llamado Jeff Benson acaba de convencer al Departamento de Estado de que el cohete de usted no ha provocado la nova. Usted ha dejado de ser una criminal. Es tan libre como un pájaro.

Lucille se apoyó en la nave y dio un profundo suspiro. El cese de la tensión fue instantánea y la reacción terrible. Su vuelo había sido su primera experiencia de ser perseguido por los hombres, profesionales de la caza de fugitivos de todo el mundo. Sus nervios habían sufrido una prueba hasta llegar al límite de su resistencia.

Lucille Roman no había tenido nunca un tropiezo con la ley, y el experimentar un terror que detenía la sangre en las venas, el comprobar la falta absoluta de ayuda, el no saber adónde ir ni a quién acudir habían constituido una amarga conmoción.

¡Y ahora otra vez era Benson! Lucille sacudió la cabeza lentamente. Tenía que admitir a la fuerza que el joven científico le importaba poco el que ella le estimase, y el astuto manejo de peones y torres contra un

adversario, no significaba nada en su vida tan atareada.

Ella sabía que él era honrado y veraz, que si Jeff Benson creía que el Cohete Roman no era responsable de la nova, el hecho de que él tuviese razones para no gustarle su propietario no lo detendría a liberarla de semejante responsabilidad. Otra clase de persona se habría alegrado secretamente y falseado la verdad para poder sentir la satisfacción interior de saber que ella estaba en apuros.

Pero aquello no le ayudaba a comprender a Jeff. El hecho de reconocer que él tendía a ser honesto no la capacitaba para comprender el por qué. Él pudo haber ganado, aunque ella no podía ver justamente cómo. ¿Qué le hizo a él confiar?

Lucille no lo sabía, ya que ella se había educado en un ambiente donde la honradez era más perfecta cuando estaba controlada por el interés, donde el estar técnicamente de acuerdo con la ley era más importante que estarlo éticamente.

No era que Lucille Roman se negara a prorrogar el vencimiento de una hipoteca sobre una finca para expulsar al pobre y desgraciado indigente a la nieve, pero ella consideraba que el golpear sin piedad a otro financiero, cuando se jugaba gran cantidad de dinero y la supremacía en un mercado, era la más bella forma de juego. Aquello era más bien un deporte, aunque no estuvieran en peligro los imperios económicos y no fueran barridos los directivos.

—Entonces, ¿soy libre? —preguntó en un suspiro.

Lichty asintió.

—Puede estar segura.

—¿Puedo comprarle agua y alimentos?

Lichty se echó a reír.

—Aquí hay un precioso lago, tras el dique. Dudo que pueda hacer bajar su nivel para llenar el tanque de agua. Tenemos un almacén. Podemos venderle algunas latas de conservas, lo suficiente para que pueda llegar al almacén más próximo en el que hacer un verdadero suministro. ¿Puede usted sacar la manguera?

—Hay una bomba de agua, pero sin manguera.

Lichty dio órdenes a sus hombres. Estos penetraron en el blocao, cercano a la nave.

Lichty trepó hasta la nave, inspeccionó la bomba y mostró su conformidad con un gesto. Fue con sus hombres y, cuando éstos salían cargados con una caja de conservas en latas, Lichty los siguió llevando una larga manguera hidráulica.

Pudo encajar y, en un minuto o cosa así, el agua era bombeada a los tanques.

Todos estaban ocupados; por eso no oyeron el primer rugido de la horda que se aproximaba.

Cuando Big Ed llegó con los encolerizados ciudadanos a la cresta de la colina más cercana, Lucille estaba en la cabina de la nave y Lichty, con su equipo, descansaban mientras él hacía una breve factura en una hoja de un bloc.

La muchedumbre, capitaneada por Big Ed, rugió.

Lucille empezó a chillar.

Lichty giró en redondo y gritó:

—¡Eh! ¡Quietos!

Uno de los guardias bajó, impresionado por la multitud, para apartarla, porque decidió hacerlo así en lugar de contraatacar instantáneamente. Lichty corrió hacia ellos gritando. El gentío se extendió cautelosamente tras él.

Pero Lucille había visto antes una multitud. Accionó bruscamente el interruptor que hacía cerrar la puerta, y cuando Big Ed llegó al llano, la nave espacial estaba ya cerrada.

—Ahí está Roman —fue el grito que se escuchó y una vez más la nave fue apedreada y agujereada por las balas.

Ella elevó la nave y la mantuvo en el aire indecisa. Lichty y su cuadrilla de obreros llevados abajo, a la retaguardia de la muchedumbre, y atados para que no pudieran interponerse.

Big Ed y sus ayudantes irrumpieron en el blocao del que salieron poco después haciendo rodar ante ellos un bidón rojo de acero.

Lucille sacudió la cabeza.

Dinamita o nitroglicerina, supuso.

Comprendió que un barril de explosivos no podía hacer más que un pequeño embudo en la densa mezcla de hormigón de la presa, pero si provocaba un daño real habría muchos que perderían la vida en el valle artificial y se produciría un desastre en las muchas ciudades que dependían de la instalación eléctrica para luz y energía.

Hizo descender la nave poniendo así una centelleante y ardiente cortina de energía pura entre Big Ed y el dique.

Un hombre avanzó corriendo para caer, como un saco, antes de llegar a una distancia de seis metros de los ocho tubos propulsores.

Después, por primera vez en aquel día, segura de sí misma, Lucille Roman elevó la nave y la condujo hacia la vanguardia de la multitud. Se dispersaron ante aquellos chorros calcinantes.

Se desperdigaron corriendo en busca de refugio, y se caían. Los chorros de calor que escupían los cohetes los chamuscaban; el aire se tostaba ante ellos y el piso de hormigón se calentaba tanto que,

cuando se enfriaba, volvíase polvo.

Big Ed cayó de espaldas e impulsó el bidón. Este fue rodando hasta llegar al ondulante camino de la nave y estalló con un sordo rugido. La nave fue lanzada hacia arriba de golpe, se rehízo y permaneció suspendida tres metros más alta que antes.

Pero abajo el acero y el hormigón salió disparado desde lo alto de la plataforma, y fragmentos de escombros llovieron sobre la multitud.

Lucille apuntó la cola del Cohete sobre ellos una vez más, haciéndolos correr, en forma precipitada, en busca de refugio.

Abandonaron a Lichty y a sus hombres, dejándolos atados a la barandilla de acero, al borde final de la cerca, junto al dique.

Sabiendo que la multitud no volvería mientras la nave permaneciera por los alrededores, Lucille aterrizó en el cercado y abrió la cabina tan rápidamente como le fue posible. Liberó a los hombres de la presa y después, con ellos, volvió a la nave.

—Espere —dijo Lichty.

—¿Por qué? —preguntó ella sin aliento.

Lichty sonrió con indulgencia.

—No vamos a ir a ninguna parte.

—Pero ellos volverán.

Lichty sacudió la cabeza.

—No —dijo—. La masa es así. Tiene poca decisión. Recuerde, usted no está muy lejos del Estado en que se acostumbra enviar al instante a un solo policía para apaciguar un alboroto. Ahora están desperdigados, y pronto el buen sentido y la vergüenza volverán a ellos y sentirán haber actuado como idiotas.

—Pero ¿qué va usted hacer?

—Tenemos mucha tarea, aunque no sea para mucho tiempo. Nos quedaremos.

—Pero…

—Encontraremos a Big Ed. Le daremos toda clase de explicaciones y dejaremos que cuide de los demás. Ahora…

Lichty fue interrumpido por una débil voz que salía del borde del llano. Se volvió intrigado y se encaminó hacia la última puerta. Lentamente, quizá con excesivas precauciones, Lucille Roman siguió a Lichty y a sus hombres, preguntándose qué clase de hombre podía pasear en tal peligro sin sentir un espasmo en el estómago.

Al grito se le unieron dos desfallecidos lamentos. Ella se asomó por detrás de Lichty mientras éste se inclinaba hacia alguien tendido en tierra. Dos hombres permanecían de pie, cada uno con un niño en los brazos.

La mujer caída en el suelo elevó la mirada dificultosamente.

—¡*Usted*! —dijo en un susurro y con un tono acusador y amargo que contenía tanto aborrecimiento como su cuerpo dolorido le permitía.

—¡Usted hizo esto!

—¡No! —gritó Lucille.

La mujer no la oyó.

—Usted hizo esto —dijo de nuevo, esta vez más débilmente.

Lichty se levantó y sacudió la cabeza.

—La ha golpeado un trozó de bidón de nitroglicerina —dijo.

—Usted hizo esto —repitió la mujer herida.

Su voz era un seco cacareo. Intentó levantarse, alzar una mano, señalarle con un dedo acusador.

Lucille sacudió la cabeza de nuevo. ¿Cómo podría decirle a esta mujer que ella no era culpable? ¿Cómo explicar a una mujer gravemente herida que ella, también, era sólo un inocente espectador de una catástrofe cósmica tan grande que las cabriolas del hombre y sus más grandes hazañas eran en comparación una solitaria mota de polvo?

—¿Quién es? —preguntó Lucille sin saber qué decir, pero sintiendo la necesidad de decir algo.

Lichty se encogió de hombros.

—No lo sé —dijo.

—Pero debemos hacer algo.

Lichty sacudió la cabeza.

—La esposa de alguien —dijo en voz baja—. Una curiosa que quizá buscara emociones. Vino para presenciar un espectáculo y se quedará para morir.

—¡Morir! —gritó la mujer.

Un golpe de energía la invadió y pudo sentarse con gran esfuerzo. Se apoyó en uno de los hombres de Lichty y miró a Lucille a los ojos.

—Usted hizo esto —gritó—. Usted ha matado…

No acabó.

El último gesto de vida que le quedaba lo utilizó en sentir cólera y odio. Murió aborreciendo a Lucille Roman; su cara mostró el gesto de impotente rabia cuando uno de los hombres de Lichty la volvió de espaldas y la cubrió con su chaqueta. Un descosido de ésta, producido por la multitud, cayó sobre una de sus manos, y los dedos salieron por él débilmente, abriéndose y cerrándose.

Lucille se tapó los ojos y se volvió de espaldas.

Un gemido infantil hirió sus oídos; dejó caer las manos para poder

ver. Los niños, uno en los brazos de cada hombre, intentaban liberarse y correr junto a su madre.

Abatido, porque la ternura no llegaba fácilmente a los obreros de la instalación hidroeléctrica, Lichty se dirigió de nuevo a la nave espacial. Hizo como el que ignoraba los chillidos de los niños mientras sus hombres intentaban calmarlos.

—¿Qué haremos con ellos? —preguntó Lichty.

—Yo me los llevaré —dijo Lucille.

—¿Por qué? ¿Qué hará usted?

Lucille se encogió de hombros. Su boca estaba seca.

—Lo que sea —dijo en voz baja.

—No sea usted…

—Les ayudaré —dijo ella—. ¿Quiénes son?

—Eran los hijos de Jimmy Norberg.

—¿Eran?

—Norberg fue un desgraciado. Cuando dijeron lo de la nova decidió que había ya trabajado bastante. Sacó la pasta del Banco y se fue de borrachera. Al día siguiente se mató de un tiro.

—Dejándola sola —añadió Lucille con voz dura.

Miró a Lichty; después a los gemelos Un niño y una niña, de unos cuatro años. Un niño y una niña con una vida por delante de unos sesenta años.

Un niño y una niña que podían ser los nuevos Adán y Eva y en algún lejano planeta. Una pareja que podrían estar en plena juventud cuando el pasmoso viaje terminara y que podrían ser adiestrados para no padecer los terrores de un vuelo espacial de años en una pequeña nave metálica. Una pareja adiestrada para llevar la civilización nacida en las proximidades del Sol.

—Me los llevaré —dijo con decisión—. Puede ser que en vez de tener en mis manos la causa del fin terrestre, tenga el control de la futura actividad del hombre.

XIV

Los ojos de Jeff Benson se abrieron sorprendidos cuando Lucille Roman llevó los dos niños al apartamiento, dejándolos, con todo cuidado, sobre la ancha cama.

—Están terriblemente cansados —explicó.

Se dejó caer en un cómodo sillón, junto a la cama, y echó la cabeza atrás, mirando el techo.

—Usted también está cansada —dijo él tranquilamente.

—No tanto —saltó.

Se sentó, rígida y estirada, pero Jeff, poniendo las manos con dulzura sobre la frente de ella, hizo que se recostara.

—¿Qué tiene que contarme? —preguntó.

—Parece que le debo mucho —dijo ella.

—Nada.

—Soy libre. ¿Es eso nada?

—Sólo un hecho. Usted nada hizo.

—Yo utilicé el Cohete.

—Bueno. Tampoco hizo nada.

—Puede ser que ello fuera lo que inició todo el asunto.

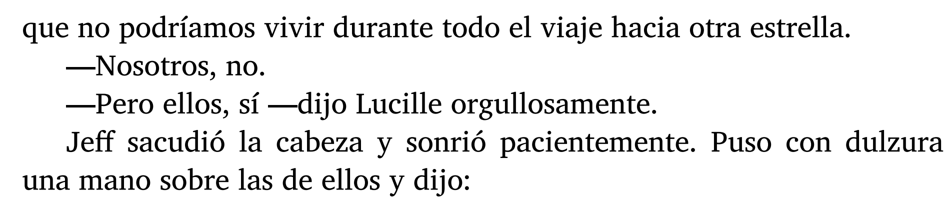
Jeff sacudió la cabeza. Le explicó lo que sabía y la llevó al laboratorio donde le enseñó el tubo que unía al universo con el subespacio.

—Esto es un agujero bien controlado —le dijo con una sonrisa—. No es una simple grieta ni un limpio orificio. Es más que un surtidor o válvula, utilizable a voluntad.

»No, Lucille, la nova fue lo que hizo posible el descubrimiento del chorro, y el chorro no es la causa de la nova. Pero ¿qué es lo que la trae aquí? ¿Qué tiene pensado para estos niños? ¿Qué piensa hacer con ellos?

Lucille alzó la mirada; una mirada llena de esperanzas. Su rostro aparecía macilento, pálido, sin el acostumbrado maquillaje, pero sus ojos eran brillantes.

—No es por mí —dijo suavemente—. Es por ellos. Usted me dijo


que no podríamos vivir durante todo el viaje hacia otra estrella.

—Nosotros, no.

—Pero ellos, sí —dijo Lucille orgullosamente.

Jeff sacudió la cabeza y sonrió pacientemente. Puso con dulzura una mano sobre las de ellos y dijo:

—Tienen una vida por delante. Pero…

—Entonces nosotros podemos llevarlos y cuidar de ellos hasta que sean capaces de aviárselas por sí solos. Cuando muramos, ellos podrán seguir.

Jeff sacudió de nuevo la cabeza.

—No irán —dijo—. Está el asunto de los alimentos. Aunque hubiese algún medio desconocido para enviarlos solos, no habría bastante.

Se quedó pensativo durante un momento.

—Aunque tuviéramos un aparato automático para alimentarlos con regularidad y máquinas para que cuidaran de cada una de sus necesidades físicas, terminarían por sucumbir en su camino a través del espacio.

»Fíjese bien, Lucille, la nave sería la vida para ellos y encontrarían un planeta terrorífico y hostil comparado con las comodidades encerradas en ella. Nunca sobrevivirían solos.

—Tiene que haber alguna forma.

Jeff miró por la boca del tubo.

—Puede que la haya —dijo lentamente—. Pero tengo que encontrarla.

Lucille le miró de nuevo.

—Por ellos, Jeff. ¿Puedo ayudarle?

—¿Usted?

Jeff fue interrumpido por un sordo rugido que venía de la parte trasera del edificio. Era un rugido desconocido para él, pero Lucille se quedó rígida cuando lo oyó y se llevó las manos a la garganta.

—¡La nave! —gritó con voz ahogada.

—¿Lo qué?

—Mi nave espacial. ¡Ese rugido lo producen los chorros!

Jeff se lanzó afuera por la puerta de atrás. El aire estaba caliente, acre y girando aun locamente. Arriba, en el cielo, un pequeño círculo de puntos demasiados brillantes. El diámetro de él disminuía mientras lo observaban.

—Mi nave —gimió Lucille, señalando a lo alto.

Se volvió a Jeff, apenada y miserable.

—¿Es que no puedo hacer nada a derechas? ¿Todo tiene que estar

mal?

Su cuerpo vaciló y Jeff tuvo que sostenerla. Sollozó sobre el hombro de él durante un momento; después se enderezó.

—Ahora —dijo entrecortadamente— no tengo ya nada.

Jeff sonrió comprensivamente, sintiendo lástima por ella.

—Usted puede ayudarme —le dijo.

No se dio cuenta de que estaba pagando con bien a quien le había tratado, en el pasado, tan mal.

Pero Lucille, sí. Reprimió el llanto, tragó saliva y se le vino a las mientes que ella nunca había ofrecido nada en la vida sin pensar en una recompensa de más valor de lo que ofrecía. El recuerdo de los días agotadores, de tensión y miedo se mezcló con la emoción del momento y, una vez más, vaciló y se apoyó en Jeff. Él la sostuvo delicadamente.

—¡Jeff! —exclamó ella con voz ronca.

—Dígamelo mañana —contestó él dulcemente.

La cogió en sus brazos y la llevó adentro.

Jeff volvió a su laboratorio para seguir trabajando, pero con él iba la imagen de Lucille dormida; de su rostro descolorido y de sus ojos cerrados.

Lucille durmió, abarcando con sus brazos a los dos gemelos, en la cama de Jeff.

Charles Horne estaba radiante de alegría por el funcionamiento de los cohetes Roman que, desde hacía horas, impulsaban a la nave después de haber despegado del laboratorio de Jeff. La puso a la velocidad acostumbrada, una vez que estuvo en la estratosfera, sin prestar, en el primer momento, la debida atención al aire que, silbando, se escapaba por los orificios del casco.

Después, al comprobar que esos agujeros debían ser taponados, Horne llevó la nave robada hacia el norte, en Minnesota, donde tenía una cabaña, para pasar los veranos, junto a un lago.

De un almacén cercano que estaba sobre una vía muerta del ferrocarril, Horne hurtó el equipo de una soldadora de acetileno y dedicó un día entero a hacer pruebas hasta que aprendió a soldar, aunque bastante mal, el aluminio.

Cerró la mayoría de los agujeros que pudo ver, y luego remontó la nave a una altura suficiente para que una buena proporción del aire interior quedara expulsado. Después, dejó que la nave se posara sobre el lago y, dando una vuelta por el interior, fue marcando los lugares

donde se veían chorritos de agua que entraban por haber en el interior una presión más baja. Al atardecer del cuarto día era ya un perito soldador y tuvo que dedicar la mayor parte de la tarde en volver a soldar algunos de sus anteriores intentos que resultaron ser puras chapucerías.

En la mañana del quinto día, Horne estaba ya listo para intentar la primera fase del plan. Llevó la nave espacial hacia el norte del Atlántico y, armado con una lista de los barcos que zarpaban indicando fechas, horas y tonelaje, Horne localizó a uno de ellos, de unas cinco mil toneladas, cargado de cereales.

Sin preocuparse por la superestructura del barco, Horne hizo que la nave espacial se pusiera a balancear su cola sobre él hasta que los chorros chamuscaron la pintura de la cubierta, rizó los mástiles de acero y echó a volar la antena de la radio y los vientos, transformados en gotas fundidas. El puente lo convirtió en una ruina incandescente y todo lo construido de madera, en la superestructura, se oscureció e inflamó casi instantáneamente.

Los marineros que estaban sobre la cubierta murieron en seguida, y los que corrieron arriba para ver qué pasaba, se encontraron con un chorro de llama atómica que los eliminó mientras corrían.

Durante una hora hizo que la astronave diera vueltas sobre el barco, bañándolo en radiación atómica hasta que estuvo seguro que todo hombre, incluso bajo cubierta, estaría muerto.

Después, Horne hizo descender la nave hasta hacerla descansar sobre el resto del barco, ajustándola en el hueco de la tostada superestructura. Necesitó horas enteras para amarrar la nave espacial al navío con cables y cadenas que cogió del pañol.

Confiando en la Providencia, Horne puso en marcha los chorros y esperó.

La nave espacial y el barco se movieron. La fina proa quedaba casi sumergida, debido a que la fuerza impulsora estaba situada demasiado alta en relación con el nivel del agua. Horne aumentó la velocidad. Puso en marcha los chorros inferiores, y la proa se elevó ligeramente.

Aumentó aún más la velocidad. El navío corría sobre el agua más rápido que nunca en su vida. Se elevó, hasta rozar sólo la superficie del mar, más tarde sólo las crestas de las olas. Finalmente, Horne hizo que la proa de la nave se dirigiera francamente hacia el cielo.

Goteando, el navío abandonó la superficie del mar y se elevó.

Ganando velocidad, Horne se encaminó directo hacia el espacio abierto. Unas horas después, Horne, liberado de la Tierra, consultaba su mapa sideral. Localizó a Proción fácilmente y se dirigió hacia la

estrella con toda la velocidad que el Cohete Roman era capaz de alcanzar.

La Tierra era un punto perdido en el espacio cuando Horne cortó las amarras para soltar al navío. La velocidad alcanzada estaba muy por encima de la velocidad de escape para apartarse de la Tierra y del Sol. Iría, hora tras hora, día tras día quizás año tras año, surcando el silencioso y negro espacio hacia Proción, la carga conservada por la falta de aire. Cuando lo alcanzara de nuevo, de aquí a unos días o años, el grano estaría en buenas condiciones.

El casco de una sola embarcación cargado con alimentos y demás pertrechos, no era suficiente para un viaje por el vacío hasta encontrar otra estrella, pero muchos, con víveres agua, aire, carne, vegetales, tabaco, licores, telas, juegos, libros, herramientas y medicinas —casco tras casco arrebatados del océano y lanzados al cielo— serían la solución. Algunos se perderían, pero los más podrían ser localizados más tarde con el radar y ser recuperados.

Horne no esperaba conseguir los barcos a intervalos regulares y colocarlos cerca del último que formase la larga caravana, pero una vez que todos ellos fuesen liberados, uno a uno, de la atracción terrestre, tenía pensado unirlos con cadenas cuando navegaran por el espacio. El tirar de ellos después, sería como coser y cantar.

¡Que los hombres siguieran burlándose de la posibilidad de viajar hasta las estrellas!

Horne saltaba de alegría cuando vio cómo el primer vagón de su tren, cargado de suministros, se desvanecía en el cielo. Aminoró la velocidad de la nave con objeto de volver a la Tierra. Hacía falta una rara mezcla de inteligencia y crueldad para sobrevivir. El hombre, en la persona de Charles Horne, era capaz.

El invierno era templado. Los fríos con los que comenzaba el otoño, se redujeron a lo que podría llamarse tiempo fresco. La actividad del Sol, cada vez mayor, conservaba la temperatura por encima de la necesaria para que no helara, aunque el calendario iba ya por el mes de diciembre.

El hemisferio Sur comunicaba que el verano era caluroso.

Cuando el invierno decayó para comenzar la primavera, el termómetro señaló un aumento de temperatura que jamás se había conocido antes.

El Sol tenía un aspecto amenazador. Resultaba insoportable. El uso de gafas ahumadas se hizo necesario. El Sol barrenaba con sus rayos

ardientes desde un cielo colérico. Podía mirarse a través de gruesos cristales o proyectando su imagen sobre la pared o una hoja de papel blanco, haciéndolo pasar por el agujero de un alfiler o por una lente de gran distancia focal.

Entonces, la miríada de manchas solares podía verse y sus puntos opuestos, de gran brillantez, se veían como poseídos de un movimiento de hervidero que recordaba un metal brillante al separarse de la escoria en un horno de fundición.

La aurora boreal se presentaba en la noche deshaciendo las transmisiones inalámbricas, desbaratando todo programa de televisión y obstruyendo con frecuencia el terreno de las ondas durante horas. Los dispositivos magnéticos actuaban caprichosamente, y los compases de los barcos no marcaban en dirección fija en días nublados y noches tormentosas. Sólo con el cielo despejado podían mantener el rumbo.

La gente seguía trabajando, pero sólo lo suficiente para mantenerse con vida. La ambición no existía, el hacer planes para el futuro no tenía razón de ser.

En los últimos días de marzo, Lucille Roman se despertó una noche a causa de su sueño inquieto. Hacía un calor insoportable. Golpes de luces se sucedían constantemente a todo lo ancho del horizonte, antecediendo al murmullo de truenos distantes.

Lucille estaba empapada en sudor. Sintió ganas de fumar. Se levantó despacio para no despertar a los gemelos, fue al cuarto de baño y se duchó. Cuando terminó, fue a la sala de estar buscando un cigarrillo.

Jeff no estaba durmiendo en el sofá del estudio; debía estar trabajando y tendría cigarrillos.

Bajó las escaleras.

Jeff estaba de pie, ante el gran túnel del subespacio, presenciando el funcionamiento de un pequeño betatrón que lanzaba su cono de rayos gamma a la boca del tubo. Estaba absorto y no oyó entrar a Lucille. Esta se dio cuenta de su concentración y cogió un cigarrillo del paquete que había en la mesa. Lo encendió y se sentó sin hacer ruido.

Estuvo observando a Jeff durante más de media hora. Jeff permanecía inmóvil la mayor parte del tiempo, moviéndose sólo cuando algo requería un ajuste o se necesitaba alguna comprobación. Tomó una serie de notas, consultando las últimas páginas del bloc con regularidad.

Lucille supuso, y estaba en lo cierto, que Jeff estaba comprobando por segunda vez un punto importante de sus experimentos

interminables.

En algún lugar situado más allá de aquel túnel. Jeff esperaba encontrar un futuro para la raza humana, un medio de supervivencia para los de su propia especie.

Jeff acabó e interrumpió bruscamente el funcionamiento del equipo.

—¿Ha habido éxito, Jeff? —preguntó Lucille.

Él se volvió. Lucille pudo ver por la postura de sus hombros y la mirada abatida de sus ojos que las nuevas eran malas.

—¿Y bien?

—No puede ser —dijo.

—¿Qué pasa?

Jeff miró una vez más al túnel que estaba ahora en reposo. Sacudió la cabeza.

—Es un universo completamente extraño —le dijo—. Es impenetrable.

—Pero… No comprendo.

Él sonrió con tristeza.

—Cuando se lanza la materia más allá de la barrera divisora, se transforma en energía radiante. La energía radiante que penetra en el subespacio, que es lo que he hecho ahora, emerge en el otro lado en forma de materia con una masa equivalente, pero perdiendo el porcentaje de conversión.

»Podemos penetrar fácilmente en el subespacio, pero cuando estuviéramos en el otro lado seríamos reducidos a pura energía.

Jeff se dejó caer en la silla que había junto a la mesa.

—No es una buena noticia —exclamó—. ¡Estamos perdidos!

Inclinó la cabeza y se quedó mirando fijamente al suelo. Sus ojos aparecían hundidos: su rostro, demacrado. La desesperanza redujo su vitalidad. Durante unos minutos permaneció así, sentado envuelto en una neblina mental. Lo único que se escuchaba en el edificio era su respiración y el ruido que producía Lucille al expulsar el humo del cigarrillo.

Jeff se hundió aún más en sus pensamientos, pero todo resultaba ser un círculo vicioso. El problema estaba en poder atravesar la misma línea que había creado. Seguía sentado, medio dormido y medio hipnotizado. La tensión tan angustiosa le impedía relajar sus miembros.

Lucille apagó el cigarrillo y miró a Jeff. Su frente arrugada denotaba su preocupación.

Antes de que su imperio económico empezara a desmenuzarse,

Lucille había estado demasiado inmersa en su negocios tan complejos como para intentar siquiera comprender a Jeff. Lo poco que pensó sobre él resultó, en resumidas cuentas, el tener un concepto desfavorable de él, porque ella creía que estaba asociado con su enemigo de finanzas, Charles Horne. Ahora sabía algo más pero, inexplicablemente, todo lo que había aprendido sobre Jeff le hacía ser, simplemente, más enigmático que nunca. Se sentía desorientada.

Lucille se había imaginado que ahora, con la mente libre de preocupaciones en cuanto a sus negocios, podría estudiarle y observarle como si fuera un informe corporativo, y llegar a formar un retrato fiel de aquel conjunto de cosas que lo hacía tan difícil de captar. Pero a pesar de conocer sus opiniones y su forma de actuar, permanecía tan ilegible como un libro de sánscrito. Un libro que despertaba en ella una vehemente curiosidad.

Durante toda su vida había sido adiestrada para manejar personas y situaciones difíciles, de tal forma que siempre se sacara de ellas una ventaja, un aumento de su riqueza o de sus propiedades. Ahora ella echaba de menos lo que había perdido más bien porque constituía un símbolo de sus éxitos que por las lujosas comodidades que le habían proporcionado. La simpatía que Jeff le demostraba tenía que agradecérsela más intensamente, porque Jeff no había sido nunca rico y por tanto era incapaz de comprender la amargura de dejar de serlo.

Al pensar en el carácter de Jeff siempre se encontraba con que había errado, con que no le había comprendido. El despiadado pero emocionante juego de obtener dinero, o poder, o placer, no significaba nada para Jeff. Le tenía simplemente sin cuidado. Sin embargo, ella estaba convencida de que estaba lejos de ser un estúpido.

Trabajaba en grandes y misteriosas máquinas de las cuales ella sabía tan poco como él de los intrincados problemas estructurales de las corporaciones y sus enmarañadas correlaciones. Y mientras Lucille había estado, tiempos atrás, orgullosa de su habilidad para el manejo de las matemáticas financieras que realizaba con la rapidez de una maquinaria, Jeff hacía fácilmente juegos malabares con símbolos estrafalarios de las matemáticas puras que estaban, definitivamente, más allá de su capacidad intelectual.

De pronto se dio cuenta de que, le gustara o no, se iba apartando rápidamente de los valores que había siempre conocido. Hacía sólo unos días que miles de personas habían dependido de ella, de su facultad de dar o quitar empleos, prosperidad e incluso con ello, la propia vida, pero ¡qué desconcertante era que se hubiesen vuelto las tornas! Ahora se encontraba con que su misma vida dependía de este

científico, un joven que, por otra parte, había demostrado siempre una irritante falta de respeto por una empresa industrial tan recientemente iniciada.

Se mordió los labios. Lo que pasaba era que… no iba la cosa bien. Sólo con que pudiera conocerle mejor y adivinar sus reacciones podría intentar, con buenas posibilidades, situarlo en el lugar que realmente le correspondía, y, por tanto, al menos parcialmente, salvar su orgullo herido. Pero teniendo a la vista una completa y definitiva destrucción, ¿qué podía hacer ella? ¿Qué *debería* hacer?

Simultáneamente, reconocía que pequeñas chispas de miedo saltaban de su persona socavando su arrogancia y embotando su aguda facultad de razonamiento.

Intentó aplicarse en la tarea que Jeff le había asignado. Una tarea que, estaba segura, podía desarrollarla él con los ojos vendados y en el tiempo que canta un gallo, pero ella, sin embargo, no podía concentrar su atención. ¿Cómo poder hacer nada en estos días angustiosos sino arrastrarse por una viscosa desesperación?

Pero Jeff, sí, seguía trabajando y, a menudo, ensimismado tanto en sus pensamientos que cualquier otra cosa quedaba excluida.

Ella había medio comprendido por qué un hombre puede pensar y trabajar con tal de eludir una muerte casi cierta. Conocía la definición de un ser racional, el que con sólo cinco minutos de vida gasta cuatro en pensar un plan y uno en ejecutarlo. Pero ella, y muchas otras personas, estaba tan paralizada por el miedo que el pensar claramente le era imposible.

Y Jeff trabajaba y trabajaba y cuando se había convencido de que estaba derrotado, seguía allí aún, pensando.

—Jeff —dijo—, ¿qué clase de hombre es usted?

—¿Yo? —preguntó con torcida sonrisa—. Pues en este momento un fracasado.

—Pero…

—Esto se ha acabado —le dijo—. Es el fin. No podemos atravesar el velo e ir al subespacio. Es una respuesta contundente.

Se echó hacia atrás y quedóse mirando al techo.

—¡Pobres chiquillos! —dijo en un suspiro.

Se frotó los ojos con el dorso de la mano y se levantó.

—¡Uff! —dijo con aire de completo abatimiento.

—¡Oh, Jeff! —gritó Lucille.

Le agarró por los hombros y lo atrajo hacia sí. Él, medio sentado en la mesa, quedó junto a ella. Lucille acunó la cabeza de Jeff en sus brazos y la apretó contra su pecho. Se balanceó, meciéndolo

dulcemente susurrándole un murmullo consolador con voz suave y lenta.

Jeff se zafó en seguida.

—¿Por qué seguir intentándolo? —preguntó entre dientes.

Lucille puso una mano en la mejilla de Jeff.

—Siempre hay esperanza —dijo suavemente.

Jeff sacudió la cabeza.

—¿Qué más podemos hacer?

De pronto se dirigió a la enorme celosía en la que comenzaba la ventana al subespacio.

—También podemos abrir esto —dijo—. Sería todo tan rápido que el sistema nervioso no tendría tiempo de registrar nada. Seríamos liberados instantáneamente de esta angustia interminable y…

—¡Jeff, no!

—¡Oh!, no lo haré —dijo resignadamente—. Pero no hay nada por lo que valga la pena vivir.

Dio un profundo suspiro, sacudió la cabeza como para desprenderse del abatimiento y quedó en pie, firme.

—A trabajar de nuevo —dijo con un tono de falsa decisión.

—Eso es lo que hay que hacer, aunque la nova nos sorprenda manejando los mandos y tomando nota de las mediciones.

—¿Qué estudiar ahora? —preguntó Lucille.

Incapaz de sugerir nada, hacía preguntas sólo con la esperanza de encauzar sus pensamientos hacia caminos menos peligrosos que la contemplación del fracaso.

—Intentarlo otra vez, me imagino —dijo Jeff.

Volvió con sus instrumentos.

XV

Charles Horne se hallaba sentado en la cabina de la nave sumando su botín. Tantas toneladas de esto, tantos miles de litros de aquello, tantos millones de metros cúbicos de lo otro. Tenía frente a él un libro bastante grueso; resultaba extraño que se encontrara allí.

Era un enorme catálogo para hacer compras por Correos. En las manos de Horne resultaba un libro original, pero eminentemente práctico para sus fines. Entre las tapas de la encuadernación figuraba un diccionario completo de todos los artículos imaginables que pudiera necesitar el hombre.

Horne estaba seguro de que pronto dejaría la Tierra para siempre. Alguna cosa que olvidara antes de partir, estaría perdida para siempre, sin esperanza de ser adquirida jamás, a menos que ideara un sucedáneo adecuado, a bordo de la nave o en aquel distante y desconocido planeta.

Horne había dedicado horas enteras a escudriñar el catálogo y confeccionar una lista de artículos. En particular aquellos de gran importancia para su confort que eran fáciles de olvidar porque, desde su nacimiento, lo había dado por descontado.

Había contado con muchas horas vacías en las que dedicarse a pensar y a reflexionar, porque pilotar una nave espacial no es como conducir un automóvil, ni siquiera como gobernar un gigantesco avión intercontinental de propulsión a chorro.

Un coche requiere una continua rectificación de volante; en cuanto al avión de pasajeros, aunque pueda ser dirigido por el piloto automático durante bastante tiempo, los reajustes son necesarios. La Comisión de Tráfico Aéreo acordó reglamentar que durante todo el tiempo de vuelo tenía que haber tres personas responsables, al menos, vigilando la marcha del aparato.

Una nave espacial, sin embargo, requiere poca o ninguna vigilancia durante días enteros debido a la naturaleza del medio por la que se viaja.

La Nave Roman había sido equipada con la maquinaria automática

más sensible. Era necesario conducirla sólo en los despegues, en los aterrizajes y en las maniobras en el lugar de destino.

Para hacer un viaje de setenta y cinco millones de kilómetros, por ejemplo, el piloto debe manejar los mandos personalmente al iniciar el vuelo; después colocar la nave en el rumbo requerido y con una aceleración constante. Hecho esto se puede retirar hasta haber recorrido la mitad de la distancia, en cuyo momento debe maniobrar la nave para que se sitúe en sentido inverso al de la marcha, e, inmediatamente, aplicar la misma fuerza de propulsión.

Esto produce un descenso en la aceleración, de forma que al final del recorrido la velocidad de la nave es igual a cero, como en el punto de origen.

Esto, desde luego, es pura teoría, pero la diferencia es tan pequeña que con un par de horas de trabajo en la cabina de mando, se llega al punto deseado.

Por eso, en los intervalos existentes entre las tareas de apoderarse de un barco y la de colocarlo en su órbita, Horne tenía suficiente tiempo para preparar sus planes. Cuando dejaba al barco y volvía a la Tierra, contaba todavía con más tiempo para sus cavilaciones.

Estaba todo bien planeado, pero que muy bien. Sólo echaba de menos la aclaración de ciertos detalles intrincados que podrían ser resueltos por Jeff Benson, al que le gustaba tanto hacer cálculos. Esas pequeñas operaciones, unos cuantos instrumentos sencillos, suministrados también por Benson, y… otra cosa.

Un factor más.

Él era un dueño sin criados, un pobre emperador sin súbditos, un hombre sin su pareja.

Era absurdo ir solo a Proción. No habría interés entonces en el futuro, ni para Horne ni para la raza humana. No era que a Horne le importara mucho el bienestar de sus semejantes, pero el resultado final era el mismo.

Habría muchas mujeres dispuestas a ir con Horne. Un solo anuncio en el periódico le daría la oportunidad de poder hacer una selección, prácticamente, entre todas las mujeres de su nivel social un tanto escogido. Podría elegir la que quisiera o, si lo deseaba, llevarse todo un harén.

Como de costumbre, Horne quería lo inalcanzable. Como le pasaría a cualquier otro hombre que pudiera escoger su compañero con sólo una señal de su mano, Horne deseaba la única mujer a quien nunca había podido atrapar.

Lucille Roman tenía coraje, belleza e inteligencia. Todas estas eran

cualidades admirables para ser esposa y madre. Horne no se imaginaba a Lucille Roman como nada de eso, sino como a una criatura a la que conquistar, una voluntad que doblegar. Quería escuchar de esta mujer, que había siempre actuado con aire de superioridad, reconocer que él era quien mandaba.

Horne podía obtener de las mujeres que se prestaran a ese viaje honor, amor y cariño: todo gratuitamente, sin conquista previa.

Y él prefería la conquista.

También quería el poderoso cohete que Benson había estado utilizando como ventana del subespacio. A causa de que eran millones de toneladas lo que representaban los barcos robados que viajaban a velocidades desiguales, Horne necesitaba al gigantesco cohete para conducirlos, una vez que fueran agrupados y atados unos a otros.

Los ocho chorros de la nave espacial eran capaces de generar una velocidad de escape con una carga de once mil toneladas.

Los millones de éstas, en mercancías robadas, estaban más allá de la velocidad de escape del sistema solar de manera que, si ataba los barcos y utilizaba la nave espacial, podría aún provocar una aceleración.

Pero la cantidad de aceleración en el espacio libre está en función de la fuerza aplicada, luego también está en función a la masa a la cual se aplica. Una piedra pesada cae a la misma velocidad que otra, de peso ligero, sobre la superficie de la Tierra porque la atracción es proporcional a las masas. Cuando ésta aumenta, requiriendo más fuerza para ponerle en movimiento, se aumenta por ello la fuerza de atracción.

Pero en el espacio libre, un incremento de la masa, siendo constante la fuerza del cohete, provocaría un descenso proporcional en la aceleración.

El poderoso chorro del laboratorio de Jeff Benson, producía él solo la fuerza de los ocho cohetes, más pequeños, de la Nave Roman. Con el cohete de Benson para conducir las incontables toneladas de los barcos, la aceleración podía ser elevada a un nivel suficiente.

Benson podría proporcionar ese chorro y, además, los cálculos necesarios para el viaje a Proción.

Y —pensó Horne con una furtiva sonrisa— podía recoger a Benson, al cohete y a Lucille de un solo golpe. Cuando estuvieran ya en camino con todos los cálculos hechos y los instrumentos en marcha, se desprendería de Jeff Benson. Después, sin la intervención de éste, Charles Horne reanudaría la tarea de romper la resistencia de Lucille.

¡De manera que ella podía utilizar sus armas femeninas contra él,

birlarle su fábrica de aluminio! ¡Horne se vengaría utilizando las armas de un hombre y la fuerza necesaria para conquistarla!

Horne lo había fraguado todo muy bien. Había cometido algunos errores, pero el resultado, en general, era bastante bueno.

Lo que importaba era que aunque había sufrido errores no había provocado ningún desastre. Sólo había retrasado sus planes un poco, y otro poco de cavilación los había rectificado.

Charles Horne aterrizó en el espacio descubierto que había detrás del laboratorio de Jeff Benson. Estaba plenamente convencido de que podía enfrentarse con Benson, de sostener una conversación sobre lo que quisiera.

Abrió la puerta descaradamente y entró sonriendo con altanería.

—¡Se os saluda, muchachos! —dijo.

—¡Horne!

—¡Pero…!

—El mismo —dijo Horne sonriendo.

—¿Dónde ha estado? —preguntó Jeff.

—Haciendo planes —contestó Horne—. He venido por ustedes.

—¿Usted ha venido a qué? —preguntó Jeff.

—He venido por ustedes.

Lucille echó una mirada a su alrededor y cogió una lima grande de media caña. Unas semanas antes hubiera reaccionado como cualquier otra persona no familiarizada con las herramientas. Habría escogido un martillo o alguna otra arma contundente. Ahora ya había visto trabajar a Jeff y sabía cómo debía manejarse una lima. Un martillo podía servir como cachiporra, pero una lima basta de treinta y cinco centímetros de larga constituye un arma terrible.

—¿Por qué? —preguntó ella secamente.

Horne la miró.

—También he venido a disculparme —dijo suavemente—. Usted no me habría prestado su cohete…

—Está usted en lo cierto —le disparó Lucille.

—Pero me era completamente necesario. Usted no habría confiado en mí aunque se lo hubiera pedido con toda mi buena fe.

—Imposible.

—¿Cómo?

—Es realmente imposible que pueda usted tener buenas intenciones, ni siquiera un sucedáneo de ellas.

—Eso me da la razón —sonrió Horne.

—¿Sí?

Horne miró a Jeff.

—Cría fama y échate a dormir. Yo la tengo mala; por eso la única forma en que puedo enmendarme es hacer lo que tenga que hacer por la fuerza y, después, volver para demostrar que soy bueno, a pesar de todo.

Lucille levantó la lima.

—¿Qué es lo que ha planeado su sucio y pobre intelecto?

—Iremos a Proción.

Lucille se echó a reír cáusticamente.

—¡Imposible! —dijo Jeff.

—¿Lo ven ustedes? —dijo Horne alzando las cejas—. Aunque les hubiera explicado antes mi plan de fuerza, no lo habrían tomado en serio.

—Vayamos al asunto —dijo Lucille.

—Simplemente atravesaremos el espacio —dijo Horne.

—¡Pero eso es prácticamente imposible!

—Pues no —dijo Horne—. El plan dará resultado. Tengo ya los suministros en camino. Lo que ahora necesito para conducirlos es su chorro gigante, Jeff.

—Pero ¡si no es un chorro! —objetó Jeff—. Lo he estado utilizando para hacer investigaciones sobre el subespacio.

Horne sonrió.

—¿No tiene el mismo fundamento que un cohete?

—En principio sí, pero… lo malo es que resulta demasiado grande… —La voz de Jeff se fue debilitando a medida que se sumía en pensamientos.

—Mire —dijo Horne—. Durante meses he estado elevando barcos del océano y lanzándolos al espacio. Los he puesto en camino a velocidades varias, de forma que se reunirán, más o menos, en un punto situado a unos millones de kilómetros más allá de Pluto y, aproximadamente, en un par de semanas.

—… Puede ser una buena idea —murmuró Jeff, todavía ensimismado en sus pensamientos.

Lucille dio una patada en el suelo.

—¡Jeff! ¡No le crea!

—Desapruebo la violencia —dijo Horne excusándose—, pero me he visto obligado a utilizarla. Si hubiera habido otros medios los hubiera utilizado. De todas formas, lo que importa es que con los millones de toneladas de alimentos que he conseguido y que he colocado en el espacio, que sólo esperan que los utilicemos, podemos intentar el viaje aunque éste nos lleve más tiempo del previsto.

—… el cohete grande podía ser la solución —murmuraba Jeff.

Se acercó a la celosía del tubo y puso el mecanismo en marcha. Mientras se calentaba, Jeff fue al armario donde guardaba sus instrumentos y sacó un par para servirse de ellos. Miró por el ocular de uno y garrapateó algunos cálculos en una hoja de bloc.

—Eso es, ¡perfecto!

Su voz se fue apagándose de nuevo mientras resolvía una ecuación.

Lucille le miró y frunció las cejas.

Horne continuaba hablando.

—Podemos remolcar el chorro gigante por el espacio, agrupar los barcos cuando se unan en aquel punto, recoger a los que se hayan escapado, por mi poca habilidad para la navegación espacial, para la astronáutica, ¿no es así?, y, cuando los hayamos atado unos con otros, conducirlos por medio de este enorme cohete.

—… una idea que no se me había ocurrido… —susurraba Jeff mientras utilizaba la regla de cálculo.

—¡Jeff, no confíe en Horne!

—No es momento para pequeñas rencillas —le dijo Horne a Lucille.

—¡Ah!, ¿no?

—No.

—Me parece que si vamos a ir como sardinas en lata durante media vida, deberíamos poder escoger una compañía con la que congeniáramos.

—Todos somos socios en este asunto —dijo Horne tranquilamente —. Yo porque lo planeé, e hice mi parte; Jeff, por su habilidad técnica, que nos será precisa para ponernos en el curso debido, y usted también tiene, como nosotros, una gran parte en la empresa por haber fabricado el primer cohete capaz de realizar semejante proeza.

—… no necesita modificar alguna —murmuró Jeff finalmente.

Lucille miró a Jeff una vez más. Movió de nuevo la cabeza. Horne era una persona cruel y egoísta. Tenía la habilidad de llevar a una víctima a la bancarrota y dejarla, con su charla, convencida de que era todavía un buen amigo. Era un hombre en el que se podía confiar tanto, por su ética y su moral, como en una serpiente de cascabel.

Ella estaba en un aprieto. Conociendo a Horne, como le conocía, no le remordería la conciencia si le golpeaba la cabeza con la lima que tenía en su mano y lo dejaba abandonado en una tierra condenada a morir, mientras que ella y Jeff se dirigían en busca de un futuro. Desde luego, Horne no tenía intenciones de continuar ese plan, al estilo de Noel Cowardish, de ir los tres cruzando el vacío para comenzar una nueva civilización en un distante planeta.

La cuestión era, se dijo resumiendo, si podría matar a Horne antes de que éste matara a Jeff.

Pero no podía advertir a Jeff. Permanecía allí sumido en sus pensamientos, haciendo deslizar la corredora de la regla de cálculo y haciendo patas de moscas en la hoja de papel. Era el momento de olvidar las matemáticas y aplicar los conocimientos de la naturaleza humana, que ella tenía por haberlo heredado y por su experiencia.

Sin embargo, si intentaba convencer a Jeff de la falsedad de Horne, seguramente provocaría una larga discusión de cómo podía realizarse el viaje. Su papel, por tanto, consistiría en vigilar a Horne para que no asesinara a Jeff y poder ver que Jeff, y no Horne, era el varón superviviente de aquel viaje interestelar.

Porque si ella iba a hacer frente a un futuro con uno de los dos, sería con Jeff Benson y no con Charles Horne.

Horne dijo:

—Con una aceleración constante se necesitarán doscientos sesenta días para alcanzar una velocidad equivalente a las tres cuartas partes de la velocidad de la luz. Quizá contemos con bastante energía para ir más de prisa, pero eso tiene que ser confirmado por Benson.

—Hay planetas alrededor de Proción. Debemos confiar en la hipótesis de Moranthern, que sostiene que la mayoría de las estrellas tienen planetas y que las familias compuestas por éstos, deben tener las mismas características del sistema solar.

Jeff alzó la vista, sumergido aún en profundas cavilaciones.

—Seré capaz de hacerlo —dijo abstraído—. El chorro grande lo hará tal como está ahora.

Horne parpadeó.

—¿No es necesario cambiar nada? —preguntó escuetamente.

—Nada —dijo Jeff—. Estoy seguro de que la velocidad del chorro a plena marcha será lo suficientemente alta para lanzar los productos de la combustión solar lejos y más lejos aún hasta conseguir una regularidad relativa.

Se volvió a la mesa de trabajo y tomó el pequeño modelo del Cohete Roman que había utilizado en sus investigaciones. Puso en marcha bruscamente el equipo y miró por la boca del cilindro.

—Es cierto —dijo—. ¡Y pensar que no se me había ocurrido antes!

—Ya es demasiado tarde —rugió Horne.

—¡Eh!

—Todo lo que quería saber era si su enorme cohete podía hacer el trabajo —dijo Horne—. Nada más que eso.

Deslizó su mano en el bolsillo lateral de su chaqueta y la sacó

sosteniendo una chata y azulada pistola automática.

Ayudándose con la mano izquierda la montó.

Lucille dio un grito y se abalanzó con la lima en alto. Horne se volvió gruñendo. La pistola se alzó hasta casi apuntar a la muchacha, pero Horne no quería dañar a Lucille. Una pareja muerta o lisiada no encajaba en la idea que tenía de lo que debía de ser una compañera para un viaje de un montón de años por el espacio.

La lima de Lucille describió un ancho y decidido arco. Horne, con el dorso de la mano, golpeó la cara de Lucille, haciéndola perder el equilibrio, y esquivó la lima. Después bloqueó a Lucille con el hombro y le dio un empujón para echarla a un lado violentamente.

Ella cayó al suelo, despedida, como si fuera un saco.

Horne lanzó una corta sonrisa mientras levantaba su automática hasta apuntar en dirección a Jeff.

Hubo un seco estampido seguido de un grito estridente. La habitación se iluminó con una luz intolerable, que los cegó, cuando el cohete en miniatura de Jeff lanzó, como un rayo, una lanceta de pura energía de tres metros de larga que abrió un agujero de tres centímetros de ancho en el pecho de Horne.

Horne había muerto instantáneamente a causa del haz de rayos gamma procedente del cohete, antes de que la energía recorriera la distancia que lo separaba de Benson.

No se le vio caer.

—¡Jeff! ¡Mis ojos!

—No les pasará nada.

—Pero Horne…

Jeff dio un bufido.

—No necesita ojos —dijo—. ¿No huele?

XVI

—Pero ¡si yo creía que estaba creyendo lo que él decía!

—¿Por qué iba yo a hacer semejante cosa?

—Parecía como si lo hiciera.

—Estuve a punto de confiar en él, pero hubo un par de cosas que no encajaban.

—¿Por ejemplo?

Jeff sonrió.

—Su primer error fue intentar engañarnos con aquella estúpida historia que publicaron los periódicos y que extrajeron de la Universal. No hacía más que insistir que parecía escrita por él. Jerry, por otro lado, me aseguraba que aunque Horne era poderoso en las finanzas, no habría durado, sin embargo, dos minutos como periodista. El *Herald*, que como otros diarios pagaba a la Universal una franquicia por sus servicios, estaba enojado y alerta: recibieron la historia que el hombre de paja de Horne, haciéndose pasar por un nuevo empleado, puso en las ondas. El *Herald* descubrió aquello en la investigación que llevó a cabo. En cuanto a mí, me preocupaba aquel anónimo «grupo de eminentes científicos» que consideraron al Cohete Roman como responsable de la nova. Ya por aquel entonces había yo acumulado demostraciones que probaban la falsedad de aquella teoría. ¿Quién era el que inventó aquel desconocido «vocero» que sirvió como trampolín para el ataque a Roman y que fue el arma culpable de la trágica muerte del profesor Phelps?

—Horne olvidó que yo mismo conocía unos cuantos científicos y que podría hacer algunas indagaciones por mi cuenta.

—El otro error fue pretender que aquella historia fuera captada por el *Blade*, y similares periódicos sensacionalistas, que saltaron ante aquella explosiva y extraordinaria presa y que eran expertos en retorcidos temas propios de libelos.

—Los amigos de Jerry en el *Herald* y yo, aunque trabajando de forma independiente y en campos muy distintos, llegamos a la misma conclusión casi en el mismo tiempo. El hombre que estaba detrás de

todo aquel asunto. —Jeff se dirigió hacia el cuerpo de Horne que estaba ya cubierto con un paño— yace ahí.

—¿Por qué lo hizo?

Jeff se encogió de hombros.

—Supongo que esperaba apoderarse del cohete después de aquel tumulto en los Laboratorios. Cuando usted escapó, Horne denunció a las autoridades que yo estaba trabajando en el mismo asunto.

—De nuevo pregunto: ¿por qué?

Jeff buscó a tientas un cigarrillo y, cuando el fósforo se encendió, dio un profundo suspiro de alivio.

—Puedo ver la llama —murmuró—. Otra media hora o cosa así y podremos ponernos a trabajar.

Se volvió a Lucille.

—Horne quería apoderase del cohete. Él sabía que mientras usted no fuera libre para volver a la civilización, se ocultaría en alguna parte. También sabía que yo diría la verdad y convencería a las autoridades de lo que demostraban mis investigaciones. El profesor Logan tuvo al F.B.I. siguiendo las huellas de aquella denuncia. Descubrieron que la pista conducía a Horne.

—Pero ¿por qué no hicieron nada?

Jeff sonrió.

—Usted no puede meter a un hombre en la cárcel por decir la verdad. Yo estaba, en realidad, jugueteando con la energía solar.

—Pero usted parecía estar convencido de que Horne…

—¿Lo parecía? Lo siento. Sólo estaba pensando en voz alta. Horne me dio una gran idea, pero me temo que no puse mucha atención a lo que decía.

—Sin embargo, usted estaba preparado con el pequeño cohete —dijo Lucille.

Parpadeó y se quedó mirándole fijamente con ojos extraviados.

—Muévase —dijo—. Todo lo que puedo ver es una raya brillante de un par de metros sobre un fondo de color indefinible.

Jeff se movió.

—Gracias. También se me va pasando.

Jeff asintió.

—Horne era demasiado locuaz. Olvidó que la naturaleza tiene una tendencia a ser bestial a veces. Vea, Lucille, la naturaleza puede permitir, con facilidad, que un par de mujeres compartan un mismo hombre, pero lo contrario no.

—Con bastante frecuencia he visto que la más firme amistad entre dos muchachos que conviven en la misma habitación de un colegio, se

transforma en odio, cuando son adultos, por querer a la misma mujer. Si Horne era honrado en su proposición, habría previsto ya una horca para mí o para… él mismo.

Lucille miró al suelo y lanzó un grito.

—¡Oh! ¡Pensar que la primera cosa que vea, cuando pueda ver algo, será a Horne!

—Podemos culparle de ser la causa de un montón de complicaciones, pero también es el autor de una pequeña, pero muy oportuna ayuda.

—¿Ve bien, ahora?

—Mucho mejor. Lo suficiente para navegar por el espacio.

—Vamos entonces. Tenemos mucho trabajo.

—¿Cuál será mi tarea?

Jeff sonrió.

—Hacer las maletas. ¡Y ahora mismo!

Cuando se fue, Jeff se puso a trabajar en el equipo que proporcionaba la fuerza al gran cohete. Trabajó sobre unos cables que tenían que reemplazar ciertas conexiones improvisadas, y después unió algunos circuitos, fijados sobre tableros, a un panel metálico. Lo comprobó todo.

Empaquetó varias cajas y ató algunas de ellas juntas, para transportarlas fácilmente, con un fleje de acero. Cuando Lucille volvió con una maleta de mano y con los gemelos, Jeff estaba ya esperando.

—Usted nos es muy necesaria —le dijo Jeff sonriendo—. Yo no sé cómo se maneja el cohete.

—Gracias, aunque Horne lo hizo.

—Horne tuvo tiempo para deducirlo y, además, tuvo que hacerlo por necesidad. Ahora tenemos chófer y yo estaré muy ocupado.

Miró a Janey y a Jimmy.

—Métalos en la nave —dijo.

—Naturalmente. No podemos dejarlos aquí.

Jeff acarició la cabeza de Jimmy.

—Vamos, Jimmy —le dijo al niño—. Vamos a hacer una pequeña excursión.

—¿A ver a mamá?

—Vamos a ver una nueva estrella —dijo Lucille.

Jeff sacudió la cabeza.

—A un nuevo sol —dijo.

Lucille le sacó la lengua.

—¡Vamos! —le dijo—. ¡Hable con propiedad!

Jeff permaneció en la cabina abierta de la nave indicando a Lucille

por el teléfono la dirección a seguir mientras ella hacía que el cohete se elevara cuidadosamente sobre los chorros. La nave ascendió y aterrizó suavemente sobre el techo del laboratorio. Las llamas quemaron el alquitrán y la grava del tejado produciendo un humo hediondo y sofocante. Jeff se ató un pañuelo mojado a la cara y se dejó caer al tejado, convertido en brasa Cogió una piqueta y abrió una serie de agujeros a través de la techumbre. De vez en cuando se asomaba por las aberturas para asegurarse de que iban cercando la posición del gran cohete.

Echó una porción de cables que había encontrado en la nave. Los mismos que había utilizado Horne para arrebatar los barcos cargados.

Jeff bajó y estuvo saltando, por entre las vigas que sostenían el techo, y amarrando los cables.

A una señal suya, Lucille elevó la nave. El tejado se desprendió con un terrible crujido. El polvo y los cascotes cayeron sobre el laboratorio. Una viga, al caer, cortó los cables eléctricos produciendo un arco de luz chisporroteante hasta fundir los plomos.

La nave descendió de nuevo al terreno descubierto y Jeff desató los cables. Una vez más volvieron a estar sobre el laboratorio e hicieron que la nave perdiera altura hasta encajar en el hueco.

La nave quedó así suspendida a unos metros del monstruoso chorro.

De nuevo Jeff entró en el laboratorio y ató los cables fuertemente al cohete para que quedara colocado junto a la nave y mirando hacia abajo.

El equipo para su control fue izado a la cabina de la nave espacial con ayuda de la pequeña grúa que antes, cuando el laboratorio de Jeff era un garaje, se utilizaba para el traslado de los motores de automóviles.

Jeff echó una última mirada, cogió uno o dos instrumentos.

—¡Arriba! —ordenó.

Los chorros lanzaron unas llamaradas que, al chocar contra el piso, se extendieron. Los extremos de las lenguas de energía lamieron mesas y sillas, el banco de trabajo y todos los demás equipos antes de que el cohete se elevara con su carga.

Cuando estuvieron a una altura de mil metros, el laboratorio de Jeff moría como un rugiente holocausto.

Jeff pellizcó la barbilla de Janey.

—Ya hemos salido —le dijo—. Abramos una lata de habichuelas y actuemos como si estuviéramos en casa.

—¿Vamos a comer?

Era Jimmy gozando por anticipado de su pasatiempo favorito.

—¡Uh, uh! —se burló Jeff—. Comer mucho va a ser un poco difícil, pero no hay otro remedio No teníamos a nadie con quien dejarte.

Lucille saltó en seguida.

—¡Jeff!

—¿Eh?

—¿Cómo íbamos a dejarlo yendo nosotros a Proción?

Jeff la miró asombrado.

—No vamos a Proción.

—¿Que no vamos a…?

—¡Cáscaras! —dijo Jeff chasqueando los dedos—. He olvidado explicarle lo que se me ocurrió cuando usted estaba tan preocupada con Horne. Fue una idea genial.

—Siga —dijo Lucille impaciente—. Si no vamos a Proción, ¿adónde, entonces?

—Pues sólo… afuera —dijo Jeff soltando una risita.

—¡Pero usted dijo algo sobre otro Sol!

—Sí, lo dije.

—Pero…

—Vamos a creerlo —dijo Jeff con grandilocuencia.

Lucille se sentó y miró a Jeff llena de asombro y de dudas.

Jeff asintió.

—Ha estado ante mis narices desde que Lasson, Jerry Woods y yo estuvimos hablando sobre la teoría de una nova hace ya meses. Justamente aquí —dijo pasando una mano por delante de la cara—. Y estaba tan ciego que no lo veía.

»¿Recuerda la teoría de una nova? El subespacio se malea a causa del exceso de energía lanzado en sus entrañas por la reacción nuclear del Sol. Una nova surge cuando el subespacio estalla, en igual forma que lo hace un balón cuando se llena demasiado.

»La energía retorna, pues, en seguida, y mezclándose con la del Sol hace aumentar la temperatura y presión de la actividad nuclear a un grado de explosión. Es algo así como la oxidación en química.

»Mire: un buen trozo de leña se oxida lentamente a la temperatura ambiente. Necesita años. En una chimenea, a una temperatura media, el leño arde rápidamente. Tírelo a una tina de acero fundido y hará ¡puff!

—Al grano, al grano.

—Es una explicación larga, pero tendré tiempo de detallarla porque tenemos que hacer todavía un largo viaje.

—Pero mi paciencia no es tan grande como para eso, y usted lo

sabe…

—Muy bien. ¿Qué es lo que se hace para evitar que las calderas estallen?

—Equiparlas con una válvula de seguridad.

—Correcto.

—¿Y el chorro gigante actuará de válvula salvadora?

Jeff asintió.

—Podemos hacer desaguar el exceso de energía en un lugar del espacio donde no influya sobre el Sol —y añadió con una sonrisa— ni sobre los planetas de éste.

—Hemos llegado —dijo Jeff mirando por la pantalla del radar.

—¿Ya? —preguntó Lucille.

—El tesoro del pirata Horne está a nuestro alcance.

—Jeff, usted me desespera —dijo Lucille—. Hace dos semanas me dijo que no íbamos a Proción. Si no vamos a atravesar el espacio interestelar, ¿para qué necesitamos unos cuantos millones de toneladas de víveres?

Con las manos en las caderas se encaró con Jeff.

—Después de pilotar la nave hasta este lugar, empieza a interesarse por el botín. Dígame exactamente qué vamos a hacer y… cuándo voy a comprender de una vez su forma de pensar.

—Estudie física práctica —dijo él sonriendo—. ¿Tiene usted alguna idea de adónde iría ese chorro si lo pongo en marcha con toda la energía de un Sol tras él?

—Lejos y a una endiablada velocidad —dijo Lucille—. Pero ¿es eso algún inconveniente?

—Pues lo es. En el subespacio hay islas de energía apiñadas alrededor de las depresiones de cada Sol. Si este cohete se aproximase a uno de ellos, la energía propia del Sol que le cayese en suerte empezaría a elevarse como en el nuestro. Pretendo que esta pequeña válvula de seguridad permanezca en forma de Sol. Para ello necesito las grandes masas de aquella chatarra para retener, como un ancla, al cohete.

—Muy bien, pero se mueve.

—Exacto, señorita Galileo. Y seguirá moviéndose. Pero, si la masa es bastante, puedo hacer que se mueva en círculos colocando el chorro en un lado. Entonces todo permanecerá en los alrededores.

Se necesitaron varios días para reunir los barcos. Horne había hecho un buen trabajo al enviar los últimos a mayor velocidad que los primeros en dirección a Proción. Sus masas habían producido una diminuta atracción entre sí que había servido para mantenerlos juntos.

Aquello había ayudado un tanto, y una vez que el desbocado grupo de barcos, semi destrozados, habían sido unidos con cables y cadenas, utilizando la nave espacial como remolcador y máquina auxiliar, Jeff estaba listo.

Mediante mandos a distancia abrió el chorro.

Relampagueó y, en seguida, una lengua cilíndrica de energía radiante surgió de las fauces del monstruo. Empezó a moverse, con aparente lentitud, queriendo zafarse de los barcos encadenados, pero Jeff y Lucille, que lo observaban, sabían que era impulsado con una velocidad muy cercana a la de la luz.

Durante minutos se fue alejando, siempre en línea recta.

Después comenzó a dar la vuelta, y la lengua de fuego fue tomando la forma de una hoz, como si se dispusiera a segar una cosecha del espacio. El extremo final de la lengua se deshacía extendiendo una nube de gases fríos que tomaba todos los colores del espectro para después desvanecerse.

La punta de lanza, de gran brillantez, describió un enorme arco, asemejándose a un cometa en su majestuoso vuelo.

Pero ese cometa no había sido visto nunca antes.

Hería la vista verle recorrer la curva en el cielo.

Parecía moverse lentamente, pero aquello era una ilusión óptica debido a la gran distancia.

La cabeza del arco dibujó un círculo completo y cortó su propia cola.

La luz estalló en el centro mismo de ella, y la cola se infló. Inmediatamente, de su interior, surgieron veloces rayos de energía pura. Como una coliflor de brillo irresistible que creciera velozmente, el espacio se vio roto en el punto donde el cohete había cortado su camino, y la energía contenida y presionada de aquel sol, salió rugiendo por aquella grieta.

—¡Lo hemos conseguido! —aulló Jeff.

—¿Qué? —gritó Lucille.

—¡Conseguido! Espero que podamos huir de esa explosión. El cohete dio la vuelta y su chorro llameaba en el cielo.

—Pero ¿qué es?

—Creo que al cortar su cola se rompieron las barreras y quedó abierto un orificio. Algo así como si estallase una bomba de aspiración por la presión excesiva del tanque.

—Pero ¿cómo sucedió?

—Soy un novato haciendo soles. El tiempo nos lo dirá. Puede ser que dentro de unos años eso que acabamos de hacer estallar se

expansione hasta llegar a ser lo suficientemente grande como para convertir al Sol en una doble estrella.

—Pero ¿y la nova?

—Se acabó. Está kaput. Podemos volver a casa y aterrizar.

Jeff se quedó pensativo.

—¿Sabe? Me pregunto si todas las estrellas dobles del universo han sido creadas por seres inteligentes que descubrieron el secreto del subespacio.

—Eso no tiene importancia —dijo Lucille—. Esto es mucho más meritorio.

—¿Lo qué?

—¿No se da cuenta? Usted acaba de impedir que el Sol se transforme en nova y, con ello, ha salvado la Tierra.

—¡Oh, sí! Me alegro. —Jeff sonrió—. Ahora podemos volver y reanudar nuestras vidas sin tener la preocupación de que el Sol puede estallar ante nuestras narices.

—Esa es una buena idea. ¿Y los pobres que han lanzado todo por la borda porque creían que no existía un futuro?

—Usted, por ejemplo. Pues a crear otro imperio económico.

Lucille sacudió la cabeza.

—Ya he demostrado que puedo hacerlo —dijo tranquilamente—. Tengo un problema más interesante en este momento.

—¿Cuál?

—Tengo que ver si crear una familia es más difícil que dirigir una sociedad.

—Una familia —dijo Jeff riendo y mirando a los gemelos—. Tenemos un par de críos que cuidar, ¿no es verdad?

Lucille inclinó la cabeza hacia Jeff.

—Haz de mí una verdadera mujer, Jeff —dijo riendo suavemente —. Me gustaría empezar con una familia de tres personas.

Jeff miró por la ventanilla a la esfera de luz centelleante y a la varilla de energía. Después al otro Sol. Este parecía ya estar algo menos encolerizado, aunque era imposible asegurarlo desde aquella distancia y en aquel corto espacio de tiempo. De todas formas no terminaría en nova.

La preocupación del Sol había terminado, pero Jeff se preguntaba cuánto tiempo podía estar Lucille contenta y feliz.

Se encogió de hombros.

Si él podía dominar el sistema solar, seguramente sería capaz también de entendérselas con una mujer.

Sonrió.

Sería interesante descubrir si estaba o no equivocado…